

SOBREPUNTO



L.R.
863.6
M21872



Carmen Naranjo

SOBREPUNTO

COLECCION SEPTIMO DIA

Carmen Naranjo

Coto, 1930-

SOBREPUNTO



EDITORIAL UNIVERSITARIA CENTROAMERICANA

Ella entró. Estaba leyendo aquel párrafo “el tiempo da una colección de monstruos —belleza, fealdad, talento, santidad, virtud— y el mundo es un instante de sueños inconclusos”. Ya no recuerdo de qué libro ni de qué autor, quizás era una de esas frases que se sueña escribir y no se llega a saber si sólo quedaron en la memoria confundidas con la propiedad de lo aprendido aquí y allá, anónimo párrafo como los lugares comunes o los refranes, recolecta de los oídos, de las escaleras que a veces son libros y otras conversaciones, o pensamientos a medio hacer, sin profundizar por falta de tiempo o por abundancia de pereza o porque la mente sigue dormida en la mecedora de los monosílabos, de los comentarios de siempre, de las mismas preguntas contestadas ayer y antier y hoy.

Entró con su gesto acostumbrado. Aquella violencia de alguna novedad, tal vez buscando un poco de atención.

“Vieras lo que pasó”, “estoy en un callejón sin salida”, “ya no aguanto más”. La sonrisa era igual, segura, eficaz, sin alegría. Esa sonrisa que encontramos en las calles, en las mesas, sin nada especial, comunicada, una mueca escueta que traduce llanamente el cotidiano gesto de una alegría carente de raíces y de significado, o quizás una tristeza también sin motivo, o una muestra de la nada que bordea nuestros contornos y nos asusta con sus signos invisibles, tal vez la reverencia de los encuentros inmóviles que ya no están y nos dejan la duda de si estuvieron, el enlace de lo presentido con lo cierto, la confusión escalofriante de los recuerdos. Entre todos los símiles de la risa y el llanto ha quedado marginada esta sonrisa costumbre, surge por todas partes como una abreviatura de la cortesía y flota ante los ojos con velos de silencio y, sin el aplomo de lo visible, se desvanece como si quedara contagiada de su origen desconocido para hacerse plenamente desfigura.

Ella estaba allí, en este mismo cuarto, con aquel saco sport, rojo claro, de costura extranjera, hecho en serie como los bombillos y los libros y las botellas de leche, y sin embargo una novedad en el despreciado valor de las costuras caseras, cortadas con patrones sobre telas japonesas, ojales grandes y mal hilvanados, botones plásticos sin distinción, comprados por docena a lo largo del vecindario. Ella, con tanta ropa, y sólo ha quedado en el recuerdo con esa chaqueta de corduroy envuelta en un aire colegial.

Ella estuvo aquí en otra hora parecida a ésta, el tiempo en este país no se disfraza, es el mismo, pero las cosas y la gente se hacen pronto viejas. El tiempo es un guerrillero escondido que dispara con la constancia de una tribu de hormigas. Un día igual y otro y otro sobre las caras desteñidas, sobre las palabras que pasan de moda, sobre las cosas que se acaban, sobre las costumbres que también tienen edad. Entre las dos y las tres, un miércoles o un jueves, mitad de la semana, encierro típico de las horas, cansancio de

comenzar, meta de un fin de semana que se hace esperar para desboronarse después en una serie de instantes malos. Se sentó en ese sillón, cerca de la ventana. Contesté su sonrisa con una sonrisa igual y no alcancé a ver el cielo por las hendijas de las cortinas. Creo que estaba claro, no llovía, si hubiera llovido lo recordaría y ella no llevaba impermeable ni ahulados ni pañuelo en la cabeza, su pelo negro caía libremente como un marco de fuerza, revuelto y manso, organizado y salvaje. Ella entró y no volverá más. Eso es una exageración, la verdad es que aquí está, junto a mí, en esta hora, en que también tengo un libro entre las manos que ya no leo o he dejado de leer sin encontrar el párrafo "el tiempo da una colección de monstruos —belleza, fealdad, talento, santidad, virtud— y el mundo es un instante de sueños inconclusos". ¿Era ella quien lo decía? ¿Era ella quien decía eso y otros tantos ésos o he imaginado las frases, las he incorporado con el recuerdo hasta recordar lo que no fue? Es muy fácil recordar lo no sucedido, es verter la mitad de uno mismo en la telaraña del acontecer en donde cae despreviniendo el lamento y el grito y la voz del sueño y la esperanza y el miedo y la pesadilla con olor de precipicios y el momento no cumplido que adentro rompe las paredes de piel blanda y la explicación que nos hace perder la sensación de las piernas y las mentiras que paralizan los brazos. Lo no sucedido tiene tanto sabor como lo real, encoge los ojos o los hace esperar un rompimiento de las rutinas, que empiezan a oler a cuarto encerrado, a prisión ilusoria sobre la que se alza otra vida diferente, alargada, con figuras ebrias de incertidumbre, ahí están los hilos que se cortan por un miedo sincero o porque nada se puede hacer y los pedazos de hilos no tienen lógicas ni explicaciones, pero no necesitan justificarse.

Al entrar se quedaba viendo las pequeñas cosas desordenadas de este cuarto, y tal vez éstas le ponían un poco de atención. Ahora es algo así como "las cosas la están miran-

do y ella no puede miraras". Quizás eso tampoco fue cierto nunca, las cosas no miran, no pueden mirar, ciegas no la conocieron ni retuvieron su voz, ella se reflejó sobre las cosas y las cosas no alcanzaron la conciencia de su recuerdo. ¿Lo tengo yo? ¡Qué sé! Quizás tampoco la conocí profundamente, me perdí en su superficie brillante y no llegué a esos abismos doblados que aparecían sorprendiendo en sus palabras, o tal vez la vi cruzar una calle, me tendió la mano y empecé a mover sus labios en el antojo imaginativo del decir lo que se pudo pensar, o tan sólo corrió la cortina y me enseñó su cara sin máscara y pensé que era como la pesadilla de una siesta larga en que se abotagan los sentidos. Es más corriente de lo que se cree, encontrar en otro, con curiosidad y ahinco, la imagen que tiene de uno, enriquecerse con ella o decrecer en la propia estimación. El otro es el anhelo de uno mismo, porque dominarlo y conocerlo es parte de su reconocimiento y de nuestro encuentro, siempre uno en uno mismo, siempre el reflejo de la luz que creamos tener, siempre la impresión, siempre el acierto de expresarla. Ella entró y de seguro preguntó por algo, si no tenía un comentario llamativo que hacer. Sus preguntas o sus admiraciones antes de saludar, esa impaciencia por romper las costumbres, ese deseo de acabar con las rutinas, ese odio al amaneramiento de las cortesías que a veces apesta, ese desconcierto de sentirse perdida en el "cómo estás", "qué has hecho", "me alegro de verte", esa búsqueda tan desesperada de cosas nuevas en un medio que colecciona trivialidades obsoletas. Como ella entraron muchas cosas en mi cuarto. Personas-cosas y cosas-personas. Gente con transparencia de vidrio pero con su misma fragilidad. Libros en que encontraba hermanos y amigos. Pocos paisajes de yerba y sol; me han sorprendido demasiado los seres para ver sin ellos las llanuras, las montañas, el cielo, el agua rugiente de los ríos y del mar.

Ha pasado mucho tiempo. Un minuto es una eterni-

dad de anclas o es un aspaviento de unas alas que se estaban ahogando y encuentran de pronto la salida hacia el vuelo, pero quizás no sea más que una nueva gota en el mar sin siquiera la ondulación de la memoria o el rojo rebotante de lo igual en el vaho cálido que respira cosas viejas y nuevas y se detiene en las auroras de las praderas sin más historia que la batalla antigua de la existencia y el camino con juego de luces y tinieblas. Un minuto es un símbolo de cera que se derrite sin sonido, sobre el que una mano ajena hace muñecos de barro, otra les pone nombre y con ellos tiempo y espacio y los impulsa a correr en la locura de llevar mensajes a otros muñecos de barro, sordos y ciegos.

Ahora sé que no hay nada desnudo en el universo. La pintura es un signo de los siglos. Se pintan los hombres unos a otros, se descubren sus desnudeces y la revelación es un ilustrar las memorias, es un crear los propios espectáculos, es un atreverse al juego de los ángeles rebeldes. Se pinta un árbol para ser árbol o se abstrae en descomposiciones que lo vuelven al nombre puro, la primera pintura del mundo. Un material eterno recargado de imágenes detrás de un secreto, el misterio de ser como se es, la versión de la realidad en el goce de crear la sobrerealidad. Ahora está todo claro: un punto que tiene conciencia de sí es un sobrepunto. Cada ser, ahí, en su versión o en mi versión, es un sobre-ser. En la misma forma cada cosa es una sobre-cosa.

Ella entró un día con su propia imagen, la llevaba en su mano, se la enseñaba a ella misma, me la mostraba a mí, era tan tenue y tan clara como el aire mismo, era tan dulce y tan cierta como la transparencia del agua, se agitaba con la precipitación del viento y ondeaba orgullosa la brisa de su rostro sin pintura. No podía verla, ni ella misma lo podía hacer, corría veloz como la sangre por las venas y el movimiento repetido en diferentes gestos no dejaba ninguno. Ella empezó a crearse otra ella y yo terminé con una sobreella.

Ahora busco. Busco entre los montones de cosas que

deja la vida... y no ha recibido archivos para organizar los recuerdos ni se han grabado las conversaciones ni se han impreso los sentimientos que nos dejaron las personas o sus máscaras o sus remolinos de palabras y encuentros. No existe una gaveta en donde esté guardado el momento de las cuatro de la tarde de un jueves o sábado recién pasado o ya largos en lo acontecido, tampoco hay una repisa en donde quedara colgado el gesto de ayer, ni siquiera la impresión de tanto sentimiento encontrado estremece aún la piel y sombrea el rostro con una huella de congoja. El tiempo es un ladrón experto que roba a pleno día, bajo la mirada alcahueta de la vida; la memoria apenas llega a recuperar los tiempos robados, tiempos que se desenvuelven muy tarde cuando ya son sólo laberintos lentos con las puertas cerradas en que se cumplen batallas de puras palabras; la memoria apenas llega a las respuestas de estímulos enraizados en la perennidad de un instante que ya no es, no puede ser, un solo instante de hombres-instantes laboriosos hacedores de recuerdos, que son simulacros de fotografías grises a las que se incorpora el movimiento de lo insubstancial imaginado que va ganando un paso de danza... se convierte en un ballet con la escenografía de un tiempo caprichoso. Una hora corrediza, un día largamente tejido como un año, un año que se pliega y estira para dar campo al relato de momentos, audaz pretensión de hacer temporadas con el barro y el hálito, esculturas danzantes que hablan y son, que son y hablan, se desploman y lloran, se levantan y sonríen y también tienen recuerdos.

Sigo buscando. Un tiempo quedó en un diario febril como la temperatura de los años nuevos, impacientes de propósitos que se pierden al entrar en las acciones y caer en las pausas de lo siempre igual. Lo siempre igual, lo siempre igual... ¿nombre de flor? No. Las flores cumplen su destino similar, no son sellos, no acaban por morirse de cansancio, se prodigan en sus épocas con la risueña estampa de

su simple floración. Las flores se dan, siempre se dan en el giro de su eterna estirpe, brotan, caen y florecen de nuevo.

Un diario, unas palabras añejas, un tiempo detenido ahora sin pulso, y ella está entrando, entrando siempre, con un gesto de flor, sin pararse, moviendo las puertas, pidiendo atención a sus palabras, buscando también esa imagen que llevaba en la mano.

Ahora el tiempo es un hilo que se empieza a desarrollar para enrollarse en otro ovillo. Esto existió libre y antojadizo o no existió que es lo mismo si se busca que el espejo devuelva en la profundidad del azogue el sueño inconcluso. Nació como uno de esos vientos oscuros que hacen parpadear la luz, después se acabó en el nivel de los juegos que aburren. En el principio sólo hubo un gesto natural pero escondido iba un hilo. ¿Cuál es? Se apagan las candelas y las cortinas se corren, los personajes entran en las escenas con los hilos en la mano. Afuera los más atrevidos están buscando el cómo y el por qué. Ella está entrando en la espontaneidad desde un camino perdido, sabiendo preguntar y comprender las señales. Quizás llegue a sobresaber y entonces resulte un absurdo, la vida está preparada para aprender poco a poco y tener la sabiduría cuando la hojarasca huela a podrido y el gesto pese sin fuerza en la conciencia de la sobreconciencia.

Los hilos están en la página de este diario pero la memoria atropella las palabras, y las voces con que ella entra no pueden olvidarse.

Ya está frente a mí revolviendo mi tiempo y el de ella, dejándome con el perfil prensado entre sus manos, agostándome hasta el alcance de su voz, ya soy su espejo, parte de su figura, un tendón de sus nervios, un color de su pintura, un punto negro en su sombra, un eco de su relato.

Y los relatos están hechos de cosas relatadas. Empiezo a mover el hilo hacia atrás, atrás... era una vez lo que ha sido siempre.

“La historia de las simples preguntas es la misma de las pequeñas cosas. Ella pregunta “qué lees”. Contesto: “lo mismo de siempre”. Leo lo que deja el tiempo sobre las cosas. Leo los signos claros que se llevan en la cara. Leo los rostros envejecidos. Leo el ademán del hombre que se detiene en mi ventana. Y leo en tus ojos. Desde siempre el mundo ha sido una lectura incontenida, insaciable y no tendré tiempo de leer, no podré alcanzar la velocidad con que los signos se extienden. Empiezo a adivinar los secretos pueriles que se esconden tan bien escondidos. Leo versos. Las pequeñas cosas están ahí y responden siempre lo que se espera: sí, no, a sus órdenes. Callan mientras se usan, se encogen en su reposo, se dejan de ver y saltan de repente disconformes, enseñando su cansancio, y el perfil de su vejez empieza a rozar

nuestras manos hasta que se acaban. Su espacio se vuelve a cubrir con el servilismo de una nueva pequeña cosa. Las preguntas simples tienen resortes de respuestas hasta que un día encuentran la crudeza descompuesta en los tenores de los soportamientos. Ese día terminan las preguntas y surgen otras nuevas, inocuas y tímidas, deseosas de mantener la dignidad de sus límites."

Ese día pudo estar con su chaqueta roja, cerca de la ventana de mi cuarto, o quizás el viento corría entre los dos y contemplábamos a lo lejos la ciudad con su tira de luces. Tal vez fue ése el día en que adiviné la belleza de su cuerpo desnudo y me sentí como si hubiera penetrado en el silencio de las imágenes sagradas, para conocer la piel de sus yesos carcomidos o ver la suciedad de las telarañas con su cementerio de pequeñas alas. Pero más bien fue el momento en que volvió a replicar, usando las preguntas como llaves audaces que permiten descorrer las cortinas y anular toda clase de estorbos.

— ¿Por qué no escribís?

— No estoy listo.

— Los escritores son siempre precoces, ¿verdad?

— No lo creo, la literatura no es un juego de malabarismo, pero la precocidad es parte esencial del artista.

— Escribir es la forma de andar más segura, lo único que se requiere es encontrar la palabra exacta.

— La palabra exacta. . .

"La voluptuosa facilidad de los conceptos: el hombre en la mecedora puede caminar infinitamente si encuentra cómo decir lo que piensa y siente, caminar sin cansancio, llegar a los pueblos y gritar, conmover a los que están casi dormidos, poner las palabras sobre la mesa y ordenar a los glotones que las digieran, las

comprendan, las estimen, las retengan. Es tan fácil soñar, no cuesta nada, se cierran los ojos y en la penumbra de uno mismo empieza la función de los sueños. Atrevidos, sensuales, gloriosos, al gusto, órdenes complacientes de subrealidades que no logran reconocimiento. Lástima que no se pueda soñar con otro para oír su aplauso. Quizás eso sea el amor, soñar con otro, unir los sueños, atravesar los laberintos, alcanzar las estrellas, sentir su presencia a la par, completamente real, y ver que sus ojos sonríen cuando le entregamos la estatura gigante por el hecho firme de anhelarla o sentir sus lágrimas mientras nos hundimos en un piso de nieblas y sólo somos un grito largo, interminable.”

Y de pronto, vuelta hacia sí misma, cercana a su propia distancia o distanciándose para encontrarse, mientras caminaba o se detenía, arreglándose el cinturón o despejando su cara de los mechones negros, resumida en una inquietud o simplemente oliendo en la brisa la sequedad de la tierra, corriendo detrás de su imagen o con ella entre las manos, preocupada de que su sudor no la manche, así como un objeto sorprendido en el trance de la sorpresa:

- ¿Cómo me recordás?
- Estás aquí, ¿para qué recordarte?
- Y, ¿cuándo me voy?
- No te recuerdo, te veo.
- ¿Cómo me ves?
- Como te vi la última vez.
- Quisiera verme, aunque fuera un minuto.

“Vernos. Saber cómo somos y a quién nos parecemos. He entendido tu pregunta y sé que es insondable. ¿Cómo despegarnos de nosotros mismos y llegar a nuestra contemplación? Contemplarnos desde la forma de la

nariz hasta la peca rosada que crece en una mano. Saber que somos algo, alguien, conocer nuestros propios ojos, meternos dentro de cada sensación, recorrer con el tacto la superficie, tocar esa presencia de nuestro cuerpo y caer sobre su propia agilidad con el ademán lento de nuestro conocimiento. No conformarnos con la réplica de los espejos, la copia engañosa de nosotros mismos, ajenos a los rasgos aprendidos, a la costumbre de parecernos a nuestros atisbos, a la inquietud sonámbula de haber crecido, de haber cambiado, a la esperanza de calzar algún día en un molde, como si hubiera un muñeco flojo al que faltara nuestra vitalidad y un día nos fuéramos con él, calzando las manos, las piernas, los ojos y el contorno de enlace se fuera cerrando para siempre en un aro de fuego, en donde la muerte brilla en un espejo sin imagen. Aspirar a vernos para saber lo que somos y encerrados en el círculo de vidrios sin reflejos, dentro de un tic tac de relojes marcando la agonía de la piel nos quedaríamos transparentes y descubriéramos una red de venas y de nervios, un mapa de articulaciones y músculos, un tejido de gases y lubricantes. Transparentes para seguir sin vernos, sin conocernos y llorar el vacío de nuestra propia ceguera. Nos pueden dar pedazos de nosotros mismos y no los reconoceríamos, quizás nos puedan traer enteros y también nos negaríamos. La traición está ahí, en ese propio desconocimiento y en esa imposibilidad absurda de vernos.”

Y ella entra de nuevo con una cara extraña, casi sin rasgos, entra en un lugar donde no hay puertas, se asoma, lo ve todo con una lentitud que exaspera, parece que se va a ir pero su voz clara empieza como si estuviera deletreando palabras sueltas y de pronto algo concreto se oye.

— ¿Vendrán los otros?

- Llegarán dentro de un rato, lo más tarde a las cinco.
- ¿Todo está listo?

Un espacio desprovisto de paredes se llena de palabras que se van diciendo en un tono de conspiración. Los rostros están tensos, enrojecidos, brillantes, rostros laminados como un espejo sin marco, a punto de sudar, a punto de verter un poco de miedo.

- Si en casa saben de estos líos, me matan.
- Nadie debe saber nada.
- Esto quedará en secreto.
- Palabra de honor, palabra de hombre.
- Palabra de honor...

Las manos se estrechan, se entrecruzan, se mezclan, las de ella tienen un gesto impaciente... no llega junto a la mía, una tira de niebla se entrecruza, no logro sentir su mano suave...

— Si pasa algo, los demás no deben ser descubiertos. Al que agarren cargará con toda la culpa. Claro, excepto si es Claudia y Olga, pero ellas tienen el trabajo menos riesgoso.

- Si somos nosotras, ¿qué pasará?

— Nada porque ustedes una vez cumplida la misión deben irse a las casas y olvidarse completamente de que existimos.

“Los planes están hechos, cada uno en su sitio, los relojes sincronizados, las coartadas listas, no es posible una variante, además lo que se hace no es un juego, es parte de una revolución. Los rebeldes se alzan en las montañas y quiero estar con ellos. A veces creo que mis compañeros, incluso Olga, sienten que esto es una gran fiesta en que quieren participar, así nuestro grupo, un grupo sin jefe y sin partido, parece una alianza de quincañeros que ha cambiado una tarde de travesuras por la preparación de un incendio. Objetivo: una casona cerca del río, en donde

nunca se ve a nadie. Hora: las ocho de la mañana."

Objetivo: la farsa. Hora: cualquiera del día. Ahora es tu voz aprendida y engolada la que entra por la ventana, tu voz que me enseña tus dientes amarillos y me trae el recuerdo de un cigarrillo tras otro apagándose apretujados sin poder contenerse en los ceniceros, una pirámide de colillas secas desparramando cenizas, con sus bocas abiertas, grises y ajadas, mientras brilla el rojo sucio en una punta con las huellas agrietadas de los labios. Parecen un cementerio de mimos enterrados con sus trajes de oficio.

— Objetivo: la luna y no quiero que sea de queso. Hora: la de la penumbra.

— Estás de muy buen humor y me alegro.

— Sigo sin sentir y me río como los muñecos de trapo con su mueca permanente. Carezco como ellos de un mecanismo mágico para cambiar mi cara.

— ¿No te pondrías una máscara?

— Las máscaras deshidratan y hacen flácidos los gestos.

— ¿Sólo por comodidad no la usarías?

— La comodidad es la primera ley del universo.

Cómodamente fumás, cruzás las piernas, extendés la mano y levantás el vaso de whisky. Cómodamente desalojás los pensamientos, los convertís en palabras, hirientes o dulces, según tu estado de humor, qué importa lo demás. Cómodamente dormís, cómodamente te vas cuando se asoman los signos de cansancio, siempre que no te hayás confundido con los personajes y estés reservada al campo de los espectadores, en el sí y el no libre del gusto. Y te vas de nuevo extendiendo en el aire una boquilla larga, dibujando con ella una espiral de humo y luego dejando un punto grueso que se adelgaza y desvanece como un velo mojado, que se transforma en un pétalo seco y harapiento. Vuelven voces como de una ronda infantil refugiada en un alero porque la llu-

via llegó temprano y los juegos quedaron interrumpidos.

— ¿Tu papá con quién está?

— El no se mete, va siempre con el que gana. Habla ahora de que los tranquilos de espíritu son los dueños de la sabiduría.

— ¿Y el tuyo?

— Dice que somos extranjeros y no nos debemos meter.

— Papá opina que debe haber un cambio, pero pacífico, más de tipo espiritual. Comenta que si cada uno hiciera un esfuerzo por ser mejor, el país andaría sobre ruedas.

— Mis viejos están con los de arriba y a mí me da asco.

— ¿Con quién vamos a estar?

— Con la revolución porque revolución es excitación como un mambo. ¡Qué viva la revolución! ¡Ay, qué viva! ¡qué viva y yo con ella!

“Nunca vi una mañana tan clara como aquella. El sol se metía por todos lados y daba una sensación de dejar sombras permanentes sobre el suelo y las paredes. Llegué a la casona a la hora convenida. Había dejado de pensar porque me dolía el cuerpo y la noche no dormida me faltaba como si con el desvelo me hubiera robado la fuerza, el vigor, la juventud. ¡Qué rápido se envejece! En aquel momento perdí la agilidad, mis ademanes eran pesados y no podía olvidar las miradas que caían sobre mí como si mi cara fuera llamativa, penosamente llamativa. Me sentía lento hasta corriendo, me figuraba perseguido cuando mi propio disimulo me hacía imperceptible. Llegué y pasó el minuto más largo de mi vida, también el que me dio más alivio porque constaté que mi soledad era algo concreto. Nadie se acercó, nadie vino a completar mi misión.”

Quedándome atrás veo las figuras que se adelantan,

miro sus cartelones y no los alcanzo, en alguno tal vez decía peligro, prohibido el paso, muerte y calavera. Ligeros como presentimientos, los pasos se acercan, me rodean, pero no fue esa vez, esa vez no pudo ser, en aquella ocasión sólo hubo disculpas.

— Me castigaron, seguramente se olieron algo.

— Pues no pude, soñé que había una persona en la casona, que moría en el incendio. Era un detalle que no habíamos pensado.

— Era una tontería lo que íbamos a hacer y las tonterías son tontas.

— ¿Qué decimos a Claudia y Olga? Ellas cumplieron su misión. Transportaron a las siete los trapos y la gasolina.

— Digámosles que llegó primero la policía y casi nos detienen.

— Tienen un olfato para las mentiras.

— Les explicaré que esto era un juego y que con el país no se juega. He decidido irme a las montañas.

— ¿Vos? ¡Estás loco! Tu papá dice que ustedes son extranjeros y no tienen por qué meterse en las cosas de este país.

“¿Sabés cómo es esta ciudad? Un círculo estrecho de parientes, todos tienen primos, tíos, hermanos, cuñados, sobrinos. Familias enormes como pesadillas se extienden y se entrecruzan, se hacen nombres de abuelo unas con otras, recuerdan los casamientos entre primos y hasta los que no se casaron pero lo pretendieron quedan dentro del círculo familiar. Siempre hay un primo hermano, segundo, tercero que facilita las cosas, ayuda en los contactos, en los trámites, en el elogio, hasta en el recuerdo. Esta ciudad es la inmortalidad de la familia. Preguntá por alguien y en la respuesta ya va el olfateo del apellido. “¿Los Jiménez? ¿Los Jiménez Cedeño? Ah, sí, claro, los primos de don Armando, que fue ministro y también diputado y que casi se casa con una prima de mi abuelita, pues sí somos casi parientes, muy buenas personas,

una familia muy distinguida y honorable". Después de olfatear el apellido, están listos a cerrar la puerta si no sos el primo del primo, o el hijo del sobrino, o el bisnieto de un tío político, diestros en la calificación de los donnadies revisan los archivos y exhiben sus tarjetas de grupos, completos árboles genealógicos ya sin raíces, copiosos en las ramificaciones y siempre alertas a reconocer parientes de grados infinitos cuando por alguna parte surge un poco de brillo y de prestigio. Corre en esta ciudad por las oficinas y las calles, dentro de las casas y por las antesalas, el lubricante del parentesco. ¿De quién sos, muchacho? Nuestro nombre se apaga, buscando el antepasado ilustre. Cuando no existe, el recibimiento es una mirada fría y sólo nos queda esperar a que se mida el color de la piel y la forma de los ojos. "Un pueblo sin prejuicios, una ciudad en donde hay oportunidad para todos", y tras la proclama, la discriminación elegante, la sabia aceptación de las clases sociales y los colores de la piel, acomodadas por todas partes pero sin que pretendan confundirse. Confundirse es la palabra clave. Todo está permitido siempre que usted no se confunda, no se atreva a igualarse. El prejuicio surge sutil cuando se enfatiza la victoria de esta raza blanca, "pues sí somos blancos, ¿no lo ha notado?, no tenemos indios, ni negros, tampoco los orientales se nos metieron mucho, somos casi europeos, fíjese qué rubios, con los ojos claros y éste es de los nuestros". ¿Por qué escribo estas cosas cuando estoy aquí esperando que algo nuevo nos estremezca y nos dé un tono superior de vida? Quizás porque estoy solo en esta montaña y llueve y los primos se abrazan en las noches, para hablar de sus primas y de sus tías y yo me siento más extranjero y recuerdo a mi padre que todavía no pronuncia las erres, se atasca en las ges lar-

gas y profundas y cuando se enoja vuelve a su idioma salpicado de palabrotas. Estoy solo, escribo en mi cuaderno que nunca leerás. He estado pensando que tampoco tengo primos que me acrediten ante tus ojos. ¿Sabés? no me importa mucho. Estás llena de tus grandes y pequeñas cosas”.

¿Por qué esos años me llenan de frío? Tengo ganas de coger sus pastillas y dormir también. Para qué encontrar esas cosas detenidas en el tiempo que pudieron ser uno y ya no tienen significado, no lo pueden tener, se fueron, alguien se las robó, lo más triste es reconocer que no somos lo que fuimos y éramos una pretensión de ser. Cierro los ojos y ella aparece de nuevo, mira por la ventana de mi cuarto y parece que espera la lluvia, una lluvia que caiga enfurecida debatiéndose contra las corrientes del viento, y lejos, por las montañas, relampaguee, igual que sus ojos cuando las paredes recortaban sus desvaríos.

— No hay nada que me canse más que esperar, es como tener la vista parada y sin embargo verla desfilar lenta, huraña, ajena. He esperado siempre y sigo esperando.

— Tu gran lucha ha sido con el tiempo... y, ¿para qué?

— Para morir como el sonido, haciendo pedazos el silencio y dejando después la melancolía de su ausencia.

— Si alguien me preguntara diría que has padecido la enfermedad de los espejos.

— Espejito, espejito, tal como en el cuento.

— Cuando te dice que estás bonita, nadie te puede detener.

— Hace mucho que sólo encuentro en el espejo los caminos quebrados de mis arrugas.

Ella se va por un laberinto de espejos y en su cuarto había un espejo de luna, en el baño otro a la altura de la cara, en ambos el termómetro de sus desplantes, el eco de su

alegría sin límites o de su rebelde conformismo o de su amargura caprichosa. Se detiene y hace guiños que se van distorsionando en muecas que se trastruecan en horribles gemidos.

— El está esperando que lo llame.

— Mientras reza para que no lo hagás. ¡Dejalo en paz!

— Temblará cada vez que suene el teléfono, y cuando abra el periódico temerá encontrar la reseña de mi suicidio.

— Confiará en que Dios lo salvará de ese tormento.

— ¿Le doleré en su conciencia?

— La conciencia se construye al antojo de cada uno, sólo los muy excepcionales tienen una conciencia diferente a sus pretextos.

Mientras hablaba descubrí entre sus manos la muñeca de aquel juego de títeres que llevaba colgada en su auto sport, decía que era una dulce compañía porque acostumbraba perder a sus compañeros, igual que ella. Con su traje desteñido y su aire de aspirante a menina, ahora conversa a su señora con un acento de inercia, que deja un canto tan dulce como el sabor de las uvas en los cuentos infantiles.

— Vamos a la pesca para aumentar nuestra pecera bajo la luz dorada en la creciente del otoño.

— Vamos a la pesca con la cara sonriente. Espejito, espejito, hoy no estoy mala, no me duele la cabeza, no tengo frío, hoy he soñado.

— Vamos a la pesca con la red de oro y plata para que se asomen los buenos y se escondan los malos.

— Vamos a la pesca a pescar los pescadores.

— Vamos a la pesca y tolerín tolerán.

— Vamos a la pesca por el camino de la yerbabuena.

— Vamos a la pesca con las anclas en la mano.

Y la muñeca crece y le extiende la mano, balancean sus brazos y se miman como dos niñas grandes. Cuando pretendo alcanzarlas la muñeca se esconde en los aros de sus pupilas y son sus ojos los que danzan por mi cuarto, na-

da más que sus ojos de vidrio en donde va escondida su imagen de trapo y madera. Me debo haber quedado dormido y ese ruido... es sólo el teléfono.

— ¡Qué situación! Sin un centavo y con la navidad encima. Estas horribles navidades con la gente regalando ilusiones en mitad de la calle y todos buscando a su alguien.

— Es la gran fiesta popular en que verdaderamente se codea el rico con el pobre en los grandes almacenes.

— Con la diferencia de que uno lleva los paquetes con sus bolsillos vacíos, y al otro se los cargan y sólo ha firmado unas facturas que pagará en el curso del año.

— Te noto en la voz un resentimiento hacia los ricos.

— No, no los quiero enriquecer más con mi resentimiento y con franqueza debo confesar que me gustó ser rica o creer que lo era, es una especie de embriaguez, el poder de comprar, la solución mágica del dinero, el remedio superficial para el hambre eterna. Alivia es cierto, pero el alivio tiene un sabor de narcótico.

Iba a contestarle que sin ser nunca pobre, lo llegó a creer porque tenía que trabajar en la oficina de su tío, distribuir a mano abierta su sueldo y la pensión de los niños, esperar un poco para comprar algo grande o contemplar lentos los días hacia el final del mes mientras en su cartera de cuero únicamente sonaban las monedas, pero me encontré solo frente a las páginas de aquel diario.

“Hablamos desde el pretil de tu casa, frente a ese jardín de flores exclusivas y ordenadas que señalan distancias de respeto. Me cohibe hablar fuera de mi cuarto, siempre he creído que ahí están mis palabras, las únicas mías, las verdaderas, sudadas en mi propio pensamiento, originales, merecedoras de atención, hilvanadas con la dedicación sincera al agobiante egoísmo de pensar como oficio. Cuando te veo me desdoble, una parte de mí habla y la otra escribe. Muchas

veces te debo parecer un tonto con mis monosílabos. Sin embargo, algo me dice que encontrarás todas mis palabras, las sabés desde siempre”.

Ella llega y se ríe de mi fotografía de soldado, que cuelga sobre la pared, una figura en que casi no me reconozco.

— ¿Disparaste alguna vez?

— No, sólo caminé mucho, pasé hambres y estaba dispuesto a todo, aun cuando tenía mucho miedo... me daba miedo morir tan inconsciente a lo que es la vida. Allí sentí que le he estado dando la espalda, porque yo...

— Vi morir a un hombre. Iba cruzando diagonalmente la calle cuando lo alcanzó un tiro. Quizás si hubiera cruzado de una acera a otra, así...

— Quizás si hubiera corrido más... quizás tantas cosas, pero ahí se quedó. Hay algo de era su día, aun cuando la expresión me repugna porque la gente la repite, suena fofo y es una explicación simple para ese azar en que se debate cada vida.

— Estuvo extendido mucho tiempo en media calle. Los hombres corrían resguardándose de las balas, y no se atrevían a recogerlo. Tal vez no estaba muerto y se murió después, pero era seguro que sí lo estaba. Tenía la frente abierta y por el estómago también sangraba. Cuando se lo llevaron, ¡parece mentira!, estaba lleno de moscas.

— Las moscas son más veloces que la piedad.

Y ahora ella se asoma por la ventana, esa ventana que da al jardín estrecho de esta casa, en donde sólo crecen las reinas de la noche, que meten con manos curiosas su perfume nocturno a través de las paredes, como si quisieran poner un borde suyo sobre la humedad de mis libros.

— Realmente, ¿la revolución era excitación?

— Excitación es todo mientras uno no está muerto.

— ¿Todo? Cierta clase de vida sí. Sé lo que quiero. Y no es aquí precisamente, esto es una porquería. Vivimos

en un medio de campesinos con aire de grandes señores. Me río de esas cosas, de sus pequeñas importancias, de su conformismo digestivo.

— Los campesinos son buena gente y viven en una dimensión plena de vida. La gente de la ciudad es muy diferente: angosta, interesada, acomodándose en un giro de oportunidades.

— Son iguales de bajos y estrechos, con su mentalidad de monedas y sus prejuicios. Quiero vivir a lo grande. Si hubiera ido a la revolución, me habría puesto en la primera fila de combate. Matar o que me matáran, no andar atrás sin saber siquiera lo que estaba pasando.

— Algunas veces tus ideas son inaguantables.

— Las ideas como las demás cosas, las tienen los que pueden tenerlas. No me conformo tan fácilmente como vos.

“Ese fuego especial de tus ojos en donde parece consumirse tu juego de palabras: todo o nada. El término medio te resulta inocuo, casi vulgar. No te conformás, no te podés conformar, no naciste para eso. Querés brillar aunque sea un segundo. Querés apresar la vida y exprimirla. Querés extenderte sobre el placer como una esponja y vibrar luego como una cuerda tensa y seguir saboreando mientras exhibís tus triunfos. Tu transcendencia de mujer en esta ciudad no llegará más lejos de ser un blanco, un lucido y vistoso blanco en que se descargará la pasión de un aburrimiento (porque no hay nada que produzca más pasión que el aburrimiento y estamos en el centro de la gente aburrída o aburriéndose, gente que necesita con urgencia despertar con nuevas emociones y descargar en un golpe la fuerza impaciente que se pasea desvelada por sus músculos laxos), un blanco movidizo que es como un desafío y llama la puntería primero liviana y luego ensañada de uno que hoy quizás

bosteza y se sostiene las quijadas con algún ademán aprendido en esas largas escuelas de los clubes, en cuyos corredores se implantan los dichos y las mañas y las evasivas y los pretextos y los ademanes y las modas de voltear el cuello y disfrazar la atención y colocar un chistecito y conseguir un aplauso y conectar una anécdota y obtener una mención y hacer elegante una descortesía y volverse fino y decir una frase sonora y suave con el vuelo grosero de una bofetada sorpresiva. Presiento ya las cortinas moviéndose a tu paso y diciendo en el lomo frío de la mira: "espéremos, aún no está a tiempo, más adelante se pondrá a tiro". Y aquí los que están a tiro son una especie de condenados a muerte, que se atienden y se soban, mientras se preparan las trampas o se tienden las camas y las manos se frotan ante la presencia del plato que llenará conversaciones, matizará los encuentros, excitará a los aburridos y correrá al nivel de las conferencias que destilan en los oídos los catadráticos en miserias humanas, los señores inspectores del vivir ajeno, los poderosos contralores de lo que debe ser y de lo que debe resultar como si la vida fuera un campeonato de aciertos".

Ella se para frente a mí y empieza a mover la boca en un discurso mudo que tiene episodios como la función de un circo, y tan rápida como la cita mental surge una pista de arena en donde hay jaulas vacías y gruñidos de fieras que están presentes en la escena, sin aparecer con el juego brillante de sus músculos y garras. Allá oigo los bordes de la lona golpearse con el viento. Ella sigue hablando su lenguaje sordo, hace señas, se calla, oye, se aníña coquetamente, replica sin voz, arruga la cara, vuelve a oír, responde, alega, se va hacia una jaula y al entrar desaparece. Discusiones: el gruñido de fiera que se alza, la campana que es como un

mensaje de atrás incitándonos a retroceder y no hay tiempo, la frase dulce que sale huraña, esa luz que no encuentra una explicación fácil frente a las palabras encabritadas que nos confunden y precipitan en voces sin sonidos, después nada, ya no hay nada, sólo los oídos sordos que ni siquiera recuerdan. Un juego de ping pong, un simple juego de ping pong, una bola de frases que se lanza y se vuelve a lanzar en rápidos rebotes para dejar la estela de una cadena larga de diálogos. Y eso es el encuentro, un encuentro interminable de miradas sobre los años, y eso es cada persona una sombra larga de frases, el diálogo tupido e inconcluso a través de los encuentros, una conversación llena de interrupciones que un día se aclara frente a rostros tan cambiados que ya no son el rostro de alguien sino los de muchos desconocidos. Y la conversación es el invento de una lluvia, cuando ésta es un pedazo de gasa que hace volar unos pájaros sin alas.

Así surgen las voces con el sabor de vinos añejados en las bodegas de nuestros hondos molinos, que sin ser movidos por el viento responden a las llamadas de la distancia y el recuerdo, y todo se vuelve un truco para vencer el silencio. Así vamos descubriendo lentamente las cosas y atrás se quedan los precoces que se embriagaron en las formas y se atormentaron frente a las cortezas, engañados por la superficie sin mentiras, enmarañada de alfombras suaves con los ojos prendidos en los pies, arrastrándose siempre como los reptiles que en el insomnio pesan con la furia de los vientos lluviosos y arremolinados sobre el peregrinaje de las golondrinas. Pero siguen adelante los que desconfiaron de las figuras, adivinaron con migajas de fe un secreto dentro de sus contornos, empezaron callados creyendo en las imágenes invisibles para atraer la sorpresa concreta que coincidirá siempre con la desconfianza, pues es la red más amplia de las comunicaciones difusas y anhelantes. Y unos y otros llegan a la misma conclusión, saber vivir es encontrar

un goce extraño, indefinible, y tal vez en algo similar a la corriente de un río, al ritmo del árbol en la danza del viento o al brillo de una noche luminosa.

Ella entra con una bandeja portadora de una golondrina muerta que no alcanzó el verano. ¡No la quiero ver! Cierro los ojos, sé que se está sonriendo y en su sonrisa estoy yo, paralizado y eterno. No puedo mirar porque el instante de ese descubrimiento es el desvelo inolvidable, el tiempo que se logra detener hasta el borde del no-tiempo. Con la mano desvanezco las imágenes remontadas por la luna al jugar con las ramas de las reinas de la noche.

Las sombras cierran las puertas y reducen los espacios. Las sombras invaden las almas como si fueran simples cuartos susceptibles a las densas nieblas que levantan las madrugadas para alargar las noches. Ahora soy yo el que entro en un corredor largo y ella me espera al final. No la veo directamente y la estoy viendo. Alta, delgada, en la cintura apresada una respiración nerviosa. Podría acercarme para encender mi cuerpo con su tibieza. No me muevo, me detiene un grito.

- ¿Cómo te llamás?
- Ya no lo sé, ya no sé nada.
- Yo quiero ser una muñeca cara.
- ¿Para que nadie te compre?
- Para que todos quieran comprarme y el que verdaderamente lo desee esté dispuesto a un gran sacrificio.
- ¿Cuál sacrificio?

— Aún no lo sé, el que en ese momento se me antoje.
— Un día la luna, otro una rosa empapada en sangre.
— No, la luna no, me da miedo, y una rosa tampoco,
las rosas tienen un cisne adentro que pica los ojos.

— ¿Una bandeja de plata con los cabellos largos de la madre?

— No, no me gustan las cosas muertas, no se mueven, no se acaban.

— ¿Qué quiero? Quiero un llanto desesperado en un cuarto. Coge una tiza roja y escribe sobre las paredes blancas: “Octavio me gusta Octavio con su camisa de rayas cuando parece el espantapájaros que pinto en mis cuadernos de matemáticas”.

— Octavio no te puede gustar. ¿No ves que sólo mueve las manos si alguien por detrás le dice que lo haga?

— Tiene los ojos color canela y su risa estalla con lucecillas de alegría como un juego de pólvora para las manos de una niña tímida.

— Octavio no te podría sostener si te cayeras.

— Tiene un anillo con el sello de su familia y vive en una casa antigua y la yedra sube por las paredes transportando abejones y gusanos y pequeños nidos de mariposas.

— Octavio es un necio, no ha aprendido a hablar, se limita a repetir lo que otros dicen.

— Tiene una motocicleta que hace ruido, con la que se va por las carreteras corriendo sobre el viento.

Mi corazón de repente da vueltas como si alguien lo tomara por un aro y lo hiciera rodar y rodar. La misma sensación de mareo que siempre he tenido ante las cosas importantes. Girando a mi alrededor pasan los objetos y su cara, el movimiento circular es cada vez más lento hasta volver a encontrar entre mis manos aquellas páginas de hace muchos años.

“Me encontré con tus ojos viendo los míos, fue cosa

de un instante y sentí que caminabas dentro de mí. Quise cerrar los párpados por cobardía y decir no, no podés entrar aquí, esto es un campo privado como las zonas de los gringos en estos países de polvo y barro en donde las amebas y los zancudos danzan en el aire y no es posible aislarlos con una luz amarilla y una ventana de cedazo. Pero como ellos no, esos gringos están solos con su temor a nuestra suciedad y a nuestra hambre, con su enorme odio a esta pobreza repetida y larga que nos permite ver la tierra y amarla junto a ese hombre triste, tan hermano, que se consume con la fuerza del sol, caído perpendicular sobre su cabeza, y la constancia de la lluvia enardeciendo su febrilidad y la muerte. Yo me aisló en otra forma, porque guardo en el fondo mi aristocracia de poca cosa, para crearme un reino independiente, una frontera de bruma donde olvido las definiciones y en el instinto de ser me atrevo a amar y a olvidar”.

¿Cuándo fue eso? Las fechas son la relatividad del acontecimiento, el disfraz tejido de importancia para archivar lo que sigue resonando con un resto de vida en que falta una réplica o en que cambiando con un ademán lo sucedido se puede caminar al revés para sentarse en una silla en vez de caer. Digo que fue un domingo hace veinte años, exactamente igual puedo decir que fue ayer. Todo lo que no está ahora, es un ayer largo, lo mismo pasa con el mañana eterno que se presenta como un vaso sin fondo en que tratan de nadar las dos manos de uno mismo, una crispada y alta-nera, la otra con un gesto roto. Ayer...

- Octavio se ha enamorado, eso es todo.
- No quiero esa clase de amor tontoneco.
- El amor es siempre tonto; Octavio está a tono.
- A veces siento que tus palabras están hechas de pequeñas mentiras.

— Siempre se cree que se miente cuando alguien tiene fe.

— ¿En qué tenés fe?

— En la necesidad de tener fe.

Ayer también, bañados por la sombra de un árbol o de pie persiguiendo esa mariposa breve que revolotea en un día azul claro o tal vez viendo la lluvia correr tras unos cristales amarillos que disfrazan las gotas en burbujas tornasoles. Ayer también.

— Acabó todo con Octavio. Se atrevió a decirme que su familia no me quiere. ¿Qué se creen esos cuitas?

— Entonces no era su amor tan tonto.

— Y todo porque tengo un apellido nuevo en este medio rancio. Nos califican de aventureros porque mi madre es española y mi padre cubano.

— Ahora resulta que te falta abolengo.

Ese ayer quedó escrito con unas palabras precipitadas que corrían unas tras otras como una manada de hormigas con hambre.

“Había amargura en tus ojos y un tono gris en tus palabras. Extranjera como yo, aunque nacimos en esta misma tierra. La gran familia no admite tu familia, a pesar de que tiene su nombre latino y vino por los mismos caminos que llegaron sus antepasados. Hasta ese nivel llega la farsa del nacionalismo en esta ciudad. Nacionalismo es el tío que ocupó el puesto de diputado, hombre de quien se cuenta a hurtadillas una vida de escándalo y latrocinio, y fue el autor de una ley para la construcción y explotación de una línea ferroviaria por una compañía extranjera, a la vez que con sus versos cantaba en rimas pegajosas la patria plana en la gloria del trópico. Nacionalismo es la evidencia de exaltar la tradición de la pereza, el así somos que le vamos a hacer, anárquicos, desconfiados,

levantando operetas todos los días, complacientes en el espectáculo de nuestros defectos. Nacionalismo es reír las mañas de nuestra gente. Nacionalismo es dormir bajo una misma cobija los que tienen derecho y antecedentes y son hijos de los padres de la patria, que lustraron sus nombres, hicieron fincas, pusieron alambradas y bajo un tono paternal le dicen a sus peones "trabajá duro para eso naciste", mientras se abanicen en el corredor y hacen sumas de sus ganancias como si las plantas nacieran solas y nadie tuviera que andar con una pala hiriéndose las manos, dejando los pulmones, jugando con el machete y volviéndose una tajada de su propia muerte. Nacionalismo es propiciar los intereses personales que nos mantienen en un sitio, vigilar los derechos de unos pocos y conservar la pobreza infeliz de tantos. Nacionalismo es la posición defensiva del que ya está acomodado para que otro no se acomode. No hay en esta ciudad preocupación verdadera por los valores nacionales y por el crecimiento de nuestro pueblo. El nacionalismo es un tamiz de selección, no una base, carece de profundidad, no tiene raíces, flota en el verso complaciente y alegre, en el grito despreocupado y fiestero, y no llega, porque no se quiere que llegue, al fondo de la ciudad para sacudirla y conmoverla con su pobreza y con sus carencias una vez desvestida de todos sus afeites importantes. No, no somos nacionalistas en el sentido que lo entiende esta ciudad, en eso seguimos siendo extranjeros".

Y llega Octavio con su cutis de niño al que da una sombra verde sus anteojos de sol, lleva una bufanda de cuadros escoceses y por su camisa entreabierta se asoma una cadena que cuelga una cruz de oro. Me mira con un aire distraído mientras da brillo a su reloj de plata con el puño

de su chaqueta de gamuza. No habla pero parece decirme: "¿No sabés la historia? Tiene una madre buscona, que anda por esas calles... yo mismo la he visto... estaba borracha en el bar de la calle sexta". Me paro frente a él y lo abofeteo. El golpe suena en el aire como una carcajada.

"Ahora sé que en esta ciudad detrás de cada persona hay una historia, negra o blanca según el apellido. Una historia que incluye la fecha de nacimiento y la olvida, así como el color de los ojos y el tipo de escaleras para asomarse al mundo y encontrar un paisaje y reposar la cabeza un minuto, decir soy y dejar correr la sangre desde la orilla del nacimiento hasta el instante mismo en que se mira para ver si hay alguna flor. No se olvida el parentesco ni el retrato físico de la madre que está floreciendo, no se olvida el nombre del padre que se pasea por el pasillo, ni aquellos incidentes vistosos de los abuelos que en su casa sienten de nuevo conmoverse con la vida. Menos la fecha del matrimonio y los meses antes del parto como en la consulta de ginecología. Una tarjeta y un pronóstico inmateriales pero existentes y silenciosos. Son los datos que se devuelven en las sorpresas, son los encuentros con las pequeñas dinamitas que tratan de hacernos migajas. Una historia que empieza antes de uno mismo, lleva el peso de la voz que la cuenta y sofoca desde el instante de su encuentro. Una historia que es la primera advertencia de la libertad encadenada, cadenas de padres distinguidos, de primos influyentes, de un tío loco o del origen desconocido que se huele como una sospecha".

Octavio se sienta en el sillón junto al estante de mis libros, deletrea los títulos con un acento cargado de sonrisas, cruza las piernas y extrae de su bolsillo una cigarrera brillan-

te con sus grandes iniciales, mientras juguetea con ella me sigue mirando como si yo fuera un simple objeto que es posible tomar entero y dejar en pedazos.

— ¡No quiero verte! ¡Marchate por favor!

— El pobre está asustado. Pensé que la revolución te había hecho más hombrecito, y ¡ni para eso sirvió!

— ¡Andate! No quiero saber de tus chismes sobre la gente, no me importa quiénes son los padres ni los abuelos. Yo creo en las personas como seres libres, no como ramas de un árbol viejo.

— El jovencito revolucionario se tapa los oídos y cierra los ojos. Así hacen también sus compañeros de revolución, por eso el país está cada vez peor.

— Luchamos por cosas nuevas pero la mentalidad de la gente no cambia de pronto.

— No, ustedes eran comunistas como los que estaban en el poder, pero son comunistas vergonzantes, son los primeros que se asustan de sus propias ideas. En el país hacen falta hombres del tipo de nuestros abuelos, éstos sí sabían hablar y arreglar los problemas. Tenían los pantalones bien puestos.

— Esa horrible tendencia permanente a vivir la tradición, aun cuando huelga a cosa podrida y sólo sirva para contaminarnos a todos de esa podredumbre. Yo creo...

— Pues quedate solo, rezando tu credo.

Octavio ya no está y no puedo responderle pero siento que las palabras llegan al borde de mi garganta y me están ahogando. El cuarto se hace pequeño con paredes de niebla que se pegan al cuerpo.

“La diferencia es muy grande, cada vez más abismática. Yo creo y ellos quieren como vos. Me voy dando cuenta de que vivo en una ciudad descreída. Una voluntad inmóvil y caprichosa los une a todos. Se esperan los milagros como si el cielo se pudiera romper

en miles de pedacitos y caer a los pies de la gente, no con rosas, no con signos, ni siquiera con maná, sino con billetes. El único milagro creíble en nuestro medio es la lluvia de dinero, que baje perpendicular desde el cielo y llegue a las manos en forma directa, sueñe y engorde los bolsillos. Aquí el estribillo es "si yo tuviera plata". Aquí el juego eterno es el de la lotería: un número, ligado debajo de las almohadas en la esperanza de sueños certeros, las pintas en las alas de una mariposa inconsciente a los signos de su propia figura estética, las placas de un vehículo, el día del sorteo, la fecha de nacimiento, el vaticinio del horóscopo, la sensación permanente de que la suerte llega. La fe absurda del descreído, el sentimiento irracional del iluso, el planeador en el viento de la antipoesía cotidiana, el salteador irresponsable de los ritos naturales para jugar a la fe de un acierto por el simple afán de acertar, el encogido derrotista que agota hasta su sexo en las señales sobadas de los caminos viejos, la gente que se marchita esperando un cambio de viento que barra los malos agüeros. Yo creo en mis manos, creo en el cercenamiento de las esperanzas fáciles, creo en la liquidación de las ilusiones vanas. También creo en las nuevas cosas, en los cantos abiertos y humanos, en las manos extendidas para ayudar en el soporte de los dolores, en el sincero deseo de mejorar, en el esfuerzo de sembrar la tierra, de abrir nuevos senderos, en el balbuceo de las primeras letras y en el grito eterno de adelante. Ellos quieren lo cómodo, lo fácil, lo brillante, lo irresponsable, la carcajada vestida de fiesta, y vos querés el vestido ajustado y vistoso, las entradas atractivas al carnaval de los momentos luminosos, los ojos detenidos en tu cuerpo esbelto, la cámara detrás de tus mejores poses, los principios de las bienvenidas, el aplauso espontáneo, el mé-

rito de estar como una muñeca inconsciente, la vitrina de oro, el sillón mullido, los días claros y tranquilos, y que lo demás, lo duro e incómodo, se reparta entre los otros”.

Por entre la niebla aparece ella con el rostro dorado y luminoso como si llevara una máscara brillante y defensiva en la oscuridad. Me toma de la mano y me lleva hacia otro cuarto de muebles rojos con adornos amarillos, en donde se encuentran unas mujeres altas, jugando naipes en una atmósfera cargada de humo y con olor de tabaco entreverado con el azúcar de una repostería que parece picoteada por unos cuervos asomados desde un cuadro de extraños colores. Me señala a las mujeres.

— Inés está enredada con su primo, Isabel con el marido de Elena, Graciela tiene casi loco a un muchacho de veinte años, Ofelia se enojó con medio mundo, piensa que una de todas llevó el chisme de Roberto a sus suegros, como si se hubiera preocupado algún día de ocultar sus amores casi públicos. Susana vive con Alfredo, es esposo de...

— ¡Esto me da asco!

— ¿Por qué? Porque se vive libremente y las mujeres han dejado de temer al sexo y se acuestan con quien les da la gana.

— Las mujeres nunca han tenido miedo al sexo, sólo han buscado abrir las piernas bajo un ruego sincero de amor, no seguir el camino de las hembras. Aun éstas respetan el ritmo de su celo.

— ¡Romanticismo! Las mujeres castas se están acabando, quizás lo eran por falta de oportunidad. En todo caso ahora pasaron de moda.

— ¿No comprendés? La costumbre es el arraigo de los pueblos primitivos y la moda el signo veleta de las civilizaciones que, satisfechas en sus necesidades esenciales, esgrimen el superfluo aire del aburrimiento, hoy convertido

en faldas por el tobillo, mañana en pantalones estrechos; hoy en un corte de pelo, mañana en la exhibición del borde de los pechos; hoy en un baile que es un zapateo violento, mañana en una pantomima de gritos histéricos; hoy en las cabezas al descubierto, mañana en el uso de antifaces y turbantes; hoy en el capricho que se acoge en el hábito permitido por un año, mañana en la reforma violenta, en el borrón y cuenta nueva. La moda se va haciendo historia con sus ciclos repetidos, con su afán de construir lo veleidoso, con su nostalgia precipitada a un futuro de dictaduras disfrazadas de uniformes, de actos iguales en el común denominador de la debilidad imitadora y del primitivo instinto del rebaño. El aburrimiento es el campo sobre el que se tiende el comercio de lo superfluo, siempre cambiante, siempre movedizo, con sus entrañas preñadas de inconstancia caprichosa y zalamera. Ana imita a Cecilia ésta a Aurora y aquélla a Irene quien se inspira en Isabel y ésta en Hortensia la que se detiene con envidia en las cosas de Marta y Marta se apoya en Graciela, no hay división en sus pensamientos y en sus acciones, son uña y carne, pero Susana influye en Silvia porque Susana cree en Ofelia y Ofelia admira a Lucía y Lucía es la acompañante de Ana y Ana imita a Cecilia... ¿Y ahora qué? Pues ahora el amante es la consecuencia lógica del "glamour", es estar a la moda, es una necesidad biológica, en París...

Y las palabras surgen como cortinas de gasa que se entremezclan entre las mujeres que persisten en su juego de naipes y en su picoteo sobre un pastel con adornos rococó, mientras ella se encoge de hombros y me guiña un ojo.

Levanto una mano para encontrar el aire vacío y me sumerjo en el ayer, ese día largo sin campanadas donde las horas y los años están colocados en desorden, al antojo de una pretendida memoria con sombras largas elaboradas en la penumbra, que crecen en sentido contrario a la luz y la tratan de cubrir con una mano abierta que deja escapar los reflejos. Y es su sombra la que ahora cubre mi rostro con parchones negros sobre los que sorprende la luz movediza de una lámpara que se aleja lentamente hasta detenerse en un campo verde. Allí se convierte en un farol que alumbra a dos jóvenes que conversan.

— Mañana me voy a los Estados Unidos. Papá quiere que acabe la secundaria allá. Tengo pereza, viajar siempre me da pereza. Claro que es excitante arreglar valijas, buscar vestidos, pero los gringos después de un tiempo resultan muy aburridos.

— No sabía que habías vivido en los Estados Unidos.

— Sí, hice allá algunos estudios de primera enseñanza. Viví parte de mi infancia, pero a mi familia le gusta ir de un lado a otro.

— ¿Ellos te adoptaron?

— No, ellos son mis padres. . . mejor dicho mis abuelos. Algo ya te han contado. ¿Qué sabés?

— No mucho, apenas me comentaron que no eran tus padres.

— Me adoptaron muy pequeña, luego vivimos un tiempo en Cuba y otro en los Estados Unidos. Los negocios obligaron a regresar a mi padre. Casi hubiera sido mejor que nos quedáramos en otro país. Aquí las cosas a veces se hacen difíciles.

— ¿Has tenido alguna dificultad?

— No. Me cuesta hablar de esos asuntos, todavía no he podido asimilar que son parte mía, me parece que alguien me los ha pegado en la espalda, una especie de papel que van leyendo, y sin saber bien lo que dice siento temor de que me lo claven en el pecho.

— Te entiendo. ¿Nunca te has sentido como una emigrante, huérfana de todo, como si tuvieras que adquirir a través de mucho esfuerzo hasta la silla en que te sentás? ¿Nunca has tenido nostalgia de un lugar que podás llamar sin ninguna duda tu tierra?

— No. Me han sobrado las comodidades, pero aún así me parecen pocas. Desde siempre he tenido la sensación de merecer lo mejor, me es difícil conformarme con las cosas que me dan. Prefiero hablar de otro tema, ¿si no te importa?

— ¿Cuánto vas a estar afuera?

— Quiero aclararte que para mí no es afuera ni adentro, no tengo la idea de estar metida en un hueco, aun cuando la mejor definición para esta ciudad es un hueco, con poca luz, sin aire, con las miradas encima, pegajosas y molestas.

Un interminable verano con el sol sobre la espalda y un calor desvitalizador que hace sudar hasta los cadáveres.

— Tenés razón: un hueco que no se sabe si es mejor ahondarlo, hacer un túnel propio, o huir. ¿Cuándo volverás?

— El día menos pensado, cuando me expulsen o a mi padre le dé la gana que esté de vuelta.

Es ella la que está debajo del farol mientras con un gesto ordena a sus perros que dejen de ladrar. Lamento, Pérez, Gustavo, Jamás, esos nombres de sus perros que asustan con su tamaño manso y se agitan impacientes con sus ladridos de alegría, como si se complacieran en atormentarse unos a otros con esos golpes agudos. Un ladrido se sostiene en las paredes para hacer estallar las ventanas y ya no estoy dentro del cuarto sino en un largo laberinto donde los perros ladran para llenar el silencio y espantar su miedo de sombras y de perfiles con timbres que escalofrían su hiriente sensibilidad de ruidos. Ella vuelve con un perro negro y silencioso que tiene cerca de sus ojos dos lágrimas blancas como un payaso derrotado ante el esfuerzo de hacer reír con su tristeza. La llamo y no responde, sigue su camino entre las pequeñas letras de este diario que se vuelve abrir con sus páginas azuladas.

“No te he puesto un rótulo en la espalda, pero te he inventado una historia. Un parque, un parque lleno de árboles, sombreado, casi como el principio de un bosque. Jugabas con una muñeca de trapo. Tu madre te miraba desde un banco. Un carro rápido se acerca, un carro negro con las ventanas muy limpias, lustroso, fantasmal. Se detiene y no tenés tiempo de decir adiós. Llorás contra el vidrio viendo a tu madre aletargada, que no despierta de la pesadilla. Después un barco. Te veo sin pensar que pensás en el raro signo que se ha cruzado en tu vida, algo ha cambiado, no lo comprendés, te ofrecen una vida

tuvo la impresión de estar sola contando una mentira, porque la verdad cuando se dice y repite comienza a sonar a gesto falso, a cosa aprendida y ensayada. Ahora están solas las tres. Las he visto en su pobreza circular por los cuartos pequeños, separados por tabiques de madera casi transparentes en sonido. Me dio la impresión de que se molestan las unas a las otras en su camaradería forzada; sin embargo, parecían envueltas en un velo de dulzura y suavidad, corre entre ellas una corriente humana que se huele”.

Y allí estoy, en el cuarto cerrado, moviendo un lápiz mientras trato de conversar y ser amable, aunque las tres me miran con desconfianza y me acercan su pobreza de mujeres solas.

— Le debo haber parecido bastante oficioso.

— Hace años que no mido las acciones de la gente, me da lo mismo si están justificadas en buenas intenciones o si no lo están. Allá cada uno con su conciencia.

— Es mi primer trabajo y ésta es la primer encuesta que hago. Para los estudiantes es una especie de premio tener oportunidad de ganar algún dinero.

— Para todos, ya ve que a nosotras apenas sí nos va regular.

— Cuando puedan trabajar, cambiará su vida.

— Esta, pobrecita, ojalá que pueda romper algún día su tristeza, y esa otra será como la madre: un matrimonio a los quinceaños y desde entonces la vida hecha una cruz.

— ¿Tan joven se casó usted?

— Y él apenas me llevaba un año. Locuras que cuestan caras, pero valía la pena hacerlas. Mire aquí tengo una fotografía.

Una fotografía, la mueca del tiempo que ya no es, pero que tiene un sabor de distancia y devuelve a la mirada un eco amarillento y deja la sensación de que en

fácil, una muñeca con cara de porcelana, rubia, con un pelo amarillo sedoso que brilla, rompés la muñeca y te traen otra. Tenés alrededor unas palmas que se baten y alguien grita ¡viva la niña! La maternidad se roba como cualquier otra cosa. Hay que mimar a alguien, hay que tener una muñeca en la cuna, hay que justificar los actos. Quisiera saber cómo te lo contaron, cómo hicieron tu historia, qué te dijeron cuando hiciste la primer pregunta después de romper los muñecos en ese aire de inconsciencia que con tanta facilidad adquirís. Siento la vergüenza de lo que te dijeron, siento los oídos doblados en la certidumbre de tu propia miseria. Era mala aquella mujer del parque, bebía, se revolcaba con los hombres, te hemos hecho decente, te lo hemos dado todo, te haremos gente, te compraremos cosas, te mimaremos. Comprar, mimar, caminar hacia el espectáculo del día, ponernos a la moda, vivir el instante en el lomo suave de lo nuevo, modernizarnos en la mecánica superficial de las costumbres, esperar las loterías milagrosas de la vida, creer en las cosas fáciles, en los reveses olímpicos de los caprichos, en el giro de los dados con ases en todos los frentes, en la importancia de las apariencias, en la comodidad de los gestos, de las palabras, de los gustos, en el creo lo que quiero, en el para mí es lo que quiero. Y tu madre real es una mujer como todas, lloró muchas veces tu ausencia, pero era joven y te olvidó mientras la luna iba despacio por el cielo, velada por las estrellas. Esa noche empezó a nacer tu otra hermana. Más tarde en una noche casi igual se sembró la menor, pero nació con el recuerdo de una lágrima olvidada y su cara es triste. Quizás tu madre corrió por los juzgados, formó hileras para obtener certificaciones, pidió, reclamó y empezó mil veces "entonces yo estaba en el parque cuando", hasta que

el punto de la siega alguien se robó la cosecha de un día.

“Tu madre es joven y hermosa, quizás no lo sea dentro del gusto actual, pero tan pálida, ojerosa e impresionante como las artistas del cine mudo. Sólo reconozco en su figura, tu mismo pelo negro y brillante. Noté un ligero temblor en sus manos mientras sostenía la fotografía. Tu padre es largo, parece un bailarín de fox trot moviendo con destreza sus piernas altas y flacas. Debe haber sido un tipo alegre, con esa alegría que estalla en profunda tristeza. Parado junto a tu madre, casi tan joven como nosotros, hace un esfuerzo por estar quieto, detenido en aquel tiempo. . .”

Detenido en aquel tiempo como yo, como todos, siempre un tiempo detrás de uno con su orquesta de compases lentos, que a veces parece un profundo olvido matizado de pequeños recuerdos o un concierto de voluntades empeñadas en una nota, mientras surge con pequeñas huellas esa herida sin cicatriz, abierta en la piel quebradiza de los instantes que se rompieron sin continuidad aparente.

— ¿Murió él?

— Sí, murió cuatro años después, entrando a los veinte y ya va a cumplir doce años de muerto, ¡mi pobre Sergio! Se abatía con tanta facilidad. Era nervioso y violento, a la vez que dulce y bueno.

— ¿Un accidente?

— Sí. Ese accidente extraño de no entender la vida y encontrar la solución en un segundo. ¿Están los datos completos?

— Sólo me falta medir su cuarto. ¿Me permite?

“Una cama con la ropa revuelta en un cuarto escueto, con una mesa de noche que hacía las veces de un armario pequeño, pues guardaba un desorden de me-

días y de ropas interiores, ajadas, inciertas en su actual utilidad. En el rincón de la pared un pedazo de periódico, recortado con un pulso tembloroso. Tu imagen en el negro suave de la tinta periodística, para encontrarse con tu raqueta y tus pantaloncillos cortos al dar la última vuelta en busca del sueño o al despertarse en la perturbadora realidad de lo concreto esbozado en las paredes ceñidas con el aplastante blanco de la cal. Allí, en un rincón, la fotografía de tu éxito fuera de su mirada directa, tu crecimiento extraño a su maternidad maltratada, tus facciones tan distantes de aquella carne menuda que tuvo entre sus brazos, y las preguntas "qué piensa", "qué siente", "me recordará", "qué le han dicho", "me querrá", "dicen que siempre se quiere a las madres". ¡Cuántas palabras sobre tu cara inexpresiva! Quizás algo cursis, quizás aprendidas en el manoseo de lo trivial, quizás muy a lo cine mexicano, quizás te harían reír en ese desequilibrio emocional que tenemos los jóvenes de buscar lo nuevo, lo original, lo olímpico, para caer en lo eterno, para pedir al final sólo un poco de ternura".

Unos ojos detenidos en un punto abren siempre una senda y los que saben adivinar encuentran nuestros viajes y sin decir nada conocen los pequeños encuentros surgidos en las breves ausencias.

— ¿La conoce?

— No. Es muy atractiva.

— Vive con sus abuelos, gente muy rica que se está encargando de su educación. Ahora está en el extranjero. Llegará muy arriba esa muchacha.

— ¿Le escribe?

— Recibí ayer una postal en que me cuenta sobre el invierno allá.

“¿Invierno? Te fuiste en julio y ahora estamos en agosto. Mentimos ambos como es costumbre en el dar y recibir con igualdad de gestos. Y no quise hacer eso. El tenga y deme, tradicional y mezquino, me asquea y me enferma. Me gusta responder siempre con la claridad de mí mismo. Ahora no sé si ella mentía dentro de la red de sus esperanzas, o simplemente decía en la distancia de las apariencias. ¿Por qué mentía yo? Quizás sólo por este afán de guardar mi intimidad, que va resultando a la larga un gesto egoísta y frío. Entré con cierto deleite de incógnito al mundo que no conocías, pero imaginabas y te avergonzaba. Comprendí que era demasiado concreto para culparte y sin embargo cuántos abismos, livianos al principio, estaba creando en ese deseo de seguridades extravagantes que te imponías como una aspiración, luego como un capricho, pronto como una obsesión. ¡Qué pureza refleja tu deseo de ser yo, absolutamente yo, sin pasados, sin antecedentes!, pero me da un poco de risa pensarte con tales pretensiones en esta ciudad, donde se escarban las raíces y hay un pasado barroco —no de historia que a nadie le interesa sino de comentario vulgar— con un aferramiento didáctico a la conducta desteñida, al mediocre que sonríe fácilmente y siempre dice sí”.

Con un desplante detectivesco como en las tiras cómicas, me veo en el bar de la calle sexta. Una luz roja me señala con vergüenza, me siento hurgando en la vida íntima de otros seres. Quiero devolverme y no vivir esa parte del ayer. Cuando se trata de borrar sobre el tiempo, surge la mancha acusadora en forma de pesadilla, que nos hacen sudar con el calor de los frotos de fuego que nos dejó el tiempo cuando se pretende hacer una puerta reversible, frente a una escena donde al primer error se grita corten y hay oport-

tunidad de volver a entrar en busca de las voces y de los ademanes perfectos. Y allí estoy, en un cuarto encajonado con una rocola al fondo. Las sillas son las mismas, viejas desde siempre por el manoseo de esos clientes eternos que buscan su tiempo perdido y arrastran las manos pegajosas por sus respaldares y las mesas como si tuvieran que cogerse fuertemente a las cosas, pensar tocándolas que ahí están, que el momento es todo, la eternidad trivial de buscar un medio donde la realidad, la gota de agua cotidiana deje de golpear el surco, el trillo de siempre.

— No quiero estar aquí. ¡No quiero!

— Venga usted, estamos ante una escena sin importancia.

— No quiero recoger esas actividades descuidadas en que se prodiga lo demoníaco de cada ser con la ternura de sentirse en el centro mismo de la propia caída.

— Cualquiera recoge con ojos informantes el acontecer del desplomo en ese momento en que los seres se desvisten y buscan el anonimato de espectadores indiferentes, lejanos y entonces mantienen la virginidad de su tristeza.

— No quiero ser como cualquier habitante de esta ciudad, informador, informante, contagiado, contagiante, mezoquino en el escarbar los actos de los otros, juez subido en el juzgado de la avidez valorativa de acciones, poses, actitudes, sin otro propósito que saber, valorar, medir lo que está presente, despojado de mi propio paralelo.

Pero, mientras no quiero, me acerco atraído por su mirada triste y veo el temblor de sus manos al alzar la copa hasta sus labios, sigo su movimiento de sed y me sumerjo en su hambre de un licor espeso que sea como un río de olvidos.

— ¿Sabe usted qué es lo más triste en la vida?

— Supongo que la vida misma.

— No diga tonterías. La vida es algo maravilloso, tanto que no podría explicárselo. No, lo peor es saber que uno

es estúpido y que todo se lo repite diariamente. Pasan los años y cada día se va pareciendo una más y más a los trastos de la cocina, desvencijados, gastados, enseñando las huellas del uso, inútiles casi excepto para uno que los ve con cierta bondad porque son suyos, tienen su historia y se le parecen.

— ¿Se siente usted cansada?

— No. Me siento bien, solamente un poco estúpida.

— No creo que usted lo sea.

— Porque no quiere creerlo, me ha cogido usted simpatía. Figúrese ya desde muy pequeña me decía mi abuela “serás una muchacha muy linda, pero lo que es de cerebro no darás ni sal para un huevo”.

— Los familiares son quienes nos juzgan más duro.

— Los familiares son los que nos conocen mejor, pero a veces no quieren conocernos. Mi abuela era franca. Yo he sido una cadena de estupideces.

— Es muy difícil vivir inteligentemente, quizás más que vivir en sí.

— Fíjese si habré sido estúpida que mis gustos empezaron por las rosas, me encantaban, sobre todo las blancas, y ahora cambiaría las más lindas por una copa de brandy.

— Los gustos van cambiando con los años.

— Suena muy bonito decir que el tiempo destruye las cosas, pero qué horrible es eso en realidad. ¿No siente usted detrás de esa frase una máquina enorme que lo viene demoliendo todo hasta llegar a la orilla de uno mismo? Las rosas...

“Le regalé un ramo de rosas blancas. Lo hice casi en tu nombre. En la tarjeta escribí con letra clara: “Hay un momento en que es necesario olvidar los gustos, para sentir de nuevo la belleza de las flores”. Te hubiera extrañado ese gesto en mí, porque me creés duro y lo soy en verdad. Esa dureza de pensar la desnudez absoluta de las cosas, proclamar una simplicidad

austera, debatirme por una reforma auténtica de la sociedad pensándose a sí misma como un ser unido que se asusta de remolcar vanidades y empieza a sacudir su cabeza en busca de un panorama abierto y humano. Esa dureza de señalar defectos, de buscar nuevos pensamientos sobre la repetición automática de los lugares comunes, de dudar cuando los conceptos demasiado definidos no responden a las actitudes, esa dureza de no conformarse. Hasta ella llegó tu madre y me desconcertó, como también vos me desconcertabas. En las rosas iba un poco de esa parte desconocida por mí”.

Las manos se llenan de rosas que dejan huellas amarillas y pétalos ajados, las rosas se hacen ramos enormes y luego se desgranán hasta quedar una sola rosa espigada y trémula en su emoción de recién nacida.

— Gracias. ¿Por qué lo hizo?

— Me dieron ganas. No me lo agradezca, no vale la pena.

— Hace tanto tiempo que no recibía rosas. He estado pensando que usted necesita otra clase de vida a la que lleva. Viene con demasiada frecuencia a este bar y eso no es conveniente a su edad. Mi misma compañía le puede hacer daño.

“Esas palabras en boca de mi propia madre, hubieran sido el prólogo de una discusión violenta y ácida, y anoche se convirtieron en una especie de confesión, le expliqué que estudiaba el día entero y sólo iba en busca de descanso, un cambio diferente al panorama de los libros, una tregua al vicio de soledad que cada vez se acentúa más en mí. Debo confesar que al recibir un poco de su cariño maternal, me sentí muy cerca tuyo, en una especie de base igual, de comunicación indestructible, de alianza subterránea”.

El bar se convierte en una floristería y sólo adivino sus ojos negros detrás de un ramo de rosas blancas sobre el que vuela un abejón dorado. Las rosas se desvanecen con un choque de copas. Un ruido de botellas que se balancean en una inclinación, y a veces desparraman gotas de licores gaseosos.

— No sé qué le habrán dicho de mí. Es cierto que no he sido muy católica, ni me importa serlo. Pero, tengo un respeto sagrado por la juventud. Creo como en los himnos patrióticos que debe ser fuerte y sana.

— ¿Por qué me dice eso?

— Porque quizás... ¿No sé por qué se me hace tan difícil hablar con usted? A veces me cohibe. Siento que espera de mí más de lo que soy.

— No espero nada, me gusta conversar con usted, eso es todo.

“Tu madre está preocupada porque como todos vive atada a las reacciones lógicas. ¿Qué puede buscar un muchacho en una mujer de su edad? Complicaciones, curiosidad, trampas envolventes; jamás amistad, solidaridad humana. La manada está definida: el niño debe ir con el niño, el joven con el joven, el viejo con el viejo, lo otro es extraño, es desequilibrio, atenta contra la moral, desafina en el himno patriótico para usar sus propias palabras. Mi amistad con tu madre ya es objeto de miradas suspicaces. El camarero me dice “aún no ha llegado”, el cliente cotidiano me sonríe con picardía, como murmurando “tamaño conquista a su edad”, ella misma se debate entre el darme o no darme lo que supone que busco. Es mi primer encuentro con lo que llama “natural” la gente, mi primera rebeldía porque no me dejaré vencer. Natural llaman a la piedra grande que pesa sobre la cabeza y se debe llevar en equilibrio porque ése es el mandato,

sin volver los ojos so pena de convertirse en una estatua de sal, resquebrajada de advertencias y herida por los lamentos. Llevar la piedra, llevarla con los ojos abiertos mirando adelante, siempre fingiendo un equilibrio de pesos, con los ademanes necesarios para soportar el balance. Y si alguien se quita la piedra y se da cuenta de que su peso es el sinónimo de las cargas que nos quieren heredar los amargados y los miedosos, se le señala como transgresor de lo natural, porque natural es el gesto imitativo, que copia sin pensar qué busca, es el vestido nuevo calcado de costumbres y de perezas, es la respuesta del sentido común apoyado en el caso del desobediente que en virtud de la propia desobediencia quedó ciego, fracturado y se convirtió en el ejemplo de una ciudad que tiene un muestrario de citas vivas para que nadie se quite la piedra y se la muestren unos a otros con aspavientos de maravilla”.

Una mesa desnuda se tiende como esos preámbulos fríos de las ceremonias en que se regatean los homenajes, y las frases caen con el repique de llaveros perdidos en algún armario sepultado en la historia de las paredes, que un día se corrieron y otro se hicieron más altas para acabar guardando el secreto de un cuarto cerrado.

— Sé que está preocupada por mí y quiero confesarle que yo... no busco... en usted... más que amistad... mi único interés es una colección... de preguntas.

— ¿Preguntas? ¿No bastó el censo que nos hizo?

— Sé que la han mortificado las miradas maliciosas de esos estúpidos que vienen aquí.

— Algo hay de eso, pero me preocupaba más usted, le he tomado cariño. Se ha puesto usted rojo. Perdone, no lo debía haber dicho.

— No tiene importancia, no se preocupe... yo sólo quiero saber...

“De repente me pareció una estrella, algo lejano, algo inasible. Se quedó mirando cada vez más tristemente, luego se rio. Mi papel de detective estaba al descubierto. No pregunté nada. La vergüenza cubre la cara y luego esconde las palabras. Conversó mucho esa noche, me contó que había comprado un canario, pero no cantaba, un canario silencioso mudando de plumas que ensuciaba la jaula porque no se estaba quieto. Parece un niño cambiando los dientes, me dijo. Se fue temprano. Me quedé solo en la mesa con los dos vasos”.

Y la página encuentra un sueño de párpados cerra los en que las pestañas se vuelven teas que nos llevan por laberintos, donde un aire pesado sostiene cosas suspendidas que se van cayendo con un ruido de herrumbre verde, que sigue sonando en un trajín de regresos sin veredas.

Y me despierto sin saber que estoy despierto, aún cuando siento necesidad de tocar la presencia de las cosas, cándidamente, negándome su engañosa realidad. Sé que está ella en la ventana y que si me asomo descubriré su cara pálida, sin sonrisas, pero ella está tras de mí y suave como un presentimiento me dice:

— Quiero ver a mamá, la quiero ver.

— ¿A quién?

— A mamá, a Celina.

La voz había perdido la sensualidad con que acostumbraba pedir sus innumerables caprichos. Era la voz de siempre y sin embargo distinta, profunda, ahuecada, débil, exigente, nunca aprendió a suplicar y estaba suplicando. Sabía que de verla en este momento la encontraría también distinta, derrotada con la colección de sus trofeos encogidos y tímidos. Nunca le sirvieron sus trofeos, y ahora se

daba cuenta, son nombres, símbolos, cosas para exhibir, para decir fueron mías, las tuve y las deje perdidas, no las puedo soportar, porque los trofeos no quitan el hambre, ni llenan la soledad, ni nos consuelan el miedo, ni nos apoyan cuando el piso se falsea. El cazador no puede ser propietario, caza para vivir y en la cacería aprende la estrategia del instante. Ella tenía corazón de cazador y manos de propietario. No se conformó con el instante, quería la hora y cuando llegaba el día, anhelaba el mes, asustada por el año y el otro, todo el tiempo en sí, doblado y extendido, agobiante. Aflojaba el arco y la presa empezaba a encerrarla en la propia trampa de su impaciencia.

— Quiero ver a mamá, ¡por favor traela!

— No sé dónde vive.

— Buscala.

Calles, bares, casas. Empiezo a caminar por la ciudad que resulta una palma extendida para los jóvenes, que conocen sus señales y laberintos, y se convierte para mí en un biombo plegadizo que crece, esconde sus rincones y sus arrugas. Una cirugía de luces concentra las miradas en puntos que son arcos inmóviles de cristales limpios, donde el silencio ilumina el vacío de las cosas quietas. Más allá, en lo oscuro, se arrastran ademanes de llamada y se comercia, entre cigarros y copas, el alquiler de la carne, mientras la lluvia nocturna limpia los constantes extravíos que se tienden en los rincones para adelgazar el aire con un perfume de humedades. Y la ciudad es una mujer huraña que no responde a las preguntas. El bar de la calle sexta tiene un título en luces de colores parpadeantes que dice a veces "Jimmy's Bar" y ha cambiado de dueño, la casa es ahora un comercio, los vecinos no tienen memoria, los nuevos inquilinos no conocen a alguien con el nombre de Celina. Camino sin rumbo con la esperanza de la noche, que tiene esquinas donde surgen imágenes olvidadas. Hablo con las más viejas.

— Conocí hace mucho a una con ese nombre, murió la pobre.

— ¿Celina? ¿Alta, de pelo negro?

— En esta calle no trabaja, me las conozco a todas.

— Celina. . .

— No recuerdo. ¿Me podés regalar un cigarrillo?

— Vamos, no seás tonto, como Celina hay muchas.

Puertas, ventanas, contraseñas, con la esperanza agotada la noche se hace corta, sus rincones pesadillas y los caminos cada vez más largos. Regreso con el desaliento encogido, igual que mis manos en los bolsillos. Hago mapas y resultan círculos sobre puentes que no existen. Llamo en la madrugada, ebrio por el deseo de encontrarla, a personas con apellidos semejantes. Timbres distantes se alargan en casas desconocidas, las respuestas son palabras que acaban por convertirme en el buceador de los restos naufragados sin naufragio.

— ¿La encontraste?

— No ha sido posible. ¿Has vuelto a saber de ella?

— No.

— ¿Cuándo la viste por última vez?

— No recuerdo.

— Podría tratar de nuevo si me das al menos una pista.

— ¡Olvidalo! Me siento mejor. He pensado que si la tuviera al frente, no sabría qué decirle. Somos como dos extrañas.

Y la voz cada vez más débil me lleva a buscarla en el espacio tibio que siento tras mi espalda. Encuentro a su madre con una copa enorme entre sus manos, que bebe con una pajilla larga.

— Hay días en que me aburro tanto. ¿No le pasa a usted lo mismo?

— Pues mire, a mí se me hacen así de pequeños.

— Claro, los jóvenes no caben dentro del tiempo, se sienten más grandes que todos los relojes del mundo mar-

cando las horas. Pero yo me aburro, creo que me he aburrido siempre. Cuando llego a un sitio ya quiero estar en otro y de repente sólo deseo encerrarme en mi cuarto sola.

— Eso prueba que el aburrimiento es el anuncio de la necesidad de estar solo.

— Su frase es demasiado simple para ser cierta.

— Las frases ciertas son las más simples.

— Bueno, me voy, adiós.

— Me lo dice usted en un tono como si fuera para siempre.

— Adiós.

“Y ese adiós fue definitivo porque nunca volví a hablar con ella, la vi de lejos varias veces, sin encontrar un pretexto para acercarme. Me pareció que su esbeltez se había desdibujado un poco. Un día la saludé y no creo que me reconociera, contestó con un tono entre evasivo y desconfiado como si no tuviera seguridad de que fuera con ella. Desapareció como desaparecen tantas personas en la pequeñez de esta ciudad, a veces creo que sus estrechas calles son de arena movediza porque se deja un día de ver caras conocidas sin el aviso de la esquela fúnebre, y de pronto reaparecen como si estuvieran jugando al escondido, a la vuelta de una calle con un rostro igual pero más seco, un rostro conservado en la salmuera de su soledad. Cada quien tiene su momento crucial y se esconde, a curar su empacho de estos días espantosamente iguales entre las paredes de su casa. O nadie se esconde, es nuestra memoria la que falla y equivoca los registros de nuestros inventarios de familias, de relaciones, de vehículos, de edades, de recursos económicos, y quizás un número se desplaza, se equivoca, se confunde, y con los informes las personas pasan a la sombra mientras otras ingresan con datos claros. Lo úni-

co que sé es que rompí el escondite cómodo de tu madre en la calle sexta y ella emigró a otros sitios sin mi mirada perturbadora. Tal vez mi compañía se le estaba haciendo una carga; tal vez le insistía en miles de formas sutiles por volverla a su realidad y eso era para ella una carga superior a sus fuerzas; tal vez le dolían mis preguntas, mis contradicciones, mi juventud amarga; tal vez se le acabó el dinero y tuvo que buscar algo más barato; tal vez se siguió emborrachando en su cuarto; o tal vez se encontró con alguien y conoció otro sitio. Los encuentros posteriores fueron escaseando, o quizás siempre nos cruzamos por las mismas avenidas, pero no la vi porque estaba pensando en nuevas cosas, en nuevos seres, en propósitos diferentes a la sencillez de su voz. Ahora tengo ganas de buscarla y volver a dialogar con ella ya en la certidumbre de las palabras sin velos, pues mi sonrojo confuso, su vergüenza y la sensación molesta de intervenir en el cerrojo íntimo de su propia caída, agotaban las frases antes de ser dichas, exactamente igual que cuando estamos predispuestos y ponemos tono y acento hasta en el silencio o cuando nos escondemos de nosotros mismos y nos asustamos si alguien nos llama con nuestro propio nombre”.

Y su madre tiene las manos tan cansadas que las deja caer a lo largo de su cuerpo y allí pesan con una fuerza que le inclina el cuerpo. En sus ojos sigue prendido aquel sueño infantil que siempre adiviné en su mirada.

— Señora, he venido a confesarme con usted, estoy cansado de vivir en mi silencio, ha llegado la hora de que establezcamos un diálogo. Le tengo que contar muchas cosas. ¿Podría oírme unos segundos?

Encoge sus hombros y balancea su cabeza con un ruido de huesos rotos. Claro, así no puedo hablar con ella, lo

dicho suena a introducción de un vendedor de televisores.

— Señora, ¿recuerda usted el bar de la calle sexta?
¿Aquél que ahora se llama Jimmy's bar?

Retrocede hasta encontrar la pared con un gesto asustado. No. No le debo mencionar las cosas que ya no son, que nunca fueron, mientras la obligo a orientarse entre calles y avenidas.

— Señora, yo recuerdo que le gustaban las rosas y una vez hablamos de eso, hace ya muchos años.

Y la veo con su propio pensamiento en la mano, retrocediendo inútilmente entre tantas voces, recuerdos, encuentros, citas, caras, flores, para hacer más evidente su vacío. No le puedo hablar así.

— Señora, Olga era mi amiga en una especie de sueño interrumpido con horribles realidades. Ahora no importa, ahora no importa nada. Vengo a recordarla con usted en aquel parque...

Mientras hablo veo su rostro ajado, el negro falso de su pelo, la flaccidez que le corre como un nervio por los antebrazos, las piernas, las caderas. Su cuerpo expuesto sin piedad a la salmuera del tiempo. Y sentó que mis palabras están levantando un sollozo ahogado.

— Señora, no me cierre la puerta, usted es la única con quien puedo hablar de ella.

Se dobla sobre sus rodillas porque no ha resistido mis intentos, como puñales traicioneros, de cercenar su derecho a tenerla como algo propio, en donde no debían entrar mis palabras ni las de nadie. Ella podría estar oyendo todavía las canciones con la que arrulló, ella podría estar pensando que inclinó su vida, que pesó como un fardo podrido en su conciencia, podría estar más asustada que triste, podría consumir sus lágrimas en un vaso largo y sucio como siempre, ella podría adornar sus silencios a su antojo o decir simplemente de tal palo tal astilla porque la ciudad la devoró por entero o porque ha aprendido la dura lección del

agua y su cuerpo lavado sea un poro tan abierto en que reboten sin sonido las últimas gotas. Tal vez me diga "que le vamos hacer, la vida es dura", y no podría oír su voz quebrada, la distorsionaría en el deseo de oír la decir "mi pequeña, mi pobre pequeña ha hecho otra de sus diabluras".

En un parque van cayendo las hojas secas, que un día lleva un niño a la fuente con la ilusión de un barco que atravesará aquellas aguas tranquilas para depositar en la orilla la melancolía de un juego que acaba. Aquí, en la soledad de mi cuarto, encuentro aquellas postales escritas con letra de imprenta, sin puntuación porque ella decía "esos signos son garabatos de gente poco imaginativa que no oye la voz del que escribe".

"estoy aprendiendo mucho aprendí que hay una planta que se llama salsifi no te suena ridiculo y pensé que vos serias el único que podrías comprar una finca para sembrarla de salsifies".

"estoy saliendo con un latino como dicen las gringas con gran excitación pero no me agrada porque cuan-

do le gusta algo dice que es regio y a mí me parece que ésa no es una expresión de hombres qué creés vos ya sé que no me vas a contestar”.

“ayer aprendí a fumar y me gustó vi a una señora en el tren que lo hacía y me puse a imitarla cuando regrese fumaremos juntos llevaré un montón de paquetes escondidos en la maleta”.

“estoy como un búfalo estas gringas sólo comen para engordarse figurate que ya he perdido mis medidas 36-32-36 ahora son 38-32-36 porque a mí las harinas se me van a un solo lado el que caracteriza a las vacas voy a ponerme a dieta para que me reconozcás cuando llegue porque mamá dice que le hago falta no tiene con quién ir al cine”.

“regresaré pronto he sacado unas notas malísimas pero me gané un trofeo bailando la rumba en el baile de graduación de las más pesadas unas tontas que creían que nuestro país está más allá del Brasil”.

“ojalá no te hayan matado porque quiero enseñarte la colección de vestidos que me he comprado sobre todo uno rojo que te fascinará regreso la próxima semana con nuevo maquillaje y hecha una sensación creo que he madurado mucho ya no me gustan los juegos tontos ni las películas melosas voy preparada para lo fuerte el otro día me emborraché con mi compañera de cuarto que dice que el whisky depura el espíritu”.

“Ojalá no te hayan matado” y no sé si lo hicieron. Busco las páginas del diario y cae aquella carta que nunca envié, ahora con las letras unidas por manchas amarillas,

que son otro signo del tiempo en su afán de envejecer hasta las palabras.

“Te escribo porque me voy a la revolución y no sé si te volveré a ver. Quiero decirte que no soy tan duro como siempre te has imaginado, apenas un muchacho que le dio por reflexionar y se perdió un poco en los laberintos de sus ideas. Nunca quise ser pedante, si te lo parecí fue por adoptar esas posiciones extremas que buscamos los jóvenes, sólo para que nos presten un poco de atención. A veces me decías que era una especie de diccionario, siempre aclarando y puntualizando las cosas. Quería saber y no logré mucho pero no me he conformado con las soluciones fáciles de mi padre contando dinero, acumulándolo y proclamando diariamente que la vida está muy cara, gastamos muchos zapatos, no lo comprendemos, y está cansado de mantenernos como parásitos hambrientos. Ahora eso no tiene importancia. Me dirás que es tonto eso de ir a la revolución y tal vez la razón esté de tu parte. ¿Te acordás hace dos años cuando me fui a la montaña? Lo hice casi como un juego. “¿Quién se anima? Pues yo me animo”. En ese entonces sabía muy poco lo que es esa palabra con miles de caras: pueblo. Allá lejos alguien hablaba de eso y decía que estábamos ahí para servir al pueblo, para darle libertad, para defender sus derechos. Bajamos triunfalmente y algo se hizo, porque el entusiasmo nos había llenado de fe, luego empezaron a desaparecer las caras detrás de la palabra, quedó hueca, fría, hasta llegó a ser vergonzosa, alguien dijo que era de mal gusto hablar del pueblo. Las cosas fáciles volvieron a su reino, el nuevo gobierno se cubrió con la bandera más antigua de la humanidad: primero yo, qué es para mí, cuál puede ser el interés que personalmente me

mueva a complacer esa iniciativa, cuánto para mí y para mi familia. En otras palabras, el interés personal, las leyes con nombres y apellidos, las concesiones con parentescos, se establecieron de nuevo con las raíces suficientes para encubrir los actos con miles de explicaciones, de excusas, de coartadas bien urdidas, al punto de que siempre había sacrificados, siempre había patriotas, siempre hombres honrados, siempre servidores de la colectividad, palabra con la que se ocultaban las mil caras y se dibujaban casas, calles, cañerías, electrificación, escuelas, obras que se volvían pretexto para no encontrar el llanto desnudo de unos ojos tristes y envejecidos en el puro afán de asir una mañana con olor de sopa caliente. Pensé que eso lo merecía la ciudad y sus habitantes, ágiles para vitorrear a sus nuevos ídolos, para fortalecerlos mientras les hacían chistes, para hacer fila en búsqueda de su turno esperando el reparto de oportunidades, para conformarse con cualquier distribución de granjerías y entonces decir: este gobierno es democrático, es decente, es progresista. Pensé también que los campesinos no merecían aquello, que eran hombres cansados, pobres, mal alimentados y el amanecer, el largo y eterno amanecer les había atravesado las manos y ellos se desangraban en silencio, sin siquiera protestar, siempre con la esperanza de tiempos mejores, que venían recrudesciendo las lluvias, haciendo salir de su cauce a los ríos, tiempos violentos de sol para resquebrajar la tierra y calcinar las siembras. Pensé que me uniría a ellos y sería agricultor en el punto más lejano posible de esta ciudad...”

Aquella carta, mi larga carta, alzo la vista y la encuentro sentada junto a mí, también leyéndola sin lograr la concentración necesaria para seguir el movimiento de aquellas

letras dibujadas con una tinta añeja. Un hombre a su lado, envuelto en un manto negro, le dice que está regia la noche y la luna los espera, que no vale la pena perder el momento con las frases de un amigo tonto, que debe ser comunista, romántico y puro como son los poetas en esta época. Ella se apoya en mi antebrazo y su cercanía es una orden de que continúe.

“¿Te preguntarás por qué voy nuevamente con un rifle a la espalda? La revolución es una cadena y en un punto determinado vuelve, ya no a avanzar hacia nuevos derroteros sino a defender los derechos que ha creado. Voy a defender conquistas en las que no creo, pero voy a terminar con los odios, a decir respeten esta paz, acabemos este juego de bandidos y buenos, reunámonos en cualquier punto, tiremos las armas, y empecemos el camino de regreso para mirarnos las caras unos a otros sin vergüenza, seguros de que no hemos llenado las despensas mientras muchos se mueren de hambre, seguros de que no hablamos en nombre de nuestro interés sino conscientes de los que nos necesitan, olvidando los apellidos y los parentescos, con las puertas abiertas a lo que nos incomoda, decididos a sacrificarnos por los otros, dispuestos a construir sin envidia, anuentes a aceptar nuestros defectos y, sin seguir burlándonos de ellos con gesto complaciente, tratar seriamente de superarlos. ¿Pido demasiado? Es demasiado querer que desaparezca esta burla constante entre el viva don Pablo, muera don Fernando, viva don Fernando, muera don Pablo, mientras los dos señores esperan en las cómodas butacas de sus casas, abastecidos de informes por sus hombres de confianza, y reciben el gobierno como si fuera su patrimonio porque la escuela llevará su nombre y el puente y la avenida y la carretera de circunvala-

ción y la represa y el hospital, porque van a ser los coautores de las leyes y su firma significará síes y noes definitivos y honrarán las fiestas, las misas, las embajadas y también andarán por otros países jugando a pequeños reyes, y porque fundamentalmente creen en la inmortalidad del nombre y en el cuadro pintado al óleo para adorno de un salón en que eructan los que los envidian y buscan un homenaje igual. Y quienes los vivaron, apenas recogieron un medio abrazo que el gran señor dio porque no hay otro remedio y eso es hacer política, pasan al aislamiento duro de su trabajo, a la hazaña de sus manos, de sus ojos, a comprar a plazos su embolia, a la realidad corta de su salario, de los impuestos, de las dificultades para educar a sus hijos, del rigor de las leyes para los hombres anónimos. Y si protesta, si dice estoy cansado, necesito que me paguen más, ayer me robaron, falta autoridad en este país y educación, quiero trabajo, pues si se atreve a decir todo esto las respuestas son muy fáciles: no hable de lo que no sabe, no sea impertinente, gobernamos para todos y no en especial para usted, no actúe como un egoísta, complacemos al pueblo, usted es sólo un estorbo, un majadero, un necio, un egoísta. El pueblo no habla, no se queja, se está callado, no protesta, se despierta en cada período de elecciones para vivir a los candidatos y se vuelve a dormir porque el pueblo duerme, sueña que no tiene hambre, que no tiene necesidades, que no hay mentiras, que las promesas hechas vienen a corta distancia”.

Y su cuerpo ha dejado de pesar sobre el mío con su cercanía porque el hombre impaciente la lleva hacia la ventana y le dice que la noche es corta tras un cristal, y larga sobre el sonido de un violín que llama hacia un puerto brillante

con falsas estrellas. Se va sin mirarme en un movimiento de faldones, que se agudiza sobre mi frente con una brisa leve y mi estremecimiento se refleja en aquellas páginas amarillas que se empiezan a desboronar.

“Y voy con el rifle apoyado en el hombro, consciente de esas cosas, incrédulo entre el griterío, la excitación y la reverencia a los líderes. En la vida lo peor es conservar la conciencia cuando todos están ebrios, bailan y cantan su histerismo, se quedan en la falsa sensación del patriotismo y juegan a bomberos voluntarios buscando un papel trascendente en la historia de la violencia absurda y sin meta. Voy porque no ir sería cobardía y no es posible permitir más muertes inútiles en este país. Voy porque si la contrarrevolución prospera, esta ciudad y sus habitantes estaremos expuestos a jugar con tiros, ya no con voces ni con gritos, entre uno y otro bando, y vendrá la venganza y el desquite y después la otra ola de revancha y siempre la siembra de rencores, con sus miles de pretextos y guaridas, asomando la cabeza y hundiéndola, porque el rencor es como cualquier mercancía que se compra y se paga, se vende y se cobra. Voy por la paz con el equilibrio peligroso de un rifle al hombro, seguro de que no me oirá el fanático ni el delirante, sumergidos en el suceso por el suceso mismo. Si me pasara algo, dejo en mi cuarto un paquete para vos, es una libreta de apuntes, tiene tu nombre y el ruego de que te la entreguen. Te deseo muchas cosas buenas”.

Me parece verme caminando y retrocediendo, asustado de estar ahí sin encontrarme, con el rifle al hombro, durmiendo bajo la luz blanca de la luna, sintiendo que las estrellas recorrían mi cara, despertando sin saber si estaba vivo

o muerto. Me siento agonizar y envejecer oyendo a lo lejos los tiros distantes, porque nunca llegué al campo de batalla, pero vi a los muertos y a los heridos cuando los traían a la retaguardia en que habrían colocado a los estudiantes universitarios, porque la juventud es la juventud y merece vivir, siempre como en el himno patriotero. Y ahora pienso en una especie de miedo que cuando la juventud deje de tener tantos pretextos para ser irresponsable, para vivir en una eterna fiesta, los países empezarán a enraizarse con brotes nuevos dentro de la tierra y con deseos más puros de extender verdaderas sombras de protección bajo el cielo. Recuerdo que allí, en la reserva fuimos los primeros en oír la noticia del triunfo, producto del pacto a espaldas de la línea de fuego, la transacción simple, en términos de caballeros, cuyas comas perseguirá la historia. Entonces corrimos hacia la vanguardia y muchos murieron en el avance porque los hombres con pistolas viven la fiebre de la matanza y no distinguen a sus enemigos en la mira de su puntería, y matar es un propósito ya legal y permitido, que se convierte en una cacería sin bandos, en una contabilidad de muertes en el lomo de una culata, en un hacer el blanco donde se levanta un pecho y en el centro tiene un corazón, en apuntar uno más — ¡qué puntería! — de espaldas a la vida misma, a los afectos y raíces de aquel cuerpo que se desploma. Ahora quemo mi rifle y también mis recuerdos, no quiero ser parte de esa triste historia, pero las llamas que se levantan, me traen de nuevo mi rostro sudoroso, mi propio rostro de piedra que no arde, que se retuerce en busca de un llanto ignorado de tanto jugar a los símiles de la hombría, un rostro que empieza a sonreír como si gimiera, un rostro que me golpea en mi propia cara y me pregunta qué es la muerte.

Y con las manos vacías busco un libro y encuentro un espejo y en el espejo un corredor blanco en que se hunde un espectro de gasas, arrastrándose penosamente, casi inmovilizado por tiras cada vez más blancas y más entrapadas en el rollo de ropas asépticas. Ella sale de un cuarto y recoge entre sus brazos aquella figura de trapos blancos.

— Quiero morirme.

— Eso es sólo una racha, como las otras que has tenido antes.

— Quiero morirme y descansar.

— Ahora querés la muerte como si fuera algo romántico, que se adquiere y da cierto brillo. Querés la muerte como si en vida pudieras gozar la sensación de tenerla.

— Quiero morirme con miedo, con desesperación, como si la muerte fuera la única salida.

— Es el final de tu deseo de morirte.

- Me gusta que sea la nada.
- Es una realidad de gusanos.
- Y... ¿Dios?
- Dios también hizo los gusanos.

Y ella besa esa figura de gasas sin sonido. Se está enamorando de nuevo, ahora coquetea con una salida, la única, la que apaga los ruidos, la que acalla los pasos, la que no repite una noche tras otra la angustia en busca del sueño, la que no obliga a pedir compasión, la que tal vez valore el raro sufrimiento de agonizar porque todo es cotidiano y desgasta, la que baje el tono de todas las recriminaciones, la que cambie su retrato de caso perdido, la que evite las respuestas bruscas a su demanda de atención, la que suprima los problemas cotidianos del dinero, el alquiler del apartamento, el bienestar de los niños, la cuenta del dentista, la que —por qué no— puede traer hasta elogios, o por lo menos consideración, categoría en un mundo sin dimensiones en el que quien llega primero gana su lugar en las otras memorias.

— A los muertos se les tiene respeto.

— El hombre aprecia las cosas según la distancia, las que tiene cerca ni siquiera las mira, valen las que escasean o están muy lejos.

— Me gustaría tener ese respeto de la muerte.

— No te has salvado de ese culto necrológico que tiene la vida.

— Nunca he puesto atención a los dioses ni me gustan, me parecen altivos y fríos, pero ahora es diferente, la muerte no es un dios, es una realidad.

— Y como toda realidad, un misterio.

— El problema es cómo nos quitamos de encima este recurso de hacer siempre poesía.

— ¿Poesía?

— Los que queremos vivir, hemos ido haciendo poesía sobre las personas que nos han interesado, sobre las co-

sas, sobre el tiempo, y cuando todo se despierta y nos enseña su verdad, nuestra poesía es como un árbol sin raíces que se precipita dolorosamente hacia el suelo.

— ¿Desde cuándo pensás así?

— Desde siempre... sí creo que desde siempre, pero yo misma no lo sabía.

— Siento que hoy te conozco.

— Es que a veces dejamos pasar muchos días sin vernos y ocasionalmente se puede conversar sobre lo que pensamos y sentimos, estamos inundados de pequeños detalles sin sentido que absorben los encuentros.

Y ya no hay figura de gasas sin sonido, ella cogió una punta y desenrolló aquel cuerpo de aire y vacío, que extendido en un charco de ropas sin hilos, forma una larga sábana y parece una alfombra blanca. Se sienta al modo hindú y bate sus palmas al son de unos tambores con dejes sensuales que sigue con movimientos primero lentos y después rápidos, rapidísimos, que adelgazan su cintura como un cuello de botella hasta dividir su cuerpo sin que el contorno se detenga, pues se reparte en pedazos que se hacen más pedazos y se van convirtiendo en luces que se persiguen unas a otras en giros desordenados que pierden el ritmo. Y ella entra con una cara muy triste y dice:

— Ayer rechazaron mi solicitud de ingreso al club.

¡Esa partida de hipócritas!

— ¿Por qué diablos hacés esas solicitudes?

— Porque tengo hijos y ellos tienen derecho a ser como los otros niños.

— Educalos como los demás sin la idea de que ser es equivalente a la credencial de un club.

— No digás tonterías, es imposible olvidar el medio en que se vive. Lo que me duele es que me rechazaron porque no he escondido bien mis enredos.

Veo una mesa larga y unos hombres sin rostro con las manos escondidas. Una voz anuncia: "cuatro bolas negras,

dos abstenciones y una en blanco". Veo el símbolo anónimo de esta democracia sin prejuicios en el discurso abierto de la plaza, donde el viento borra las palabras. Veo las frases claves: "no discriminaciones, somos gente civilizada; admitimos cualquier raza, somos humanos; no nos importa si es rico o pobre, para eso está la democracia; cada cual tiene una oportunidad de rehabilitación, somos cristianos". Veo los avisos escondidos: "no se alquila la casa a la familia negra; se prohíbe la entrada al chino; aquí no hay indios, los pocos que nos quedan son decorativos; aunque no lo crea todos somos así de blancos y más de uno tiene los ojos azules". Veo en los ademanes esquivos el fondo de las palabras que no dicen pero confortan los espíritus: "dejemos tranquilos a los judíos en sus ghettos lujosos sin pretensiones de filtrarse; el abolengo está bien seguro en los colegios privados; la puerta del club sólo la atraviesan los elegidos". Veo el desfile de los señores bien, el selecto clan con sus trapos sucios escondidos, los que dicen: "la democracia no es desorden, la igualdad no es igualarse, la religión no es convivencia, la humanidad no significa alternar con gente de otra clase". Veo como se gritan unos a otros que a cada quien lo suyo y la propiedad se afila tanto que corta hasta lo abstracto. La tomo de la mano para que vea el desfile conmigo pero sus ojos de cristal se caen y se rompen. Trato de levantar su mano, ese gesto de voluntad que en los peores momentos pedía morir en paz y en los mejores se levantaba para señalar con el dedo esto, eso y aquello, lo que parecía tener dueño, lo que estaba distante, lo que era difícil, y su mano es apenas una mueca sin contenido. Oigo su voz de nuevo con un dejo triste como el de los organillos de las calles viejas que atesoran un romanticismo de adoquines, faroles y puertas.

— Ahora te empiezo a comprender. Nunca te perdiste.

— Siempre me he perdido, a veces hasta deliberadamente, pero nunca me he encontrado, salvo en pocos ins-

tantes. Entonces la alegría ha sido tanta que me he vuelto a perder en busca del goce de tenerme de nuevo.

— Y yo me he perdido cuando más firme me encontraba, creyendo que la luz artificial era una luz propia.

Por el camino de sus señales veo una begonia en el canto de una ventana, mientras oigo su voz cada vez más leve.

— Quizás vivir sea igual a esa begonia.

— Tiene la mitad muerta, casi blanca.

— Es la mitad que mira a mi cuerpo y no ha encontrado la luz.

— Se puede estar cambiando de lugar para que gire sobre el sol.

— ¡No! Quiero que sea como la vida, como un ser humano, con sus partes claras y sus partes oscuras. Y si me acerco a la ventana no seré como esa plantita, sino como los que creen en la existencia de las cosas lanzadas sobre el espejo de sus sentidos, igual a los que no saben olfatear en el viento lo que viene de lejos y llegará hasta allá... donde no alcanza la imaginación...

Y se acerca a la ventana y sé que ha comprendido que la vida no es una pared cerrada, ni la sombra de la noche, ni la hora que se mide, ni el propio gesto de uno encerrado en el puño. Siento a través de ella que la vida está en todas partes, siempre más allá de lo que se puede imaginar. Se me sube hasta los ojos la ternura de la vida sencilla, noble, profunda. Me parece que sobre la ventana está muy cerca una de esas casas perdidas al borde de la maleza, con una migaja de humo que se lleva el viento, desafiando la aridez de la llanura o la frialdad tosca de la montaña. Está entrando a un corredor sencillo, ahí, donde un hombre se levanta de madrugada para cantar sobre la tierra la canción de las manos y la semilla, ahí, donde los signos del amor son gestos desabridos y quizás se guarde un único libro como un tesoro, ahí, donde el almanaque se mide en las siembras de to-

mate, ahí, donde se saborea la dulzura de un café junto a un tronco retorcido como una figura de pecado, ahí, donde la relación humana se anuda casi sin palabras. Ahí está ella ida tras el olfato de la brisa porque el dolor es como el fuego, derrite la nieve, busca la llama entre los escombros, desnuda y limpia. Pero ella vuelve su cara con un ademán redondo sobre el que pesa una amargura infinita y entonces sé que no ha viajado, sólo ha tratado de sostenerse.

— ¿Querés algo?

— No... nada...

— ¿Busco a tu madre?, ¿a Celina?

— No... ella no debe venir... ella me vendió... valgo veinte mil... pesos... una me vendió... y la otra... me compró.

— Pensá en algo agradable.

— Una... muñeca para jugar... a la maternidad... una muñeca que se cambia... un montón de dinero...

— ¡Alejá los malos recuerdos!

— No... no hay nada... de que... agarrarme...

Nada en que apoyar las manos, caen en el vacío. Nada para recordar, la mente se tiende en la niebla. Nadie a quien esperar, el cuerpo está lleno de grietas de soledad. ¡Es tan fácil una esperanza! Un juguete, una llamada telefónica, una carta, una promesa, una luz. ¿Por qué hay momentos en que no aparece, no llega? ¿Por qué hay momentos en que los pisos se vuelven resbalosos y nos caemos sin remedio y nos golpeamos sin querer y nos humillamos ante los espejos y nos negamos la propia sombra y nos decimos qué triste es todo, qué solo, qué largo, qué vacío, qué absurdo? Porque entonces el miedo se vuelve un dolor agudo que nos hace ver nuestro propio espectro con palabras de saña, con deseos de rompernos en pedacitos que nos hagan llorar de lástima.

A punto de llorar el desconsuelo frente a los bordes fríos de aquellos años, encuentro su fotografía, la misma que estuvo mucho tiempo pendiente en la pared encalada del cuarto de su madre, y un día se cayó o se perdió o simplemente no dijo nada porque los años pasan como comenjes que lo devoran todo hasta los recuerdos. Y yo recuerdo... claro que la recuerdo con su traje deportivo y con la alegría de una pequeña importancia, la más justa y honesta alegría que sienten los buscadores de los grandes goces en la vida.

— ¿Me viste hoy en los periódicos?

— No. No leo las páginas sociales.

— Estoy en deportes. Ayer gané el campeonato de tenis intercolegial.

— ¡Vaya! ¡Qué triunfo!

— Sos un mentiroso, te hubiera gustado ganar, lo sé.

Y también que hoy me viste en los periódicos. En esta ciudad no hay quien se escape de leer las páginas sociales, con sus minuciosas informaciones.

— Pues te equivocás. Sólo leo las noticias internacionales.

— Pues mentís. Allí está la chismografía impresa, el comienzo del chisme. Si alguien se casa, con quién lo hace y por qué; si alguien se muere, de qué fue; si otro cumple años, cuántos; si fulanita tuvo ya el niño, a contar los meses. De esas cosas nadie se escapa.

— Insisto en que la chismografía no me interesa.

Ahora busco la réplica en el diario, sí aquí está, aquí tenía que estar para complacer este afán maniático del debe y el haber de los recuerdos.

“Tenías razón, en esta ciudad las plagas se contagian quiéralo uno o no lo quiera. A pesar de mis libros, de mis estudios y de mi trabajo, debo confesarte que sí leo y leía las notas sociales. Son el aperitivo de la chismografía, tal como lo afirmabas, en que acaba uno por caer, también lo quiera o no lo quiera. Si aparece la tarjeta de Pedro Pérez, quien murió, se casó, está enfermo o nació, primero se mide la noticia y después se utiliza en el primer comentario cercano. “Viste lo de Pedro Pérez, me ha extrañado, ¿es cierto que...? Se lanza la suposición en busca del informe, se crea la duda y se bifurcan los caminos: por uno sigue la suposición, por otro el informe, su mezcla va creando la leyenda con sus múltiples características, movida al antojo del comentario disperso y de lo que el oído ajeno seleccione como lo más interesante, y eso no siempre es lo bueno y lo verdadero. El periódico entra en las casas tempranero, con su muestrario de vanidades, y camina por el día de boca en boca completando la noticia ya envuelta en los

venenosos matices del chisme. En esta ciudad corre la novedad con el "viste", "no supiste", "no puede ser que no te hayás enterado". La columna vertebral aquí no es el pensamiento ni la opinión ni siquiera el suceso escueto. Es la voz parlanchina que desea saber más y más y hablar más y más, llegar a los detalles, al último suspiro, descifrar el gesto, especular sobre las reacciones, trazar modelos de actitudes y desplantes. La voz parlanchina corre como un nervio por los teléfonos, saludos, cuchicheos, murmullos, encuentros, hasta por las cartas. Somos los grandes escritores de noticias locales, que no llegan a los sucesos públicos, sino a las reacciones privadas, a los acontecimientos anecdóticos de los quehaceres humanos, cada vez más detallados cuanto más ligados están a los grupos familiares, amistosos o a las personas de cierto rango social en el medio. Promiscuidad de estas estrechas avenidas y calles, que crecen con nuevas urbanizaciones, pero siguen amontonando a la gente en las venas centrales de nuestra corta dimensión de aldea enraizada en el concepto familiar de los nombres, del abuelo, de las alcurmias".

Y ahora que el recuerdo es una confesión tardía de pequeñas cosas cargadas sobre la altura de las grandes, debo reconocer que también recorté su fotografía y la escondí con vergüenza en un libro de texto, seguro de que su aridez espantaría a cualquier lector. Con más vergüenza debo confesar que siempre quise reservarla a mi intimidad contradictoria, pues me costó admitir dentro de mis tendencias al misticismo, producto tal vez de una amargura precoz, su figura sensual de concentradas realidades antojadizas. Y esas realidades quizás no fueron antojadizas sino estímulos de imaginación que forjan por dentro nubes de polvo como en los largos caminos, donde se pierden los horizontes de

tanto verlos al frente como puntos lejanos que no acaban nunca de adquirir la redondez de las cosas concretas, o tal vez fueron simples figuraciones de una timidez que no abre del todo los ojos y con una mirada encogida y nublada por su propia dirección hacia la lluvia de las historias perfectas, destiñe lo grande y agiganta lo pequeño. Ella lo aclara ahora todo, ella con un cuaderno de apuntes frente a mi escritorio de estudio, ella con sus tareas, ella con el esfuerzo de su liviana concentración:

— “Estados Unidos es un gran país grandes edificios grandes explanadas grandes teatros grandes tiendas grandes avenidas todo grande y todo lleno como un desafío de la gente apurada como hormigas para dejar cortas y pequeñas las grandes estructuras”. ¿Te va gustando mi composición?

— ¿Le pusiste los puntos y comas?

— No, porque vos me vas a ayudar en esa parte. ¿Sigo? “La primera impresión es la de ahí está la vida complicada y excitante pero es un puro movimiento sin sentido es un carnaval con la gente disfrazada de ajeteo porque cada ser ahí es muy pequeño casi como su apartamento sin sol y sin jardín la apariencia al principio engaña como pasa siempre pero si se adentra un poquito se descubre a la pobre persona agobiada por la inmensidad de las ciudades de los edificios de los trenes incansables de los vehículos que son una manada salvaje corriendo dentro del movimiento mismo”. ¿Movimiento es con b larga o corta?

— Pequeña.

— “Insignificantes personas que compran a plazos televisores refrigeradoras vacaciones pensiones un viaje a México para ver el trópico en rebaños pintorescos y decir después estuve en Acapulco qué calor pero qué excitante el color de la gente el zoológico abierto de los latinoamericanos primitivos pobres diablos románticos”. ¿No notás que te estoy imitando?

— No sé si es imitación o burla.

— “Compan también a plazos el odio porque necesitan tener a quien odiar en una parte al negro en otra al mexicano o al puertorriqueño o al judío”. ¿Qué te parece si agrego al italiano, por lo de aquellos tiempos de Alcapone?

— Ese era justificado y ya está bien de odios. ¿Qué más?

— No hay más. ¿Me podrías ayudar a terminarla?

— Nunca he estado en ese país. Si escogieras otro tema, te podría ayudar.

— Quiero escribir sobre eso, quiero que mis compañeras sepan de los viajes que he hecho.

— Impresionar, siempre impresionar.

— Se pasan hablando de sus novios y de sus fiestas sólo para sacarme los ojos, y como soy nueva, me ven como a un bicho raro.

“Acabé escribiendo sobre los Estados Unidos, no me puedo escapar de tus caprichos, ni de tu fingida desilusión cuando pretendo no complacerte. Sé que buscas en mí nada más que mi tontería bondadosa, al incapaz de dejarte esperando, al rudo que te regaña y ayuda, al amigo dispuesto a sacarte de tus líos, al oído tumba en que se sepultan tus debilidades. Ahora estarás leyendo las cuartillas en tu clase, esperando obtener algún reconocimiento de tus compañeras, pero ellas no oirán o fingirán no haber oído, seguirán hablando de sus novios y de sus fiestas y en voz muy baja dirán que quisiste deslumbrarlas, a ellas que tienen sus mundos y sus diversiones, sus grupos de amigos y su familia, una arribista, una simple arribista porque las monjas se impresionan con el dinero y te han admitido olvidando tu origen y tu escándalo. Estarás triste pero no te lo confesarás en la rabieta de tu orgullo desorientado, dirás siempre “yo tengo” como un consuelo y “yo puedo” como un desafío y

“yo me animo” como una rebeldía para estar cada vez más lejos de vos misma”.

El recuerdo... el recuerdo... y el día dorado de un diciembre sin año, con el mismo viento burlón de las navidades, que corre sin detenerse en las nostalgias, que apaga las velas encendidas en los pesebres y hace girar por las calles sin querer un revuelo de faldas y papeles de fiesta que ponen adornos inquietos en el aire. Un día así de diciembre o de otro mes, veo tu mano jugar con el sudor del hielo en un vaso largo mientras el ámbar del licor se va palideciendo con el ritmo del agua. Oigo tu conversación precipitada sobre un vacío de cosas y figuras.

— ¿Sabés que tengo una hermana anormal?

— Sí, se llama Flora.

— Me han dicho que se complace con el sonido de los cristales rotos, guarda en una bolsa los pedacitos de botella y los oye sin cansarse.

— Le deben sonar como campanitas llamando eternamente a los caminos.

— Más bien deben sonar como estos hielos contra el vaso, tintineando su frescura. Por lo menos es una loca original, digna de la familia, no como ésas que babean mientras dicen tonterías.

— No es exactamente loca, es una muchacha triste, un poco marchita. Es muy silenciosa.

— ¿Es bonita?

— Es tristemente bonita.

¿Ahora pienso qué importancia tiene ser bonita para una persona que oye repicar los cristales rotos? Para ella no vale el espejo como una lámina que la refleja en una figura que no reconoce, lo prefiere en pedacitos sonando como una presencia de música que la lleva, estoy seguro que la lleva, con un rebaño de ovejas lentas, por un campo de flores amarillas, donde una nube se detiene por la gracia

misma de un cuadro pastoril, y hay reflejos celestes sobre un verde fresco que es ante sí mismo una pintura de armonías que no se rompe bajo el negro espeso de la noche. Ahora comprendo: su lentitud es parte de ese signo incierto con el que se han sacrificado ovejas, gallos y palomas en los altares, para buscar los presagios y lavar con sangre simbólica el rito de las impaciencias. Ahora veo que esa lentitud no podían comprenderla su madre y sus hermanas, envueltas por los caminos con la levedad de la brisa, pero veo su paso lento, su frase dilatada, su sonido con los repiques de una canción hecha de pequeños pedazos, compañeros de una fuerza primitiva que cierra los ojos y no logra levantar las velas del sueño profundo que a ras de la tierra mantiene mundos desconocidos en los perfiles de un acontecer que avanza en movimientos de siglos sin historia. Y sobre el recuerdo de aquellos sonidos que ahora oigo, vuelve ella con un gesto de niña y un barrilete en la mano, dibujado con retazos de azucenas secas sobre las que se han cargado los colores del arco iris.

— ¿Has presentido alguna vez que te vas a morir?

— Sí, tenía la seguridad de que un tiro me entraría por aquí y saldría por la espalda dejándome un hueco que no podría ver nunca y sin embargo veía en mi sensación de morirme.

— ¡Qué extraño! Como en los sueños en que uno se desdobla y ve lo que le sucede.

— Un hueco que era casi como una gran boca por donde la sangre fluía libremente, negra y espesa.

— He visto también mi muerte y era tan extraña que sólo valiéndome de una imagen puedo yo misma verla. Una especie de carro veloz que de pronto queda inmóvil, detenido en el silencio.

— Me gustaría acompañarte.

— Tu amistad es tan leal que a veces resulta ridícula.

— El amigo es un buque al que no debe abandonarse

nunca... o por lo menos ser el último cuando se ha ido a pique y no hay otro remedio.

— ¿Capitán de mi buque que tantas veces ha estado a pique? ¡No seás tonto!

Y ella ríe con su barrilete en la mano, lo lanza al aire y el aire se lo devuelve con el armazón roto.

Las letras del diario se desprenden de la caligrafía marcada en tinta azul, y se colocan en las paredes con rasgos de abecedarios gigantescos para el deletreo de un coro de aprendices.

“Un hombre, siempre habrá un hombre. No podrás vivir sin un hombre pegado como una sombra”.

Un coro de voces muertas repite “un hombre” y ella asiente con la cabeza, sentada en el sillón de mi cuarto, mientras se afila las uñas y las contempla a través de la luz. “Un hombre con las manos largas, no, mejor otro con las manos pequeñas y regordetas... quiero un hombre que no me quiera, que sea de otra... ya no lo quiero, el tontito ha resultado muy dócil... quiero un hombre...”. El coro de voces repite “un hombre” hasta que se pierde

lejano. Ella sigue afilándose las uñas y me dice al oído:

— Ayer estuve hablando con el hijo del jardinero en el colegio, es un muchacho que parece un deportista, alto, con anchas espaldas, cualquiera de los que van a la avenida se desearían sus músculos. Es el muchacho más guapo que he conocido. Mientras su papá esté enfermo, él se hará cargo del jardín y las monjas le prohibieron que hablara con las alumnas. Después dicen que debemos amarnos los unos a los otros, para Dios todos somos iguales y ese sartal de tonterías. Son mujeres inhibidas y beatas, ¡ja!, ¡ja!, con complejos de castidad muy mal llevados. ¡Yo hablaré con ese muchacho!

La veo en el jardín interesándose en las plantas y en los abonos, preguntando si las rosas florecen todo el año o sólo en julio, vuelta hacia los claveles, indagando sobre la poda, mientras le pregunta con inocencia qué piensa, qué hace después del trabajo, tiene novia, dónde vive, y vuelta a la rosa y a la poda y al clavel para contarle que se aburre, le parece haberlo conocido siempre, luce muy tímido. Después, que ha estado cultivando el jardín de su casa y le gustaría fuera una tarde porque los crisantemos tienen una rara enfermedad. Y al perder un poco de su atención, que no se preocupe si llega una monja le dirán que están hablando del reloj que se le perdió al entrar al colegio, y tras el cuento del reloj logra una sonrisa, entonces ya hay un secreto entre los dos y ella se convence de que le gusta un poco y ese poco lo quiere hacer un mucho, sin pensar en su trabajo, en el empleo del hombre enfermo, en la novia que seguro tiene por su vecindario. Descubre que un día llega a trabajar con su camisa de domingo y ese trofeo lo guarda silenciosa en su pupitre con más cuidado que los textos que siempre anda perdiendo. Pero no basta, le gustan las cosas evidentes y cuando las tiene entre las manos su evidencia le parece insignificante. Ella me mira y me vuelve a confiar en el oído:

— ¡Me van a expulsar! ¿Podés creer que se van a atre-

ver después de que mi papá dio esa barbaridad de dinero para la nueva capilla? Ayer me llamó la Superiora y me lo dijo. Antes había llamado a mi casa y no encontró a nadie, también a la oficina de mi padre, pero por dicha andaba de juerga. Ahora le va a escribir y me dijo que no volviera más, no me quería, le había faltado el respeto al colegio como si ese edificio fuera una persona.

— ¡Lo imaginaba! Supongo que será por el hijo del jardinero.

— Aquí los chismes vuelan.

— Lo sé desde el principio.

— Es una infamia lo que me han hecho. Sólo porque le gustaba al muchacho, eso es natural, cualquiera se puede enamorar de quien le da la gana.

— ¿Ahora resulta que fue el muchacho el que se enamoró de vos?

— ¿Te parece extraño?

— Es que creo más bien que lo enamoraste, lo enloqueciste, le coqueteaste hasta que el pobre cayó en la trampa. ¿Perderá su empleo?

— A mí eso qué me importa, lo que me preocupa es mi padre, porque ya le he contado a mamá que unas idiotas fueron con un chisme a la Superiora, y ella cree imposible que su niña inocente se pueda estar besando con un jardinero de veinte años. Papá bufará como un cocodrilo con dolor de dientes.

— Los cocodrilos no bufan.

— No estoy ahora para erudiciones. ¿Qué le puedo decir a papá?

— ¡Que haga otro cheque!

— ¿Y con qué cara se lo llevo a la Superiora después de que me dijo: “no la quiero volver a ver nunca más, usted va por muy mal camino y este colegio es un centro de moralidad”?

— Con la misma que le pusiste al hijo del jardinero cuando te besaba.

“Me diste la noticia tal como la esperaba: me expulsaron, sin importarte un comino los estudios, ni meditar sobre tus actos, inconsciente a lo que te sucedía por dentro, quizás hasta satisfecha de haber realizado tu deseo y de haber logrado una fácil conquista. No importaba el cómo ni el por qué, la vida era eso, el goce de un instante, el saber aprovechar la situación, la mujer sólo brilla segundos en su propio tiempo y a ese brillo hay que dedicarse por entero. Te envolvías tan fácilmente en la luz llamativa de los momentos, te perdías en tus hazañas del encuentro brillante, te confundías en la voz de tu propio espejo, la figura sensual y provocativa, heroína de las aventuras con decorados postizos donde la música, el gesto, el traje, el perfume, existen como planos adobados, hechos para la nota agradable, elegante, apestosa a la artificialidad de las escenas preparadas. Te convertías rápidamente en la protagonista de la película audaz, caminando por los vestíbulos de los grandes hoteles, mientras caballeros vestidos de frac desde la mañana te brindaban un suculento y extravagante desayuno, que desairabas con un timbre de aburrimiento. Pero sí te preocupaba algo, el decir de tu abuelo, su ira levantada en la imprudencia de recordar antecedentes, su palabra desnuda de consideración y de mitos, el grito hiriente del qué podemos esperar, es igual que la madre, se revuelca con cualquiera sin importarles el sitio”.

Y la historia del hijo del jardinero tiene su epílogo como en los malos cuentos. Por eso su voz susurra de nuevo.

— Mi padre está furioso, si pudiera me iba de la casa, yo tampoco lo aguanto, nos odiamos con una franqueza que te asombraría.

— ¿Te han castigado?

— Ya no me compraré el vestido ni la pulsera que había escogido.

— ¿Sólo eso?

— Me han cerrado la cuenta en el abastecedor, así no tendré el pretexto del canje de chocolates por cigarrillos.

— Podrás fumar de los míos.

— Sólo eso me faltaba, tus cigarrillos baratos y malos.

— ¿Se enteró de todos los detalles?

— Creo que no tuvo tiempo porque la Superiora empezó a hablar de que me educaran mejor y entonces mi padre se respingó, le recordó que eso no era asunto de su incumbencia pues se había pagado con creces mi ingreso al colegio, y la Superiora dijo que no era ése el momento de recordar el asunto, y mi padre se exaltó porque sabía muy bien lo que les interesa el dinero, y se armó un zipizape y mi caso se marginó ya sin importancia.

— ¿Has hecho ya propósitos de enmienda?

— Por un simple beso, ¡estás tonto!

— Por tus caprichos y tonterías.

— Estamos en el siglo veinte y quiero vivir a su ritmo. ¿Sabés que en los Estados Unidos las muchachas de mi edad ya están desvirgadas y no tienen problemas sexuales?

— Pero tienen los otros problemas, los del temor a quedar embarazadas, la maternidad es algo que asusta.

— Para ese tipo de problemas existen remedios.

— Veo que aprendiste mucho.

— En teoría nada más porque tuve la mala suerte de intimar sólo con un tipo al que le fascinaba decir regio.

— ¡Qué tal si hubiera dicho adelante!

— ¡Sos un vulgar y un idiota!

“Empecé a comprender tu gran preocupación: la virginidad que resulta natural hasta los veintidós, después de esa edad algo incómodo y pasados los treinta

un verdadero estorbo hasta convertirse en vergüenza, en desprestigio, en un hecho ridículo y risible. Y sobre la virginidad, pendiente de un hilo tu éxito como mujer, llegar a la alcoba serena y dulce, dispuesta a reaccionar como alguien de carne y hueso que desea sentir, vibrar y no sabe exactamente cómo se vibra y cómo se siente. Y ese momento de la alcoba tiene otras cortinas de ceremonias que te estremecen. Primero necesitas un novio y no parecés afortunada en las conquistas dentro de tu clase social, como diría tu abuela. Has ido a los primeros bailes y te has visto forzada a regresar temprano, un ligero vacío temblaba alrededor de tu silla. La realidad es que asustás un poco con tu maquillaje perfecto, tus sortijas de brillantes, tus pulseras con dólares antiguos y de puro oro, tus vestidos ceñidos y extravagantes. Das la sensación de que es difícil hablar con vos, y lo que es peor casi imposible, tu abuela vigila, "no vaya a ser que a la niña se le ocurra imitar a esa mala mujer". Cerca tuyo parece que alguien está comprando y otro vendiendo con distintas monedas, haciendo el trato por señas en vista de la prudente distancia que marca tu enorme casa moderna y el cadillac con chofer que te lleva de un sitio a otro. Después del novio, viene el matrimonio y cómo lograr que algún muchacho bien parecido, de nombre aceptable y de posibilidades económicas, pique tan profundamente. Te preocupa esa situación, sé que te preocupa, es más te he oído cuchicheando con Claudia, y cuando me acerco me espantan con el "aquí no se admiten hombres". Largas, eternas, aburridas preparatorias y estrategias, el baile, el encuentro, la avenida, "¿lo viste?", "no había nadie", y la ciudad es igual que ustedes, tiene su itinerario de acontecimientos, el cine a las siete, el desfile el quince y el doce, un dos de noviembre en

que la gente se pone su uniforme negro y lleva ramitos a sus muertos, un día de baratillo en la tienda de modas, la misa de doce, la avenida a las once y a las cinco, los domingos el club, los sábados en la tarde las horas del peinado y las uñas para el baile en la noche, y vos te matriculás con los horarios mientras desplazás tus insatisfacciones en la red de los caprichos”.

Y la veo en la mesa del club, frente a su abuela, con su traje de lentejuelas brillantes sobre la tela negra ceñida al cuerpo. Y la veo mirando hacia los lados, esperando los pasos que se acerquen. Y la veo mover los pies de impaciencia. Y la veo inmovilizarse a lo largo de la silla mientras protesta porque ya no puede con otra cocacola y no quiere ir al “ladys” donde las otras muchachas hablan de lo cansadas que están de tanto bailar. Me acerco, llego a su borde y no puedo extender la mano ni encontrar la voz que le pida una pieza.

— ¿Por qué no me sacaste?

— Te imaginás a tu abuelo riéndose: el hijo de un pulpero, pero qué se cree ese niño, que las uvas son para los cerdos.

— Mi padre y sus cosas.

— ¿Por qué no lo llamás abuelo?

— Porque sería como no tener padre.

— No lo has tenido en realidad. Tu abuelo es como el personaje picaresco de una zarzuela de mal gusto, el gran señor que te compra muchas cosas, te complace cuando le da la gana porque resultás un adorno bonito.

— Así soy, un pobre animalito mal criado, abandonado a la intemperie con miles de lujos y antojos, como un perrito doméstico que llega a ser más frágil que un bibelot de porcelana.

Y, convertida en una estatua de cristal con nebulosa transparencia, comprendo que no pasa un ángel cuando dos

callan, sino un estremecimiento de silencios sobre la canción del te acordás me acuerdo, que empieza a sonar como el regreso imposible a otros tiempos, a otras situaciones, a casas ya destruidas que nadie se preocupó en restaurar, a jardines llenos de maleza porque el único jardinero capaz de cuidarlos ha muerto o quedó inválido o empezó a encontrar belleza en los yerbajos. Y el momento ya no era, no podía ser, porque el momento es una fuerza que borra los contornos de lo cotidiano, los humedece de poesía, se alza contra el tiempo, nos encuentra con nuevos perfiles, hace de las palabras baladas, nos levanta como figuras de niebla y nos introduce en el sueño de un crecimiento conjunto y armónico, nos enciende como llamas para consumirnos en el gesto gracioso del regalo. Pero el momento ya no es, ya pasó, ya está lejos. El recuerdo es un sentimiento endeble y se rompe con el peso de la cosa cotidiana, se arruga y empieza a gritar que no se está soñando, ya no se puede soñar con los ojos abiertos, aun cuando es un sueño de sobrerrealidades y sobrepuntos que se niegan a sumergirse en la sabiduría de las caricias aprendidas porque conocen sus fuentes de dolor, su desgarrar frente al filo de las piedras, y entonces se pinta una desconfianza, un ajeno vínculo al recuerdo, un reproche constante a las cosas planas ya sin ilusiones. Es imposible hacer real algo que existió como una llama, libre, limpia, quemándose por sí misma, para repetir por siempre lo que fue y esconder lo que no es.

Y ahora todo es una larga cama dentro de una sucesión de cuartos iguales, blancos, pero cada vez más pequeños. Y siempre se atraviesa un teléfono en la madrugada que crece como un perfil de rabia sobre el reposo de las sábanas. Y la voz es la misma, con el mismo dejo cansado, la misma premura de la congoja acostumbrada a no sorprenderse.

— Venga usted pronto, lleva dieciséis días tirada en una cama, no quiere comer.

— ¿Qué tiene?

— Las píldoras, ya usted sabe.

— ¿Llamó a su familia?

— Ellos no quieren saber nada, dicen que están aburridos, que es un caso perdido.

— Voy para allá.

Palabras lejanas, ya casi absurdas, como la ambulan-

cia avanzando impaciente, como su cara dormitando la pesadilla de su propia muerte inerte, como su mano pesada, caída, girando en la mueca de un ademán, como la voz del hombre que pregunta su nombre y exclama aburrido "otra vez".

— ¿Y cómo sigue?

— Se ha hecho lo que se ha podido, lavados, sueros, fortalecimiento al corazón, sin embargo el juego que se ha traído por largo tiempo es un juego peligroso. ¿No sé qué pasará? Tiene una hermosa vitalidad hecha boronas, es inexplicable lo que ha aguantado ese cuerpo. ¿Sabe usted lo que ha hecho?

— Sí.

Esos pasillos fríos e incómodos de las clínicas, esas puertas con números, blancas, inexpresivas, y sin embargo un sonido sordo como un sollozo contenido, ahogante. Fumo y la incomodidad de las cenizas y de las colillas me dilata en los instantes, mido lo que dura un cigarrillo, pienso en la distancia de los mosaicos, oigo el corazón de la enfermera latir despacio como si hubiera adoptado la pausa y el silencio de los corredores, me alargo hasta el lado de su cama y la veo pálida, sumisa, animalizada, esperándose, midiéndose, valorando sus propios signos, persiguiendo la claridad tras su mirada turbia, oyéndose, buscándose, tropezando con un telón de voces, detrás de una begonia, recogiendo su temor, tratando de izar las velas de su orgullo y después quedándose inmóvil sobre un sonido de piedras que pesa como una amenaza en su cuerpo sin movimiento. Se abren sus ojos con un fondo de aguas empantanadas, que de pronto encuentran corrientes salvajes, abruptas, dispuestas a luchar con las piedras.

— ¿Cómo te sentís?

— Mejor, mucho mejor.

— Esta vez has estado a punto...

— Lo sé y ya al final no quería morirme, por prime-

ra vez empecé a sentir odio. Los odio. Ahora voy a luchar, voy a demostrarles mi desprecio, les voy a cantar claramente lo que pienso de ellos y de su detestable hipocresía.

— ¿Quiénes son ellos?

— Mi abuela, mis tíos, mi marido, mi suegra... ¡Me quitaron los niños!

— Debés ser razonable, en otro ambiente esos niños podrán vivir mejor.

— Los recuperaré y entonces me vengaré de todos.

— Los niños no pueden ser instrumento de venganza, vas a repetir tu misma historia.

— Tengo derecho a hacer lo que me dé la gana mientras tenga vida. Ahora sé lo que es vivir y es el derecho de luchar hasta el último momento.

— ¡No te exaltés! Todavía no estás del todo bien.

— Por primera vez en mi vida quiero gritar.

Por primera vez en su vida empieza a sentir que las cosas se le van de las manos, que la relación dura de la causa y el efecto está dando sus frutos. Por primera vez, qué lejano parece aquel tiempo en que me decía: "Me gusta exclamar por primera vez, suena a primavera". Ahora no piensa en exclamar, ni en hacer frases, ni en urdir explicaciones; ahora piensa en gritar, en hablar claramente, en exponer sus derechos. Ahora tampoco quiere esperar, no lo ha querido nunca. Entonces recuerdo aquellas palabras del diario:

"Esperar una oportunidad, esperarla siempre, esperar un puesto vacante, esperar que alguien nos elija, esperar que nos reconozcan, esperar que nos saquen de la fila, esperar que nos digan "usted, sí, usted". Esperar que las circunstancias cambien, que el amigo nos llame con una frase dulce, que tus ojos se vuelvan hacia mí y me vean profundamente, sin compararme, con esa sinceridad que se desea en el momen-

to de los descubrimientos; esperar tu aliento y tu mano sobre mi mano, sin impaciencia, con la eternidad del origen que se hace senda y de la senda que termina en una mirada clara. Guardar las esperanzas hechas un puño mientras se estudia y se trabaja y se trata de profundizar sobre lo liviano, porque la liviandad es aquí la plataforma que nos sostiene y nadie quiere analizar, meditar, detenerse en las palabras y en los actos, revisar su conciencia, pensar si la frialdad es el signo común, la raíz del estribillo "no es asunto de mi incumbencia", "a mí qué me importa", dejar lo serio para otros, burlarse porque la burla es sana, hace reír y la vida de por sí ya es bien amarga, un poco de risa no daña a nadie. ¿Por qué aquí nadie madura? ¿Por qué aquí la gente no pasa de ser promesa? ¿Por qué aquí los jóvenes son conservadores y piensan únicamente en el dinero? ¿Por qué aquí las profesiones se convierten en oficio de hacer plata y nunca en carreras de investigación o de servicio a los demás? ¿Por qué aquí los viejos están llenos de odio y de desconfianza? Esperar, siempre esperar, esperar las ideas, esperar las actitudes, esperar el turno. Esperar".

Y ella está entre las ropas revueltas de su cama desordenada, donde se asoma arrugado el vestido de ayer y se derrama cada vez más un cenicero repleto de colillas añejas. Ella está en el borde del sueño y uno de sus pechos al descubierto respira lento con el pezón negro levantado por el frío. Ella está en las cavernas de ella misma, tropezando con sus antiguas muñecas que se caen al mirarlas llenas de comején y de años. Ella está rompiendo los cristales para que aquel sauce llorón, donde una vez durmió su infancia y soñó con un crecimiento de faldones y pasos de princesa, se balancee libre con el viento. Pero ella arruga

el ceño porque sólo encuentra una niebla profunda que le golpea el rostro con una mano abierta que no conoce la piedad.

— No... no me muevan... estoy bien... ¿quién es usted?

— Debes caminar, vamos, un poco de aire fresco.

— No... no quiero... déjeme así... cariño... por qué no viniste antes... te he esperado siempre...

— Un poco de café, vamos, un poquito.

— Mi amor... sabía que vendrías... su chiquita... está... muy mal... y usted es... un ángel... que de pronto... aparece...

Esperar, siempre esperar, y su cuerpo está ahí desnudo, solo, abandonado, esperando una caricia de cualquiera, una frase de cariño, un gesto de ternura.

— Vení... un ratito nada más... aquí... conmigo...

— ¡Necesitás caminar!

— Un beso... un beso pequeño... un abrazo fuerte... que me sostenga... vení...

— ¡Respirá hondo!

Esperar su mirada clara, su abrazo abierto, el reconocimiento, el signo del encuentro y esperar para calmarse con un llamado indiferente, con sus labios entreabiertos, la espera confunde tanto que cualquiera puede ser la oportunidad y la impaciencia de dos que esperan es un lazo de carne, de lumbre, de dos cuerpos fríos que se frotan para buscar el calor mientras el frío emigra a las profundidades del alma. Y ella está ahí con la boca entreabierta, llamando, suplicando, tejiendo con sus brazos el delirio de las fugas en la espiral enervante del momento. Me acerco y su rostro es una llama que se aproxima y aleja, camino y no llego, subo las gradas por las que se eleva hasta un altar lejano y mis nervios fecundos tiemblan sobre el templo al que penetra la llama encendida con un rasgo de vela espiritual que me llena de miedo y devoción. Afiebrado y con-



vulsivo llego hasta su borde en un esfuerzo de súplica, arrastro el sacrificio de todos los machos en el cortejo de las hembras; me adelgazo como un aire para penetrar dulcemente, arrastro la metamorfosis de los brujos y los faunos; me erijo de puntillas como un silencio de pantomimas, arrastro los afeites y la coquetería de los delfines y los novios; me perfilo en un gesto suave como el de los bailarines que se agotan en la melodía de los ademanes, arrastro la lástima de los desdenes y las caricias sobre los frutos de papel y viento; me enrosco en mi propia estatura como un trino de tormento, arrastro la pasión de las manos en la encrucijada del aplauso propio; me elevo en la vibración de mis músculos sudorosos como un llanto de amaneceres tristes bajo el terciopelo verde de la lluvia, arrastro las palabras muertas de las cartas no contestadas; me erizo de espumas oxidadas como el lamento de los nidos destrozados por el invierno, arrastro las ventanas sin ojos al paso de galanes envueltos en la poesía de sus miradas; me enfrento al vaivén de las corrientes de mis glándulas como el sabor de los parques en las horas crepusculares, arrastro el holocausto de las margaritas despetaladas en el azar de las querencias; me inflamo de altas mareas de sangre como las furias calientes de los mediodías, arrastro la lascivia oscura en la sala de los cines donde se arrincona el manoseo sobre la soledad de los nombres; me hincho de rumores apagados en caracoles con corazas de olvidos como las entrañas de las cosas viejas, arrastro el crujido de los espejos ante las escenas de los arrayanes con piernas y manos agitados frente a la llama que se vuelve a escapar y enciende las almohadas, la ropa desordenada, los cuerpos desnudos, el sudor febril que cae de las pestañas y da un sabor de sal a las miradas.

En el espejo encuentro de nuevo mis ojos de polvo y espera. Tengo ganas de llorar y ella entra con una canasta vieja que arrastra en un gesto indolente. De la canasta saca una serie de disfraces que va anteponiendo a su cuerpo mientras ríe y me pregunta cómo le quedan. Se cansa de su juego, se detiene en un libro y lo abre sin leer moviendo las hojas como si quisiera hacer viento con ellas. Tengo vergüenza de encontrar sus ojos pero ella no recuerda los recuerdos ajenos. Me mira sin mirarme, trata de iniciar una conversación y empieza con la serie de "supiste" sobre Alberto, Diana, Emilia, José, el tipo aquel cuyo nombre no recuerda. Su voz sigue como un movimiento automático mientras abro el diario y leo sin precisar su contenido.

“¿Cuándo cambiarás? ¿Será posible que alguna vez encuentre en tus ojos una mirada profunda, sin los

ambajes de quiero eso, ahora mismo, en este momento, ya? ¿Cuándo irás a pensar en las cosas serias que tiene la vida, en la gente que se muere de hambre porque no encuentra trabajo, en el muchacho joven a quien dejó su novia y se pegó un tiro, en el hombre enfermo y ya frente a la muerte sólo con la desesperación de seis bocas hambrientas? ¿Cuándo te darás cuenta de que esta ciudad es cada día más superficial y más dura, consumida en este carrousel de maneras brillantes y frívolas que se nos pega como un dolor de cabeza en el alma? ¿Cuándo nos podremos sentar a hablar sin cuchichear las insignificancias del momento? ¿Cuándo podremos olvidar juntos este mundo aparential para preguntarnos el por qué de nosotros mismos? ¿Cuándo te encontraré sin las palabras sobrantes, con la voz detenida en el revés profundo de los pozos que están más allá de la luz, para guardar con celo lo aparentemente inexpressable? ¿Cuándo, por lo menos, callarás junto a mí mientras oímos un concierto de Beethoven?"

Y ella ahora fuma y sigue hablando, cuenta una historia del desenlace en el punto mismo de la ceremonia matrimonial, de unos novios convencionales cuya única extraña actitud fue la de liberarse un momento antes de caer en el círculo de la costumbre y del hastío. Y ella se levanta y me coge de la mano invitándome a tomar té donde su madre. Al seguirla se desprende una página del diario con la letra dibujada de impacencias y prisas.

"Hoy me has dicho que tu madre quiere invitarme a tomar té. Me has advertido que debo ponerme mi mejor vestido, para hacerle buena impresión. Te he contestado que te vayás al diablo, pero sabes que iré, quiero conocer tu casa, ver la cara de tu abuela,

sentirme impresionado por sus ademanes elegantes de gran señora, cohibirme en el terror de confundir los cubiertos, temer la salida de un comentario fuera de tono, sufrir mi adaptación a la frivolidad y constatar con terror que resulto el pobre diablo, el hijo del pulpero que tiene sus ambiciones, que va a la universidad y a lo mejor algún día puede dar una sorpresa al convertirse en un profesional de nombre”.

¿Un salón de espejos como el de Versalles? Un salón largo con pequeños rincones para lámparas, en que reposan tapetes de organdí bordados en las puntas sobre los muebles. Espejos con marcos de oro repiten las caras, los damascos, los adornos, las alfombras, y todo parece como si fuera un juego de ecos. Ella se ríe detrás de un sillón alto mientras su abuela, con un pelo azulado y un pañuelo prensado en su dedo meñique con un anillo de brillantes, me pregunta:

— ¿Quiere el té con leche o lo quiere negro?

— Negro, por favor.

— Así es que está estudiando en la universidad. ¿No ha pensado que sería mejor irse al extranjero? Yo, por lo menos, le tengo desconfianza a los títulos nacionales.

— Estoy contento aquí, por otra parte mi familia no tiene recursos para mantenerme afuera.

— Figurate que trabaja para pagar sus estudios, y más bien su papá no quería que entrara a la universidad.

— Coma de estos pastelitos, están deliciosos.

— Ya no más, gracias.

— ¿En qué trabaja?

— De corrector de pruebas en una imprenta.

— Me pregunto ¿cómo se han hecho ustedes tan amigos?

— Hace ya mucho, señora.

— Cuando vivíamos en el otro barrio, cerca de su

casa, jugábamos en la calle. El me arreglaba la bicicleta.

— ¿Otra tajada de pastel?

— Gracias, así está bien.

— Su apellido es de origen polaco, ¿verdad?

— No, señora, es alemán.

Y la señora me mira como si yo estuviera hilado por telarañas y sólo detenidamente y con asombro se pudieran recoger mis rasgos, que en extraños pedazos los espejos colocan por todo el cuarto. Cuando siento que ya no me mira, alcanzo su cara fresca y atractiva y a través de sus manos aparentemente quietas, seguras de sí mismas, comprendo la enseñanza de sus porcelanas, sus cuadros, sus flores de cristal cortado, sus costosos muebles de diferente diseño y sus juegos de porcelana, en que pájaros inmóviles brillan alejados de sus trinos y mujeres desnudas se prolongan eternamente en el estiramiento de su esbeltez sin más caricias que la del trapo poroso para apartar el polvo. No entiendo cómo ella puede vivir en una casa así, en que todo tiene un precio alto, yo viviría con el temor de levantarme sonámbulo y tropezar con las mesas, quebrarlo todo, quemarlo y despertarme con la tranquilidad de un árbol que no sabe si ha dormido o simplemente se liberó de las trepadoras que lo estaban devorando. Sobre su cara con arrugas generosas, extiendo el reconocimiento de su amabilidad, pues quiso que comiera en abundancia para llenar las carencias que imaginó tenía, pero en el choque de su mirada fría, que vuelve a mirarme en una distancia de objetos y placeres, se rompe el intento de una simpatía dadivosa. Entonces su rostro se hace de piedra y mi voz es un sonido tenue que busca la cuerda débil de sus ojos en que duerme la profundidad de lo negro.

— Señora, vengo a hablarle de su nieta.

— ¿De cuál de todas mis nietas?

— Bien sabe que únicamente vendría a hablar de una.

— Pues ésa... de ésa no quiero saber nada. Es una mala mujer.

— Lo siento, me va a tener que oír. Necesita ayuda, la ayuda de una madre.

— Le di cuánto tenía mientras fue digna de mi cariño. Ahora no quiero ni saber de ella.

— Claro, cuando usted podía jugar a madre pródiga hizo muy bien su papel, pero ahora que hay dolor y por lo tanto vida, que ya no es una muñeca para vestir al antojo y exhibir, no desea ni recordarla, ha olvidado su parentesco.

— Usted necesita un consejo y se lo voy a dar. Apártese de ella. Es una mala mujer, como su madre, una viciosa incurable.

— Señora, por el respeto que me merecen sus canas, no le digo lo que usted es.

— Insolente, hijo de pulpero, seguro un drogadicto igual que ella, ¡váyase inmediatamente!

Y la figura de la abuela se derrite al calor de las palabras, sólo queda su voz que nunca pudo alcanzar el tono de una mujer, sino el atropello de los tonos como una niña caprichosa, vibrante en el dejo consentido y en el quiebre de las vocales para prolongarlas reclamando un apoyo a su propia fragilidad. Esa voz que la hace aparecer como un pobre ser, cohibido y acorralado por los violentos tonos del abuelo. Esa voz que le permite esconderse en la voluntad antojadiza de los niños y siembra una inocente tranquilidad bajo un firme propósito egoísta, que desnudo asustaría a cualquiera y cargado en su dejo caprichoso abre las puertas sin comentarios. Esa voz que parece rehuir la realidad de los conceptos decorativos, cuando señalan lo bueno en el punto del antojo, cuando indican lo malo en el desorden de lo no apetecible. Ahora frente a su cara empañada con el oscuro imán de las tormentas repentinas, que levantan polvo y desnudan rincones sucios, y de los fermentos podridos en el nivel de su calma, tengo mie-

do de pensarla, de entrar con un poco de luz a su interior, allí donde no llegan los caros cosméticos ni las piedras duras y brillantes que adornan sus manos con un recargo de parsimonias. Al tirar la puerta tras de mí, al decir sus últimas palabras, al temblar dentro de su vestido caro, al desordenarse su pelo blanco azulado en aras de una rabia sin frenos, pensé que tenía garras y rugidos, comprendí la farsa de sus modales, el largo aprendizaje enmarañado de su voz engolada, la suavidad artificial de su sonrisa. Me pareció una fiera en la órbita de su cueva, cómoda, muy cómoda, incapaz de ceder una porcelana, si ese objeto podría dar a alguien la sensación de belleza porque inválida sentimentalmente, inhumana, una pobre infeliz que compraba la ternura para resguardarla con su odio, nunca pudo sentir ni conmoverse excepto en el arco de su propia hartura de complacencias. Y ante la puerta cerrada surge ella con su raqueta de tenis y a punto de lanzar una bola hacia un cielo estrellado con la tranquilidad de las cosas puestas en su sitio, sin las nebulosas de gases y distancias y caídas, me dice:

— Dijo que eras muy simpático aunque un poco tímido.

— ¿No te prohibió que fueras mi amiga?

— Francamente sos un acomplejado, ¿por qué iba a hacer eso? Mi madre sabe que soy amiga de quien me da la gana y no se mete en ese campo.

— Ojalá sea cierto. ¿Vamos siempre hoy al cine?

— No, no puedo hoy, no tengo tiempo.

Y se aleja en el aire con su raqueta de tenis que se llena de estrellas.

“Empezaron tus pretextos, “hoy no”, “tengo que salir con mi madre”, “debo ir a lo del dentista”, “estoy aprendiendo a manejar”. Lo fui comprendiendo poco a poco, la impresión que le hice a tu abuela fue in-

mejorable, el muchacho pobre y ambicioso que resulta peligroso, tiene ideas atrevidas, es ateo, no sabe lo que quiere, como es pobre será comunista, puede acabar mal y es mejor evitarlo. Ya no te busco, tampoco pienso hacerte reclamos, comprendo que me llamas por teléfono a hurtadillas, no la querés disgustar por tan poca cosa. En fin, estás logrando que nuestra amistad se acabe y no pienso mover un dedo”.

En la cascada de los encuentros, vuelve su voz con un repique de esas pequeñas aventuras que se tienden sobre las horas para que el tiempo aceite sus armazones viejas.

— ¡Caramba! Tengo la impresión de que me evitás.

— ¿No será lo contrario?

— ¡Vieras qué montón de cosas tengo que contarte!

— ¿Nos tomamos un café?

— Mejor te recojo dentro de un rato y damos una vuelta. Ahora me dan el carro todos los días de 3 a 5 de la tarde.

Un cadillac dorado rompe la niebla y los espacios se tupen de murmullos.

“En el asiento de atrás se reanudaron tus confidencias. Miguel, no, Miguel ya no tiene importancia; ahora es Alberto, o a Alberto también lo olvidaste; te gusta Ricardo, pero su familia lo tiene muy dominado y parece imposible, has pensado en Fernando y en Marcelo o ellos tampoco porque siempre andan juntos y se murmura... lo que se murmura cuando alguien rompe el hilo tejedor de lo natural en esta ciudad y para eso sólo basta hacer una nueva costumbre o conversar sin objeto y utilidad aparente haciendo sonatas con los preludeos del pensamiento. También están Rodrigo y cualquiera de los Brenes, pero

ése es un grupo cerrado que cree en la conservación de las especies por el halago de los oídos donde se siembran las amistades exclusivas. Marcos promete mucho y lanza miradas, pasa despacio por tu casa, pero un día descubriste que hace lo mismo por todo el vecindario. Antonio es un desdoblado que cuando está presente busca su propia ausencia y te aburre tras el asombro que extiende sobre las mortificaciones más simples del "qué hiciste ayer" y "qué harás en la noche". Gerardo era hasta hace un instante o quizás no lo fue nunca, porque tenía largos silencios y en ellos las sombras del aburrimiento hacían evidente la poca altura de tus ademanes llamativos. Y así surge Ramón, un huérfano millonario, hijo natural de un avaro, reconocido socialmente porque el dinero es siempre una tarjeta de abolengo, cambia de carro cada semana, es campeón de natación, le gustan los caballos de raza y los perros con pedigree. Sí, Ramón, es tu objetivo, pero se muestra reacio a tener una sola novia, quiere salir con todas y hasta se dice que ha instalado una amante en una casa donde la extravagancia persiste sobre la utilidad de los aposentos".

Ella me indica el pasadizo por donde debo meterme para encontrar un foco de luz que atraviesa Ramón con sus perros de cacería y un ademán de emperador, luego con unas mujeres lánguidas que arrastran colas de lentejuelas, después con un movimiento de danza en un parque donde una orquesta toca un vals brillante que bailan, mientras lo cortejan, un grupo de niñas escolares con ojos de sirenas ilustradas en la ciencia del amor, más tarde viene solo con su risa y se ríe hasta enrojecer la luz que lo ilumina.

- Me parece un niño bobo.
- Necesita comprensión, le ha venido la riqueza tan de pronto.
- Y, ¿creés que serías la niñera ideal?
- ¿Por qué no? Me da pena verlo tan desorientado.
- ¿Hacia dónde querés orientarlo?

- Pues no sé, quizás hacia el matrimonio.
— Ya veo.

“Y Ramón te invita, te lleva al cine, es tu compañero en un baile, pasa las vacaciones de quince días con tu familia en el puerto, cuenta chistes con acierto, habla de sus viajes y de sus aventuras, es un joven despierto y entretenido que encuentra sonrisas por doquier y aplausos y parabienes y no acaba de asombrarse de su descubierto atractivo. Pero, Ramón compra un hotel y lo vende por la mitad porque quiere ser hombre de negocios y el dinero no tiene importancia, llega por milagro y se va del mismo modo, entonces decide poner un negocio educativo y compra colecciones de libros antiguos, que coloca en una galería de arte donde los ejemplares y los cuadros resultan copias adocenadas que algún combinador de estafas colocó sin el trámite de un perito, y esto no lo desalienta porque el mundo moderno es un giro de vaivenes y establece un taller mecánico con servicios instantáneos, donde la economía de un minuto se mide en dólares, hasta que las piezas de acero inoxidable se economizan ellas mismas, pues el movimiento de los milagros en instantes no tiene mercado en una ciudad donde el dueño de un aparato quiere seguir los pasos del mecánico, aprender él mismo la reparación y evitarse un gasto futuro en aras de la economía de las cosas invisibles, la única que se aplica en esta ciudad. Y en el trajín de empresas ilusas, los millones disminuyen porque no eran tantos como se decía al principio y así como las cosas empiezan también se acaban. Y Ramón se convierte en el pobre Ramón, en el niño tonto, en el despilfarrador, en el hijo bastardo, en el ejemplo del bruto que no sabe manejar los bienes, en el botarates, en el actor de lo

disparatado, en el hazmerreír de la ciudad, porque la ciudad tiene sus payasos, sus víctimas de los chistes anónimos, sus ejemplares del ridículo, su colección de héroes caídos. Ramón ya no es el candidato ideal de las niñas casaderas, ya no es el muchacho interesante, ya ni siquiera es bien parecido; Ramón es ahora el hombre de los remates, ayer le confiscaron un carro, ayer le sacaron los muebles, ayer perdió su última finca, ayer le cerraron la cuenta corriente, ayer le embargaron el televisor y ayer vendió por cualquier cosa los últimos caballos que le quedaban”.

Por el círculo de luz Ramón pasa triste llevando él mismo una pequeña carretilla de cosas viejas, inservibles, y arriba, en posición de privilegio, una colección de cuadros con momentos de cabarets, campeonatos, presidencias de mesas y rodeos de niñas con el pelo ahuecado.

— ¿Cómo te va con Ramón?

— Pues mi padre le ha cogido ojeriza, dice que no vale la pena y tiene paja en el cerebro.

— ¿Y tu abuela?

— Ella siempre le apuntó que le falta mundo.

“Ahora a Ramón también le falta mundo, el pobre no tiene educación, fue un nuevo rico y haber sido un nuevo rico es el título más pobre que se puede tener. El infeliz aburre con los cuentos de su pasada riqueza, con sus recursos de fanfarrón frustrado. El desdichado no distingue entre lo cierto y lo ilusorio, va a terminar loco de tanto suponer mentiras de nuevos parientes ricos que mueren dejándole cuantiosas herencias cuya efectividad se prolonga en cuentos interminables. El pobre diablo no se conforma con el recuerdo de las glorias pasadas y se niega a ganarse el pan de cada día como antes de caer en la voragine de

los millones. El muy estúpido sigue aparentando lo que ya no tiene y ha perdido la vergüenza, se cuele en las fiestas y quiere firmar vales hasta por propinas en los cabarets. Ese triste personaje no se ajusta a su papel de siempre, al de pelagatos. Además, a Ramón le falta mundo. ¡Qué expresión! Porque esta ciudad bordeada de cafetales, de naranjos, con hortalizas en los patios, mangos en los parques, donde se considera más importante la reseña en el periódico que el mismo acto social, confundiendo la figura con la figuración, se siente a veces parisina. Entonces se habla de tener mundo como una condición esencial en el aprecio de cada persona, entonces se arman las cadenas y quien juzga el grado de mundo de fulanito empieza a tener algo de ese "glamour" tan especial y exige su reconocimiento inmediato. Es el cuento del juzgador que arrebató para sí algo de lo juzgado. Y tener mundo es un título sin pergamino que se disputan los hombres más machos y las mujeres más hembras, es la condecoración de los adjetivos agradables, es el aplauso sobre el que no importa extender las arrugas como un medio de prestigio sobre mapas de aventuras y experiencias, es la credencial brillante que abre las puertas y esconde los defectos. Y para tener mundo en esta ciudad rural, donde todavía se pretende arrear las opiniones, sólo se necesita una excursión de caravanas turísticas por Europa, una ligera noción sobre el ritmo de la política internacional aunque sea con un retraso de diez años, haber pasado en París una noche empleada en una función de las Folie Bergères, balbucear citas en inglés y hacer oportuna una mención latina, proclamar que Brahms estremece, Picasso es el rey de la pintura, confesar con timidez que se tuvo una amante inglesa, fea y fría pero con una asombrosa puntualidad, y afirmar que el

dinero no lo compra todo aunque sí una buena parte”.

Y Ramón pateó bruscamente sobre el círculo de luz hasta romper los cristales que resguardaban los bombillos y quedar compacto como una larga sombra.

— ¿Y qué fue de Ramón?

— No sé, a mí me tenía harta. Se hizo un amargado. Decía que a la gente sólo le interesaba su dinero y como se le acabó empezaron a rechazarlo y criticarlo.

— Lástima que se diera cuenta tan tarde.

— A mí nunca me interesó su situación económica, simplemente llegó a aburrirme, no me dejaba ni a sol ni a sombra, y se puso a celarme con todos los hombres. Se volvió imposible. Además, fijate lo que me hizo aquí.

— ¿Qué es eso?

— No te hagás el inocente. Me lo tuve que quemar, luego inventar algo sobre un piquete de avispa y el yodo que produjo la quemadura. Mamá como siempre me creyó, pero papá con su experiencia dijo que las cosas con Ramón habían llegado a un extremo intolerable. Entonces, mientras rompía un montón de cosas, declaró que a su casa no volvería a entrar y si yo lo veía de nuevo me desheredaba, prefería verme muerta a caer en los brazos de ese tipejo.

— Parece que los padres tienen un lenguaje común cuando se presentan esas situaciones. Y, ¿tu abuela?

— Ella todavía no ha aclarado la relación que existe entre el piquete de avispa y Ramón. Espero que mi padre no la ilustre.

Otro foco de luz ilumina el rostro de Roberto, a quien ella llama a gritos “Bob” mientras bate en el aire su pulsera de monedas, recordando así el sonido de los cristales rotos tras el sueño de música en los oídos de Flora, pero Bob no responde porque se ha perdido en la indolencia ágil del verano o porque hace una ronda larga sobre los balcones del tiempo y se adelgaza bajo las sombras de unos

muslos abiertos sin cortejos de cisnes en la explanada de las aguas. Una luz indecisa centellea cerca de José y José se lima las uñas sobre el balanceo de sus pies, en un quehacer de inquietudes nerviosas traducidas en tics al compás de unos tambores bulliciosos, que sudan en su frente y repican atrasados en el tamborileo de sus dedos. Francisco asoma su barbilla imberbe con la que hace juegos de orgullo y suficiencia sobre un rostro de niño sin infancia. Javier se acerca y toma su mano, pero le enseña sus bolsillos vacíos y ella llora sobre su hombro el desconsuelo de su amor sin armas. Y ella, con la luz sobre el rostro, silba canciones románticas y sin saber con quién habla, me dice:

— ¿Supiste que Claudia se casó ayer? La bandida se lo tenía en secreto y se limitó a informar en el periódico.

— Hizo bien, cada uno tiene derecho a su intimidad, tiene el deber sagrado de conservarla como un tesoro.

— Desde que empezó a andar con ese muchacho, no se volvió a saber de ella. Se hizo misteriosa, casi clandestina. Por cierto a él nadie lo conoce.

— Es un buen hombre, ha terminado su carrera y tiene un gran porvenir.

— Alguien comentaba que era un simple campesino, es más que venía de un lugar tan remoto que ni siquiera aparece en el mapa.

— Claudia ha sabido escoger. Siempre tuve fe en ella.

— Creo que también me llegó la hora de casarme, vas a ver cómo más pronto de lo que te imaginás lo hago. Todo depende de encontrar el apellido que calce. Supondrás que no puedo ser Olga de Maroto... ni de Vindas... ni de Pérez... ni de Cerdas... ni de Matarrita... ni de Paniagua... ni de Morera... ni de Amador... ni de...

Y los nombres reemplazan el sonido de las monedas y de los cristales rotos y de los pasos y de las miradas. Los nombres se convierten en trajes que se miden por su resonancia y las expresiones se valoran en ademanes de aplau-

so y las sonrisas en gestos de acierto y las mentiras de uno mismo en hazañas sonoras.

"Has empezado la búsqueda casi con desesperación, midiendo la posibilidad de los que se acercan. Miradas, conversaciones, iniciativas, paseos, trajes para el picnic, colecciones de vestidos de baño para tomar el sol cerca de las piscinas mientras se busca alerta, faldas ajustadas y escotes audaces, ropas para la tarde y la mañana, atrevidos vestidos de noche, y la moda expuesta en la tela, en el rostro, en los zapatos, el ambulante circo de las mujeres con sus tiendas de renovación y sus estrados de lucimientos. Averiguaciones sobre noviazgos, sobre las posibilidades económicas, sobre las familias. El quién es y el qué hace rompen las vallas de la prudencia mientras la persecución es el leitmotiv de los horarios y de las estrategias. Fines de semana en los puertos, bailes, reuniones y la mirada extendida, alargada como una mano pedigüeña. Nada más parecido a un faro que otea el horizonte. Y si una banda extranjera anunciara un tropel de hombres, jóvenes marinos o soldados que desfilan, no dudarías en correr con el mujerío, que crucificado en la espera un día acaba por romper las ventanas tras el olfato del macho, igual a las putillas que invaden los muelles al oír la sirena de un barco. Pero, el pudor es hartamente diferente. Las perseguidoras de miradas y suspiros llevan la red del tiempo en la primavera tropical de sus pechos y huyen atemorizadas si el carril de los sueños no se enfila por el cortejo romántico que derrite las trincheras al calor de las señas convencionales. Las otras viajan a la altura de sus camarotes sin puertas mientras arrastran el olor a permanganato en su sexo. También la ciudad busca sus novios, coquetea, pero no quiere enamorarse, juega con

la tentación de la moda, acepta viejos y jóvenes, no hace distinciones de sexos, se enamora de la señora que organiza los días de beneficencia, de la que aparece todos los días en las páginas de sus periódicos porque está en campaña para embellecer los parques o porque combate, mientras gratuitamente se exhibe, a los mendigos que afean sus calles y sus edificios, o suspira tras el joven prometedor o el viejo rebelde que exalta su pasado, sus días tranquilos de los coches con caballos, las señoritas en las ventanas, castas y cohibidas, ese pasado que no la envejece, la va haciendo eterna porque paralelo crece el futuro y ya muchos sueñan con grandes avenidas, rascacielos, extensión sobre la llanura, escalonamiento a la montaña, donde la ciudad se reseña como una nota bibliográfica, una mancha lejana y larga de luces parpadeantes”.

Y ella se queda sola frente al reflector, haciendo juegos de sombras con sus largas manos blancas.

Su gran casa se abre como al descorrer la cortina de un sueño. Sé que llego tarde, ya en la puerta ella des- pide a unos amigos. Me saluda con su acostumbrada sonrisa. "Sabía que vendrías, casi te esperaba". Está elegantemente vestida de negro y un poco nerviosa, en su mano tiembla un pañuelo de nylon y en los ojos le brilla una excitación de cosas inusitadas. En la sala principal, los parientes y amigos están distribuidos en grupos y conversan tranquilamente mientras los camareros contratados ofrecen café y coñac. Su abuela está impresionante con su toca de encajes negros, manipulada con elegancia, tal como había soñado aparecer en esa ocasión, que ya había pensado organizar con un toque de ceremonia respetuosa y austera, sin gritos, sin alardes de dolor, para mostrar una vez más su porte de gran señora.

— Señora, lo siento mucho.

- Ya ve usted, el camino de todos.
- Sí, morirse es una costumbre antigua.
- Su padre también murió, ¿verdad?
- Va para dos años.
- Esos golpes duros de los que cuesta reponerse.

Con sus ojos cerrados busca el respaldar del sillón, acomodando casi sin darle importancia las tiras de su toca que le adornan la garganta con arabescos claros y oscuros. Contra sus párpados deben correr las imágenes de año tras año y quizás también voces. Recordará cuando lo conoció en la vieja casona con las rejas combas simulando balcones, recordará que una vez fueron novios y ella estuvo temblando en la cama confiada en la no transparencia de las sábanas mientras perdía la noción de las cosas y nuevas cosas eran la promesa del mañana, recordará su belleza desmigajada en aquellas manos de venas saltonas tan voraces, recordará su apetito temprano y esa calma alterada siempre por el hormiguero de su nerviosismo ejecutado en el cambio de muebles, objetos y caras, recordará el olor de su agua colonia densa y brusca estropeando la persistencia de sus perfumes suaves, recordará las huellas no disimuladas de otras mujeres que acabaron por distraer la soledad en el sahuerío de su lujo, recordará el aliento que nunca le dio convertido en las dádivas de su cuerpo, de sus esperas, de sus lágrimas, de sus pequeños sacrificios para recoger con las manos sin guantes las monedas que desperdigaba en sus correrías y reproducía al borde de su cama ante el mínimo reproche. Pero no querrá recordar que él la compró día a día, le pagó su lealtad quejosa, reconoció el estiramiento de su vientre en las empresas de maternidad con alhajas y dólares, le canceló puntualmente su silencio frente a sus desafueros de señor medioeval encerrado en las jaulas de esta época sin lances, le hizo abonos en efectivo por cada signo de molestia en la comodidad de su orden caprichoso, le contrató sus propias distracciones y

ante la sequía de su única fecundidad sin emociones le trajo una muñeca de carne y hueso para reemplazar al hijo muerto en el borde de la neurastenia. Entonces sus ojos se abren porque esas imágenes no anuncian el sopor de los sueños tranquilos. Al murmullo de la voz sin recuerdos de ella, nerviosa ante la figura fría y determinante de la muerte, dejó tranquila a la gran señora en el arreglo de las imágenes agradables y en su preocupación por los detalles de la ceremonia.

— ¿De qué fue?

— ¡De qué no fue! Tenía el corazón malísimo, los riñones destrozados, la presión muy alta, un cuadro como dicen los doctores para haberse muerto diez años antes, y sin embargo hasta el último día con la copa en la mano, haciendo planes para divertirse, ya sabés como era, Madrid en verano, Cuba en invierno.

No sé qué decir por temor a caer en los lugares comunes de siempre, que es lo más detestable de las muertes y de los entierros. Sin embargo, me apena el pobre viejo, metido dentro del ataúd, solo en su cuarto, ahora que no es más que la preocupación de una mortual complicada. Me choca esa forma rara en que exhibimos la cara de nuestros muertos, el cuerpo encerrado en el sudario y el rostro libre con sus poros incomunicados anunciando la quietud de las anclas sobre las arenas en que se encallan los barcos.

“Tu abuelo es un tipo simpático, lo mejor de tu familia. Nos costó hoy sacarlo de la cantina, se empeñó en terminar la romanza de Luisa Fernanda (Ay mi morena, morena clara), mientras tocabas la bocina impaciente. Me has escogido como acompañante cuando tenés que recoger al abuelo y buscarlo por las cantinas. Le gustan las más oscuras y sucias y a mí me agrada sostenerlo y llevarlo hasta el carro, al tiempo que le prometo tomarme la última copa en su casa

y cantar con él La Verbena de la Paloma. Me gusta ver como se olvida de su cara dura, empieza a regalar sus cosas, los llama a todos hermanos, los invita a rondas de nuevos tragos y les dice que él es muy hombre, las mujeres gordas, rellenitas son las mejores, y no cree en nada porque se ha hecho solo y empezó muy abajo y ahora se da los gustos que se le antojan. Ves la escena con malhumor, tu abuela te ha asignado un oficio que detestás, pero los choferes le roban el dinero y hay que cuidarlo. Lo recogés con asco y te molesta aún más cuando monta a sus amigotes y se ríe mientras escupe o devuelve la comida dentro del carro y lo deja apestoso”.

Y ya no hay nada más que este rostro inexpresivo sin palabrotas, sin devolver la comida, sin castañeos de su dentadura siempre mal ajustada y ahora deambulando dentro de una muerte ajena. Ese rostro sin caminos que no extiende ni un leve vaho sobre el espejo que señala implacable su rotunda lejanía, sin olfato, perdido en la penumbra de un largo sueño que se enreda cada vez más espeso en el punto más denso de la niebla, ese rostro que ya no es de nadie y seguirá deformándose con la trepidación de las levaduras, esas sacerdotisas cristianas que cumplen el rito de “era una vez la carne en la cúspide de su planta cuando empezó la consigna del polvo y la ceniza”. Y sobre su rostro camino el entierro, con las excelencias de los entierros de primera y sin embargo sencillo. Es cierto que su familia no logró muchas amistades en la ciudad, por una parte el abuelo y sus gustos extravagantes, por otra la abuela tapando las cosas como si el lujo exagerado, el refinamiento exclusivo, pudiera dar brillo a lo que en realidad es opaco, además los divorcios tipo Hollywood de su tío, cuyo último matrimonio había llegado al record de una semana. ¡Qué mujer rara la Marquesa! Hizo una entrada impresionante en la ciudad,

con sus fotografías en las páginas sociales de los diarios, declarando que el refinamiento es la inactividad de la imaginación y el refinado el incapaz de crear, anunciando que en aras de la democracia renunciaba a su título de nobleza, venido de agobiantes siglos de historia citados en todos sus detalles, sólo por ilustrar porque no le enorgullecía la historia de su patria. ¡Oh el orgullo disfrazado de documento! Pero, la ciudad le abrió las puertas, lo mismo los clubes de socios exclusivos, el círculo familiar se rompía en mil pedazos cuando la historia concreta en un personaje de carne y hueso asomaba las narices, y la Marquesa paseó tranquilamente su linaje, con sus cincuenta años bien vividos, y su tío estuvo dispuesto a sacrificar su reciente soltería. Su familia cayó desplomada. “Fijate bien cómo lleva los guantes”, “cómo luce ese vestido de primavera”, “cómo dobla el dedo meñique con la taza de té”, “cómo cruza la pierna”, “cómo comenta con sus elocuentes silencios”, “cómo opina con un gesto”. Las reverencias llegaron a tal extremo que en su casa se suprimió el voseo, graciosa concesión al país, y se adoptó con rigurosidad el tuteo, hasta que la Marquesa fue descubierta y expatriada a su tierra de origen, con el también eterno título de estafadora. Y esa imagen se escurre al sentir su brazo sobre el mío y la voz de ella tan cercana como mi propia sombra.

— Prefiero que haya muerto ahora, no quería darle el disgusto de mi divorcio.

— ¡Ya es un hecho?

— Sí, no hay ninguna relación entre nosotros y cada uno tiene planes para rehacer su vida. Hemos decidido hasta la pensión que me pasará y la educación de los niños, de la que por supuesto yo me encargaré. Te necesito como abogado, lo mismo para los trámites de la mortual. Sé que debo andarme con cuidado, la muerte del personaje central de la familia atrae los apetitos.

Y al buscar sus ojos para confirmar sus decisiones, la

veo con su chaqueta de corduroy rojo haciendo gestos de furia ante un espejo.

— Mi padre siempre lo estropea todo, ayer dábamos una fiesta elegante y se le ocurrió invitar a varios de sus compinches. ¡Ya te podés imaginar el ridículo que hicieron! Mamá estaba que tronaba.

— ¡Lástima! Se olvidó de mí, me hubiera gustado ir.

— No sé por qué siempre te tenés que reír de mis cosas. Había invitado a Teodoro, su familia es refinadísima. Ahora estará comentando que la mía parece salida de un circo.

— Más o menos todos resultamos parientes de los actores de un circo. Si lo dudás, recordá aquellos tiempos en que te decían: hace ojitos, y las palmaditas, y ya camina, y cómo canta, y de recitar ni digamos, a ver decile aquello de Margarita está linda la mar. . .

— Estás inaguantable.

Y con el estruendo de un portazo me quedo solo en mi cuarto, buscando de nuevo su presencia en las páginas de aquel diario.

“Ya nada me sorprende de tu familia, ni siquiera la llamada de tu abuela a las diez de la noche, para preguntarme dónde está la niña. Me he vuelto el confidente de todos. Tu tío me cuenta sobre su divorcio porque no soporta que su nueva mujer lo llame “nene”; tu abuelo sobre una amante que le cuesta diariamente mil pesos, aun cuando sólo se acuesta con ella los viernes, el día que tu abuela juega canasta; tu otro tío sobre la denuncia obligada a la casa matriz por el descuido con que tu abuelo maneja las agencias, para ver si así puede obtener algunas representaciones; tu tía sobre la forma en que ha inducido a su esposo a participar en un negocio de contrabando, porque en esta ciudad los grandes capitales se hacen de esa ma-

nera y la senda marcada es el único camino. Nada me sorprende, ni la variedad de los colores sobre tu pelo antes sedoso y ahora con textura de paja, ni las estrategias cada vez más insólitas para atrapar al que conociste ayer y mañana ya no te gustará porque descubriste un salpique de saliva cuando pronuncia las "efes". Y no sé cómo me salvo. Comprendo lo perturbados que deben quedar los psicólogos después de oír confesiones inconfesables, y los sacerdotes después de perderse en el maremagnum tenebroso de tantas almas. Es una especie de perturbación extraña, ajena a uno mismo, y sin embargo insinuante, encaminadora. Tengo sueños en que me río como tu abuelo, me divorcio como tu tío, hago intrigas como tu pariente, planeo robar dinero y me visto de astucias como tu tía y me adorno con tus últimas extravagancias. Y, dentro de ese remolino, trato de estudiar más que nunca, de retener mi vida sencilla, de conservar mi afecto por vos en el tono de siempre. Como remedio me he metido en política, sólo un remolino igual me puede salvar".

Y una gota de agua cava laberintos de voces que se vuelven frescas bajo el añejo acento del tiempo. "¿Estás visible?". "Te llamo con las manos untadas de luna porque ayer soñé con un viaje interplanetario que terminó en esa atmósfera respetable de los lunáticos". "A veces es delicioso desechar los propósitos y tirarlos al cajón de la basura. ¡Allá van! Me siento más libre". "Los hechos felices son los que se cumplen en el tiempo de nuestra realidad y en el momento oportuno". "Los deseos, cuando son grandes y fuertes, abren caminos. Sigo en espera de las iniciativas". "¡Cuánto sostengo clavándome las uñas y mordiéndome los labios!". "Mezquindad y regateo, la eterna comitiva que traen las caras y los nombres". "No hay que

conformarse jamás con las medias tintas. Se debe compartir al máximo cuanto se tiene, con base en lo más justo que existe: la bondad y el amor". "Siempre me juego el riesgo total". Y la gota hunde la mudez de las voces que tienden ojos sobre las paredes para velar mi vigilia.

Y una voz clara se despega de la masa de murmullos. Una voz que recobra la fuerza de un cuerpo y de una época. Una voz que se apoya en los jardines de un camino y hasta pone un cielo de las cuatro de la tarde, iluminado por una luz que lucha sobresaliendo entre nubes negras que se descargarán en la noche. Una voz que es la suya y trae despacio la redondez del momento.

— ¿Qué vas a hacer?

— Voy a completar mi carrera con un curso de filosofía. Por eso te veré un poco menos desde la semana entrante.

— Y, ¡con lo aburrida que estoy! ¿Cómo es la universidad?

— Un montón de aulas grandes, donde se sienta uno, oye al profesor, toma apuntes, luego se bebe un café en la soda y finalmente regresa a su casa.

- ¡Quiero ir a la universidad!
- No es posible, mientras no obtengás primero tu bachillerato.
- ¿No puedo ir de oyente?
- Preguntaré.

“Este ha sido tu primer día de universidad, estabas realmente encantadora con tu disfraz de estudiante, porque te vestiste a propósito para el acto, una falda simple y una suéter llamativa, un cuaderno con una cadena dorada portante de un lapicero. Pusiste el título de la lección y luego comenzaste a dibujar tus espantapájaros. Aburrida a media clase, decidiste pasarme un papelito: “estas filosofías son muy aburridas, voy a hacer mi propia filosofía”. Después te gustó el ruido de los muchachos en los recreos, los comentarios a gritos y los piropos con que te saludaban sin conocerte, te deleitaste con las discusiones armadas de palabras, exageraciones y codeos en la cafetería, pocas veces te vi tan feliz y tan excitada. Igual a todos los que se inicián en las aulas universitarias, no eras ajena al apabullante respeto a los enormes claustros, a ese silencio que se hace como un milagro cuando suenan los timbres y entra el profesor, sobre cuyas espaldas es fácil imaginar miles de libros y noches en desvelo persiguiendo un dato y el lazo que asegure los conocimientos. Estabas impresionada con aquella angustia del ser expuesta crudamente en una lección y la bulliciosa nota siguiente como si nada se hubiera dicho, el reverso en la indiferencia de las conciencias que vuelven a reír después de ahondar la muerte, la nada, el vacío, el no ser, el ser tan poco. Estabas deslumbrada por la afluencia incontenible de nuevas palabras, y te parecían muy oportunas y convincentes para explicar

esas cosas indefinidas, que a veces atraviesan tu mente como estrellas fugaces o como acordes de una música sin notas en la profundidad de una infancia marchita, cuando apenas empezaba a construir ráfagas balbucesantes de un ritmo apoyado en la serena historia del agua. Estabas boquiabierta ante el mundo prestigioso de la cultura, que suponías exige un alzar-se de puntillas, un despeje de la garganta para las mejores voces, una estatura de faro alerta para atrapar el concepto como un fruto maduro con su peso, sabor, volumen, tiempo y espacio. Estabas apenada de tus manos vacías y de la inconsecuencia de muchas horas perdidas y casi a punto de creerte una cuerda tensa sin el calambre vibrador de la resonancia. Tuve la tentación de descorrer algunos velos para que la magia naciente se volcara en el tumulto de los trucos. Decirte que el profesor es un simple barítono oportuno en el canto de su aria, cantada al son de su salario por hora lectiva; confesarte que no resiste una pregunta fuera del texto memorizado y repetido en su cómodo horario de grupos y si entraras a su clase siguiente, donde expone la misma materia, meditarías la igualdad de los tonos, del lenguaje, de la espontaneidad aprendida para respaldar los mismos chistes y anécdotas. Entonces descubrirías a los loritos de la extensa y obesa cultura embutida en lugares comunes. Por allá verías agonizar sin éxito a aquel profesor con un curriculum vitae sin muchos altoparlantes, que respeta al alumno, le interesa como ser al que debe enseñar a pensar, estudia y cuenta las inquietudes de su estudio, investiga y desconcierta con los límites de sus alcances, critica la vacuidad que se esconde tras los índices de analfabetos y protesta por la formación en masa de profesionales sin vocación y sin otro destino que el comercio del título. Y si te

llego a despertar dentro de los corredores y en la misma tertulia del café, podrías oler la mortandad de las palabras y conceptos porque se habla y se piensa en una forma insincera, se prefiere exhibir las inquietudes a vivirlas, se desea la paz alcahueta de las componendas aseguradoras del privilegio y del statu quo ante la más leve reforma abierta a la sustantivación de un buen propósito. Un nivel de acomodamientos a intereses creados como en cualquier zona de la ciudad. Entonces te darías cuenta que desde allí no viene un aire puro, sino que el mismo aire viciado de nuestras calles ha invadido sus recintos, para cargarse de humores más malignos porque miles de jóvenes lo están respirando. Verías que las clases se pierden porque el profesor no llegó, hoy y muchas veces no podía cumplir sus funciones de lorito y el pretexto es el pasaporte de la inconsciencia sobre programas que no se cumplen, materias siempre inconclusas, amenazas de exámenes para sonar a los rebeldes, a los que no se acomodan, a los que dejaron de estudiar porque se cansaron del lorito o se asustaron de las hue llas que deja la ilustración sobre quienes hablan en nombre de ella. Y más allá verías a los rectores de la causa universitaria en sus altos quehaceres administrativos, disfrazados en el papeleo de proyectos para mejorar, mientras adoptan medidas complacientes bajo la pesadez de sus propias raíces burocráticas, para asegurar la resistencia vitalicia de sus sacrificados cargos. Pero no, no debo descorrer los velos, respeto la virginidad de tus impresiones”.

Y por los corredores ella va olfateando el aire universitario, con un paso largo y otro corto, a veces se detiene en una cara o hace una pregunta y anota con seriedad conclusiones, que vuelan con la rapidez alada de colibríes que

vestido que se coloca según las circunstancias, así no hay cabida a la hipocresía.

“La terminología de la filosofía sport, de sólo un término, ha llegado a invadir nuestro lenguaje y hace fáciles todas las respuestas. Estoy sport sport, es aceptar lo que venga con goce y resignación. Vestido a lo sport es estar como se está, elegantemente dentro de un concepto indefinido de liberación y ambiente agradable, es la sensación de cierta nobleza de la apariencia sobre cualquier traje, el más sencillo o el menos apropiado para la oportunidad. El revés absoluto del hábito hace al monje. Una amiga sport, una persona sin evasivas ni trabas y sin trámites de adaptación para encariñarse a cualquier circunstancia; un libro sport, algo risueño e informal que se puede mecer debajo del brazo o hacer equilibrio sobre la cabeza en busca de una figura más esbelta; un estudio sport, un cúmulo de intuiciones fáciles de ser intuitas con imágenes propias para transmitir los pensamientos con la agilidad de lo recién pasado; un dolor sport, la pequeña cosa superada porque el malestar es un estado de ánimo y el dolor un telón que sólo se corre cuando no hay otro pretexto. El sportismo acaba por ser una filosofía rastrera de comentarios risueños, un motivo para reír infinitamente, una forma de obtener una nueva figura, fresca y joven para las cosas que en esta ciudad se pudren en el cansancio de girar sobre lo siempre igual: la organización familiar con su ciclo de celebraciones, comentarios, envidias y nombres. Y el sportismo no se puede profundizar, es demasiado divertido para hacerlo”.

Y nos sentamos en una mesa a barajar las definiciones

y su voz está tan pura y alegre que rompe los espacios vacíos con escamas de colores.

– Un gato sport es un gato que no busca las gatas porque su propia seguridad las hace llegar hacia él.

– Un hombre sport come cuando tiene hambre y después se olvida de que ha comido porque tener hambre condimenta las comidas y la carencia es siempre un aperitivo.

– Un niño sport no llora tras un globo de colores porque sabe inflarse él solo y llegar muy alto mientras siente la fuerza de su berrinche y pateo como un animal enfurecido.

– Una mujer sport cruza las piernas y enseña más allá de las rodillas y cuando descubre el centro de las miradas pide disculpas y sigue sentada igual.

– Una madre sport deja salir a sus hijas y atrasa ella misma los relojes para creer las disculpas.

– Un padre sport reconoce los derechos de la juventud y compra zapatos que crujen.

– Una casa sport no es un refugio de aburridos sino el epitafio de los aburrimientos.

– Una película sport carece de discursos moralizadores y cuenta una historia de ovejas perdidas que viven felices sin el pastor y sin el rebaño.

– Una misa sport no cita el Evangelio sino lo que sucedió en el vecindario con nombres y apellidos para conocer a los feligreses.

– Un concierto sport incluye la canción de moda y permite a los asistentes mover los pies al compás de la música.

– Una calle sport tiene una zapatería movediza con todo tipo de remedios para el dolor de pies.

– Un político es siempre un tipo sport porque desordenado y sin memoria sabe gritar viva yo ajeno a su narcisismo.

– Una bondad sport es el equivalente a dos menos uno son tres.

– Un baile sport deja de ser un pretexto de abrazos para convertirse en un diálogo de promiscuidades.

– Un discurso sport nunca dice “y para acabar” sino “se acabó”.

– Un trabajo sport junta los amaneceres sin anotaciones en los calendarios.

Y su voz invade de nuevo las impaciencias con ese largo adiós que une a los seres en breves y aislantes despedidas.

– Me voy a Europa. Unas largas vacaciones de seis meses. Allá pondré en práctica mi filosofía sport.

– Creo que va a ser muy interesante que le incluyás el existencialismo.

– A lo mejor conozco a Sartre y lo afilio a la mía.

“Tus historias: pues Madrid tiene un museo muy interesante, demasiado lleno de cuadros, sale uno con la cabeza hecha un marco, y – ¡qué raro!– los hombres se pasean del brazo en la calle. Barcelona, una ciudad de barrocos retorcidos e incomprensibles, pero con un camarero en el hotel donde estuvimos que se paraba el sol a verlo, hasta me daban ganas de piropearlo. París, maravilloso, realmente la ciudad de la luz, llena de ángulos para mirar la vida como si ésta se multiplicara y fuera infinita. Definitivamente es mi ciudad. Roma, apagada y triste, demasiadas iglesias y sotanas. Te diré la verdad que no vi mucho, mi padre se anclaba en los bares y mamá no se atrevía a moverse de los vestíbulos por temor a perderse. De aventuras casi nada, la desilusión de no ver más al camarero de Barcelona y la tragicomedia con un francés a quien invité a conversar en mi cuarto y llegó en pijamas”.

¡Oh, sus cosas con ademanes diminutos y graciosos que encuentran con tanta agilidad mi sonrisa! Y su voz se

extiende con un gesto perezoso y cuando trato de revivirla se levanta en un sollozo que rompe una lámpara de cristales turbios, que también se extienden en el piso como una colección de lágrimas duras.

Y como un papel arrugado, esos papeles que no transmiten mensajes importantes ni guardan recuerdos, esos signos escritos para el instante que se botan y pronto se convierten en algo inútil, aun sumergidos dentro del puño o temblorosos en los múltiples pliegues rebeldes, así me siento. Como un papel arrugado por alguien o por mí mismo. Un conjunto de grandes y pequeñas derrotas ya sin esperas, apenas con las treguas suficientes para contabilizarlas, una tras otra, implacables aún cuando a veces se disfrazaron de adioses suaves o de repentinas huidas ante el encuentro de pedazos de vida que se murieron por inercia o por el miedo a contemplarlos frente a frente sin velos. Un pensamiento pende de un hilo transparente de telarañas tupidas, que se desgranán en líneas invisibles sobre la ambición de extensiones en el vacío de los espacios. Un pensamiento que dice el milagro está en uno, en crecer vertical sobre la ley de

gravedad, en extender la mano sin medir, en esperar dentro del silencio con fe, en no malgastarse en lo trivial. Un pensamiento que después teje una enorme araña y lo deja caer envuelto en la trampa de los espejismos. Entonces sobre él la luz hace juegos de circo con voces rotundas de melancolías arrugadas, también como un papel inservible. Por un camino de azahares ella desenvuelve el aroma de un momento.

— Me caso con Miguel.

— ¿Miguel?

— Sus padres son los dueños de una red de supermercados y tienen un edificio en la avenida segunda con una renta magnífica.

— ¿Un tipo como de tu tamaño, rubio, delgado? Creo es menor que vos.

— Acaba de regresar de los States graduado de ingeniero químico, somos casi de la misma edad, unos pocos meses mayor yo.

— Cualquiera diría que la diferencia es más acentuada, él tiene cara de niño.

— Leí en una revista que ya no se recomiendan matrimonios con marcadas diferencias de edad, porque a la larga las incompatibilidades resultan insoportables. Ahora se aconseja que la mujer sea mayor, unos meses o unos pocos años.

— Te felicito por la teoría tan a mano. ¿Cuándo es la boda?

— Vas demasiado adelante. Ayer lo conocí.

“Te las arreglás muy bien para salir con la tuya. Miguel es ahora tu acompañante oficial. Me lo has presentado, hemos cambiado algunas palabras y no sé qué pensar. Parece a simple vista un niño bien, luego se encuentra cierta dulzura a la par de su firmeza profesional. Lo presiento sumamente débil para sostener

las cosas que se van, demasiado devoto para ser seguro, demasiado entusiasta para ser firme, prisionero de una timidez movida por el esfuerzo de una audacia que se desgasta, fugitivo en las hojas del calendario sin detenerse a mirar la profundidad esbelta de un recuerdo, cansado en la velocidad de los reflejos y dispuesto al sacrificio de su propio cansancio por el canje de la bulla y del alboroto, un hombre con pausas de ceremonias tras el plan del gran señor mientras un niño salta persiguiendo las motocicletas, un color brillante que se cruza en su espacio, una aventura de cavernas y montañas de cuevas con sorpresas donde un día su propia historia lo descubrirá entre huellas de humedad y de abandono y entonces arañará las rocas obsesionado por el eco de un grito suyo, aquél que el tiempo le oprimió en la garganta cuando reseco su voz para agudizar la parábola del señorial hombre moderno y comprensivo. No sé por qué me siento responsable y copartícipe de tus cosas y veo asustado en el rostro de Miguel la tragedia suave de los que se cuelgan de un viento pasajero para viajar sin raíces con el boleto de una sonrisa y la voluntad dispuesta al sí”.

Y ella entra del brazo de Miguel y en su rostro leo de nuevo las líneas quebradizas con la plomada de un cambio profundo, inesperado; adivino su endurecimiento y deseo llenar de niebla esos rasgos sin expresión que buscan y copian hoy los gestos de las hormigas, mañana el golpe de un halcón y de repente se inmovilizan con la brutalidad inexpressiva de los testimonios mudos que se han callado para no perturbar la eterna complacencia de las debilidades. Ahora pienso que en tantos rostros varoniles hay confluencias de la limpieza abierta que enseñan las caras de las alcahuetas, pues las celestinas, esas célebres abridoras de puertas, han

dejado en sus rasgos la albura de sus hazañas peregrinas y la firmeza de ser como un camino en el porvenir de lo plácido. Pero él la mira y ella lo mira y ambos se miran y las dudas parecen lluvias de verano y sólo hay espacio para el caer armónico de los azahares.

“Hoy he dejado de ser un chiquillo majadero, porque ya no habrá más juegos de niños, más rondas en busca de tu abuelo, más siluetas perdidas en las palabras y en los conceptos, más confidencias, más contemplar entre las cinco y las seis de la tarde el día que se ilumina para caer violento en la oscuridad. Te has casado y me ha parecido que las bodas tienen un sabor tan nervioso y apurado como si algo realmente se estuviera acabando. Las tendencias infantiles se llevan más adentro de lo que uno cree. Sentado en la banca de la iglesia tuve ganas de gritarte cuando desfilabas del brazo de tu abuelo, pálida y ceremoniosa, con un aire de triunfo, lo mismo cuando regresabas ya con Miguel, trémula y ojerosa. Gritarte chiquita, linda, cariño, cosas que nunca me hubiera atrevido a decirte o aplaudirte al menos o vitorearte. Pasaste con un cruce de mirada pícara, “te lo había dicho, he aquí mi conquista”. ¿Propietaria de un hombre o más bien propiedad de un hombre? ¡Qué difícil de aclarar! Las mujeres llevan como un signo la ambigüedad de un sueño, una lucha entre dar y tener, una posición oscilante entre lo sumiso y lo rebelde, todo tan cambiante y tan circunstancial en cada una. Tu alegría de abrazos y frases picarescas, dejaba entrever otra clase de sueño, uno que terminaba con una orgía de las bocas unidas mientras los cuerpos se hinchaban de humores crecientes en sensaciones de placer hasta ahora desconocidas, porque tu mente sólo se había atrevido a soñarlas a medias por el

temor de encontrar después la soledad punzante y el cuerpo con un rastro de ausencias agudas. Y allí el sueño terminaba porque no podía haber más y eso extraño y nuevo, tanto tiempo esperado bajo miles de comentarios, impaciencias, temores, desvelos, curiosidades, amagos de experiencia, era todo, tenía que ser todo. No habías soñado con la continuidad de abrir los ojos y encontrar el otro cuerpo junto al tuyo, no tenías idea de cómo verías entonces su rostro y cuáles eran las palabras usuales. Tenías un enredo opaco sobre el después y la certeza de un final agresivo en que la fuerza subía a una cúspide cada vez más alta y más lejana. Tenías la seguridad de encontrar la caricia compacta que desgranara un nudo de emociones hasta un cansancio renaciente en que resurgían temblores, pálpitos, unos largos labios envueltos en un denso conjunto de alfombras donde el aire era una mano fuerte para azotar la carne con dulzura. Tenías miedo de aquel sueño camino y en el miedo se esfumaba tu sexo como un nido de palomas moribundas mientras la temperatura caliente de tu propia espuma te desnudaba en frutos asoleados por las largas esperas, por las abreviaturas repasadas en un libro, en un cine, en un rumor de la noche o en el preludio de un sueño, que era como la siesta de una niña frente al ritual de las semillas con sus oscuros laberintos de glándulas sedientas de aguas marinas, que no se mueven con el viento sino con la respiración tibia de las manos que se topan en la encrucijada sensual de pasos ciegos y de pasos hambrientos”.

Y ella llega con su sueño inconcluso, con la única propiedad de su sueño virgen, con aquel arpegio prolongado y martirizante de lo apenas entreabierto, se sienta en la alfombra de sus propias sutilezas que la carcomen y la dila-

tan en los nervios sueltos de sus impacientes ceremonias.

— Dicen que la mujer es como una guitarra poseída en el fuego de las notas. ¿Yo no sé qué pensar? ¡A veces es tan corto todo!

— La brevedad no es un límite sino la gloria de un momento.

— Eso de ser un río que va, siempre va, con la rapidez de un ademán, no me gusta. Un poeta habló de la perennidad en instantes de placer, y eso es como el laberinto de las remembranzas. Que recuerden otros, no los que pueden vivir. No me gustan las cosas como son, quisiera cambiarlas.

Y sumergida en su propio sueño desaparece para encontrar en algún punto las medidas de su realidad, mientras su otra cara, la que todavía no sabe, la que aún no ha comparado, llega con un aire de fiesta.

— Te quise poner de padrino, pero vos entendés que los familiares nunca creen en los íntimos amigos.

— Estás preciosa y vas a ser muy feliz. Miguel es un buen tipo.

— Tengo miedo de no llegar a quererlo como se merece, aunque a veces creo que lo adoro. Es tan sumiso y complaciente.

— Dicen que quienes se quieren sienten gran ternura al ver el panorama de una vida juntos, envejecer al lado del otro.

— Si llego a envejecer que sea sola, no quiero a nadie a mi lado para contarme las arrugas y los achaques. ¿Te imaginás cómo voy a ser de vieja?

— Adorable como siempre.

— ¡Caramba! Te has pasado de tragos.

Y como a través de un cristal de colores, veo la fiesta de su boda, igual a las que se celebraban en su casa, en que se confundía la abundancia con lo elegante, la atención con la prodigalidad, la cortesía con el empacho. Me encuentro con el abuelo comentando que la niña está preciosa pero

demasiado flaca, y mientras abraza a su esposa hace cuentas de lo que le ha costado su ajuar y la fiestecita, y ella —a pesar de su indiscreción— lo mira agradecida por no haber cantado sus romanzas de opereta y excluido en esa oportunidad a sus amigotes de tragos. Más allá, su tío no abandona su mirada taciturna, su costumbre de tantas y diversas bodas le impide encontrar algo sobrenatural en esta ceremonia. Como un papel que se empieza a arrugar, me encuentro ante un espejo con la vida de niños que se acabó, con la gracia inocente que se acabó, con la canción tonta que se repite y repite sin cansancio y que se acabó, con el juego de las listas especiales de gente con turno para los feos, para los gordos, para los viejos, para los estúpidos, que también se acabó. Y cuando me empiezo a acabar en el círculo del espejo, como algo enroscado, inútil y viejo, sobre el olor de un azahar ya marchito se levanta su voz.

— ¿Qué es el amor?

— Vos lo sabés mejor que yo con dos hijos y un buen marido.

— Eso es distinto. Yo quiero saber del amor apasionado y novelesco.

— El amor es algo sin adjetivos.

— De ése quiero saber.

— Es más simple de lo que la gente imagina, es un sentimiento natural, hondo y fuerte, lleva a comunicarse ampliamente y por todos los caminos con aquella persona con quien uno quiere comunicarse.

— ¿Sabés una cosa? Yo nunca he amado.

"No he terminado mi carrera y ya soy un fracaso como político. Me acogieron con cierto entusiasmo, pero hacía preguntas que ponían pálidos a los caudillos. El por qué no se admite en política, menos el cómo. Me atreví a preguntar por qué se hacía un pacto, por qué se votaba una ley, por qué se escogía tal candidato, por qué se hacía un nombramiento, por qué se quebraba la línea del partido, por qué no se daban explicaciones, por qué no se pedían cuentas sobre los gastos, por qué eran siempre los mismos, por qué la juventud se reservaba para la bulla, por qué no se oía la voz del pueblo, por qué se utilizaban caciques en los poblados, por qué no se renovaban las ideas, por qué no se tenía en cuenta a las mujeres, a los campesinos y a los obreros, por qué no se hablaba claro, por qué no se apagaban los murmullos. Resulté un

tipo incómodo, demasiado preguntón. Y cuando comencé con el cómo, ya fui imposible. Cómo se financia el partido, cómo se admite la intervención del agiotista, cómo después de enriquecerse más con la financiación de la propaganda política se le da un puesto público, cómo se recibe ayuda de potencias extranjeras, cómo se hace civismo, cómo se esconden las mentiras, cómo se encuentran las verdades. Entonces, la incomodidad creció y me convertí casi en enemigo, con títulos de pesimista, de hombre negativo. Me señalaron con el mejor váyase con los otros, usted estorba. Así fui el elemento dañino, el de la duda, el patrocinador de revisiones, el señor de las preguntas. No más convocatorias, no más miembro de comisiones de estudios, no más encargado de adiestrar líderes jóvenes, no más conferencias sobre la democracia, no más artículos para el periódico. Marginado, apartado, uno más en la lista de los incómodos. Ahora sólo me queda la alegría de tu felicidad porque yo la sigo buscando por los caminos más difíciles. Llego hasta las muchachas y no las puedo ver con los ojos frescos que necesita el amor, siento que las envejezco con mi cercanía. Me he metido más que nunca en mi vida sencilla, investigación y trabajo, soledad y lectura, mi cuarto y la cajetilla de cigarros, los libros y las pequeñas conversaciones, cada vez más reducidas porque mi ralo mundo de afinidades se ha ido estrechando también. De cuando en cuando entrás a mi cuarto con el "viste", "supiste", "no te has enterado"; de cuando en cuando una nota en el periódico, tu primer hijo y el segundo; de cuando en cuando pienso en tu mundo seguro, así tan natural como todo lo tuyo".

Y al volver la página me encuentro sus ojos tristes y

llorosos, presiento su voz ahogada en un lamento, quiero olvidar, no oír, no ver, y ella se asoma por el presagio de una ausencia sin regreso. Entonces me miro en la languidez de su ternura y me avergüenzo de que ronde sobre mí como la máscara rota de un ángel sin rostro.

— Ayer me dijo que me quería como nunca había querido. No sé qué creer, hoy me ha dejado plantada desde las nueve y ni siquiera ha tenido la cortesía de avisarme.

— Le puede haber pasado algo.

— ¿Por qué no llama por teléfono y me dice cualquier cosa? Por consideración apenas. Pero no me llama, se ha aburrido, ya no me quiere. No volverá más, lo sé, me ha dejado.

— ¿Por qué tan pesimista si anoche te confesaba su amor?

— Porque hoy no me ha llamado y ya son las dos de la tarde. Siento que me muero de ansiedad, necesito que me repita su amor y saber que las dudas y temores no son ciertos.

Y sobre la máscara se unen los pedazos en gestos todavía rotos con huecos en que se perfila una herida abierta y el hambre viciosa de lo lejano, de lo imposible, de lo que tuvo un momento y desprecio y después quiso con la furia de un capricho y después olvidó porque estaba cerca y después volvió a querer porque había desaparecido. El juego de las distancias y las cercanías, el círculo infernal de las medidas, el alcance irreversible de los adioses en la fugaz hora de las decisiones, que no se piensan ni se meditan ni se quieren y se apoyan en la costumbre tormentosa de los regresos y de las llamadas.

— ... Miguel me cansa, no tiene imaginación, es el hombre más aburrido que existe en la tierra.

— ... Miguel con su devoción me empalaga y el rito es siempre igual "hagamos lo que te parezca".

— ... Miguel me obstina, con él me siento encerrada y marchita.

— ... Miguel con sus noches iguales, con sus palabras de siempre, con sus pobres iniciativas... ¡estoy harta!

— ... Miguel es un boleto para viajar al desierto. Todo con él se hace árido.

— ... Miguel no piensa, he descubierto que Miguel no piensa, repite lo mismo día tras día, parece una máquina de decir trivialidades.

— ... Miguel es frío, no quiere sentir, lo único que le gusta es la comodidad.

Yuna llamada cruza el espacio con un tono complaciente que une los pedazos rotos de la máscara en una sonrisa con ángulos traviosos.

— ¿Estás siempre de acuerdo con encargarte de mi divorcio? Miguel quiere que seáis vos, los dos te tenemos confianza.

— Es un caso muy fácil y lo podré tener listo con relativa prontitud, debo advertirte que hago una excepción por los dos porque ya sabés que no me dedico a divorcios.

— Ya sé que profesionalmente te va muy mal.

— No tanto, el poco dinero es un medio muy cómodo para mantenerse dentro de ciertos ideales.

Y Miguel aparece con la agilidad de su ropa de ingeniero y ella lo mira con la ilusión de algo nuevo.

— ... Miguel es interesante, las mujeres le encuentran un aire de atractivo misterio.

— ... Miguel ha hecho sus estragos, tiene escondidas sus mañas.

— ... Miguel es muy hábil en sus entradas y después camina con paso firme.

— ... Miguel tiene labia, apoya sus palabras con miradas audaces y sus manos no se están quietas.

— ... Miguel se ha despertado, ahora resulta un peligro con esa cara inocente.

— ... Miguel no está del todo mal, hay que ver cómo anima las fiestas.

— ... Miguel parece un pirata lánguido, tiene algo de otros siglos sin dejar de estar muy presente.

Y en el canal de sus miradas agito largas tiras de papel, que surgen como abanicos, como lanzas, como intermedios sobre el diálogo prosaico de sus días, quizás tan lisos e iguales a las paredes que los encierran para darles el toque de personajes sin autores.

— ¿Encontraron bien la petitoria de divorcio?

— Sí, los dos estamos de acuerdo en firmarla. Yo aceptaré el cargo de adulterio, y Olga se quedará con los niños.

— Cariño, faltaba el número de tu cédula, ¿lo incluiste?

— Sí, ayer por teléfono se lo di.

— Es una tranquilidad que el divorcio consista en firmar papeles. ¿Qué tal fuera como un matrimonio, lleno de ceremonias? Comparecer ante el altar del desmatrimonio y decir juro que me descaso, ya no le guardaré fidelidad, tendremos casas aparte y no nos querremos. Eso último suena muy fuerte, cariño, porque nos seguiremos queriendo, ¿verdad?

— ¿Y qué te parece si después del desmatrimonio, hacemos una fiesta?

— Me parece una idea magnífica, digna de tu personalidad celebrante. Invitamos a amigos y exigimos regalos de solteros, una botella de whisky, una libreta de direcciones, una guía de los centros de diversión que están de moda. Gozaríamos mucho y sería muy original, realmente sport. Fulano y sutana se divorcian e invitan a la ceremonia que se celebrará...

“Y la fiesta se celebró tal como se lo propusieron. Fue una fiesta muy sport, una celebración a la liber-

tad. Te reíste mucho aquella noche, te deslumbraba tu divorcio, era como adquirir cierta calidad de persona libre, que puede disponer de sus horas de comida, tiene más tiempo para jugar canasta, puede dormir cuánto le plazca, no estaba obligada a informar sobre lo que ha hecho, no estaba expuesta a que se apunte el desorden, no debía guardar hipócritamente las apariencias. Ya no llegaría más la suegra a preguntar si Miguelito come bien, si trabaja mucho, si le sigue doliendo la cabeza como el sábado pasado y el anterior en que no llegaron a comer, o a preguntar por el florero que se quebró en una parranda o a mirar a los niños como si fueran huérfanos y encontrarlos siempre pálidos o a escudriñar por los rincones descubriendo el desperdicio y lo ajado y lo feo para apuntar que los jóvenes modernos no saben vivir, son demasiado irresponsables. Copa tras copa, debías estar repitiéndote: libre, completamente libre, increíblemente libre, después de ser la acompañante de la abuela, la esposa impaciente, la nuera servil, la cuñada graciosa. Además muy cerca, casi a tu lado, estaba Juan, la promesa del mañana, apasionado, galante, amable, dispuesto a complacer tus pequeños caprichos”.

— Todo está convenido, me casaré con Juan y Miguel con Cecilia. Nos hemos dicho los dos que las cosas dulces también se acaban, casi con cierta nostalgia. Le tengo un gran cariño a Miguel, no puedo olvidarme de cómo me frotaba los pies cuando tenía frío en la noche.

— Me imagino que las bodas serán en conjunto.

— No seas tan malintencionado, queremos guardar las apariencias, primero se efectuará la de Miguel y Cecilia, un tiempo después la mía con Juan, así lo hemos convenido para no prestarnos gratuitamente a los chismes.

Y ella ríe, ríe como si se estuviera ahogando de risa y

la risa fuera un asma que se atragantara en sorbos de aire, whisky y humo de cigarrillos con espirales de caracoles huecos.

— No faltará quien haga sus deducciones.

— Para entonces no importará, los hechos estarán consumados y Juan es un hombre poderoso. Además, el cachet se obtiene con un tono bien equilibrado de escándalo.

— Su oficina de inversiones, préstamos al cinco por ciento mensual, es una máquina fácil de hacer dinero, casi tanto como una de éstas que imprimen billetes falsos.

— No sólo tiene eso, sus fincas son las que más dan.

— Situadas estratégicamente en las dos fronteras para facilitar el contrabando.

— Estás demasiado mordaz, a mí me tienen sin cuidado esas cosas, pienso como mi abuelo, don dinero es poderoso y lo contrario es un mito, decime cuánto tenés y te digo quién sos.

Y ella se sienta en un sillón, sin dejar de reír mientras alarga sus manos en ademanes de posesión y riqueza.

— Yo no tengo nada, soy un don nadie. No debía estar aquí.

— Si querés divertirte, estás en el lugar ideal. Te puedo dar referencias exactas sobre las posibilidades que tenés de hacer aquí eficaces relaciones. Estoy en la mafia.

— ¿En cuál mafia?

— No tiene nombre, pero está muy bien organizada. Cuando te cases, desconfiá de las amigas íntimas de tu mujer, de los juegos de canasta y de los tes de beneficencia si no querés adornarte la cabeza.

— No quiero saber de eso, no me interesa.

— Quizás ahora pueda confirmar lo que se dice por ahí... eso de que como hombre dejás mucho que desear.

— No te respondo porque estoy en tu casa y estás pasada de tragos. Buenas noches.

— Pero...

Y ahora todo está claro... La envidia, siempre la envidia, la demostración absoluta, decir tengo y enseñar cuánto, hablar de conquistas y mencionar quiénes eran y cómo se comportaban, exhibir los pensamientos sin meditar en su concordancia con las actitudes, jugar al macho celoso y amariconado, decir ayer me acosté con fulana y nos estuvimos riendo de las mañas de su marido, poner en fila a los cornudos y abrazarlos y felicitarlos y decirles al oído ¡qué mujer!, cambiar las amantes como quien se cambia de ropa o pide dinero prestado y no lo devuelve y no da las gracias, dormir con la que ahora sonrío y te llama interesante, expuesto a que mañana en el té se comente si sabías o no sabías hacer el amor. Vivir al ritmo de la ciudad, subirte al carrousel, girar, girar, circular en el vértigo de la orgía y de repente pararte en una calle para sentir la respiración de tu propio asco, pero volver al carnaval, apuntar las citas a las tres de la tarde, caminar con aire de incógnito a la hostería segura, colocar el carro, bajar el portón, ordenar el consumo por el conducto anónimo, desvestirse al compás de una canción melosa, mientras en los otros cuartos se hace igualmente el amor, en serie, como la película que se repite, fingir la excitación, adobar la voz, preparar con las manos la fiesta del momento. Se baja y se sube el telón en esa comedia de fingimientos y el rostro arde con las palabras de costumbre. Una comedia que el gran mundo considera exquisita y excitante, y es tan trivial como la aventura en los cafetales o la cita en el cuarto de un hotel barato, donde los protagonistas un hombre y una mujer tienen por diferencia el oficio, por orgullo la necesidad y por ofrenda la entrega espontánea. No, no entro en la farsa, no se me antoja jugar al amor con sus amigas, no me interesan sus cosméticos, ni sus finas negligéas, ni su experiencia en la cama, ni sus observaciones a mi calidad varonil. Mi hombría no sirve para remendar los fríos de los maridos ni para calmar la frigidez de sus glándulas ni para pretextar la abun-

dancia de sus atractivos. Sigo prefiriendo el cuarto barato o caro de una prostituta, honrada profesional del sexo. Para mí todavía el amor no es un juego de ganancias, ni un medio de relacionarse, ni una manera de alzarse dentro del grupo. Para mí el amor es un alarido que asusta y luego se hace voz, música, murmullo y de nuevo voz para terminar en alarido. Y ella me mira desde la profundidad de su silencio, hasta donde no llegan las palabras que nunca dije y las actitudes confundidas entre deseos y oportunidades medio soñadas. Y cuando descubre mi timidez, gime como un animal herido y le duele el dolor de las puertas que se cerraron ante mí atraídas mágicamente por el temor de que se cerraran.

Y desde la oscuridad de las páginas blancas, surge una voz cargada de distancias.

— La señora tuvo un accidente, está detenida en la agencia del tránsito.

— ¿Podría hablar más claro? ¿Qué pasó?

— La señora salió en su carro y no debió hacerlo, no estaba en condiciones.

Entro en una oficina triste por los ademanes ajetados y flácidos de los empleados, por el polvo que se exhibe haciendo marco a los montones indolentes de papeles, por las palabras llenas de fastidio que se dicen sin esperar las respuestas, por las figuras recortadas en las paredes con la grasa de las manos y la perturbación de las mentes, que sólo se excitan con la vulgaridad chorreante y dura de las groserías en el punto del manoseo.

— Este es un accidente cualquiera, soy el abogado de la señora y garantizo la atención de los daños.

— Lo extraño es que ella ha actuado como una borracha y no lo está, no huele a licor.

— Se siente mal, está enferma, eso es todo.

— El dueño del otro carro la acusó de estar drogada, no puede ser, una señora tan decente y tan joven.

— Claro que no puede ser, se siente mal le repito.

“Tus líos, tus innumerables enredos y escándalos, realmente como en las historias de Ripley, increíbles pero ciertas. Primero, el plan de tu segundo matrimonio que se desbarató como una gota de agua derramada cuando obtuviste el divorcio, pues Juan y Cecilia decidieron o se vieron obligados a reconciliarse. Sus respectivas familias actuaron a tiempo y el padre de ella, aficionado a la psicología, hombre de la técnica sutil del alma, olvidó en un momento las recomendaciones de la higiene mental para proponer el recurso de la religión. Vinieron los curas elocuentes, los ejercicios espirituales, la actividad familiar apostólica y Juan y Cecilia unidos del brazo comulgaron con devoción, renovaron sus promesas, unieron los labios y están en espera del quinto hijo, a quien más de uno encontrará un gran parecido con Miguel. Están convencidos de que su unión era algo indestructible, lo de ustedes un desvarío pasajero como acostumbra pasar en las mejores familias sin lamentar novedades. Claro, Cecilia sigue viendo a Miguel porque el fuego debe apagarse lentamente, pero lo ve para hacer comparaciones, medir las distancias, el valor de las comodidades y lo vano del riesgo. Y Juan todavía te llama, pero te lleva a los sitios más oscuros o se anima como un héroe a entrar en tu apartamento pasada la medianoche. Ya no se inflama de amor, ya no cumple con seguridad

las citas, ya no responde a las llamadas ni a las cartas, ya no envía flores, ya no pone telegramas, ya no se afeita y baña para el encuentro. Aparece cuando no hay más remedio para anunciar cortésmente el "esto no puede ser", siempre tiene prisa, alguien lo espera, mira el reloj y mide la proeza de su disimulo, que prolonga en un gesto concesivo y en la táctica de esperar el pretexto que no deje rescoldos en la conciencia".

— Siento que se escapa. . . ¿por qué ya no me quiere?

— Sabe que en el fondo lo despreciás.

— Creo que lo odio, pero me doblego para dominarlo algún día.

— Es una técnica peligrosa, te dejará sola con tu rabia interna.

— Es desabrido y simple, ni siquiera sabe hacer el amor, pero necesito tenerlo bajo mis pies, desarmado e implorante.

— ¿Y después?

— Despreciarlo, humillarlo, decirle que no vale nada.

Y el pretexto esperado surge de una rabieta, la incontenible furia del dominio malogrado, frente a la frialdad de un cumplido caballero que se lavó las manos con cierta fruición alegre y se encogió de hombros.

— Todo porque lo escupí, no podía aguantar más su estupidez reblandecida. Tenía que hacer algo por conmoverlo, pero se volvió una estatua.

— Hiciste bien.

— Los gestos no valen dentro de la soledad y la desesperación. Necesito verlo una vez más, no sé para qué, pero lo quiero ver.

— Entérralo, ya es un cadáver dentro de tu vida, si lo dejás más tiempo empezará a oler mal.

— ¡No puedo! ¡Lo necesito!

Y su desesperación se enreda en la longitud seca de una charla en que abundan los retratos más íntimos de un Juan sin perfil. Y su desesperación remienda recursos de cartas y llamadas que caen sin respuesta en silencios con fillos y con sed. Se acaban las discreciones y el pudor, se levanta el derecho del capricho con sus tendones de ahora, por qué no, basta de esperar, hay que hacer algo, y las acciones se extienden en actos de modernas brujas embriagadas en la moda de sutilezas bajo el ruego abierto de apariencias zalameras. Y después de encontrar nada en el ayer del apoyo, cercano pero desaparecido, viene el cansancio del no rotundo, del abandono sin disfraz, y el pretexto es subir de nuevo al faro para otear horizontes con señales ya sabidas y trucos desenvueltos en la coquetería de las aperturas.

— La verdad es que Juan no es. . .

— ¿No es qué?

— No es lo que quiero.

Y empieza su gran juego de amor. ¿Juan? Llega a la conclusión de que Juan le atraía sólo por su poder económico, su vida en grande, su sarcasmo de hombre de negocios. ¿Jorge? Un pobre diablo, a quien el psicólogo le dice que su problema está en su afición de jugar al tenis con una raqueta rota. ¿Eduardo? Un político sagaz, demasiado afecto al poder para caer en sus manos, pero siente deseos de destrozarlo, reducirlo a su orilla. ¿Enrique? Un estafador en pequeño, sin siquiera la ambición de hacerlo en grande, conformándose con no pagar la cuenta de las sastreterías y con darle una paliza de vez en cuando para que sepa de su machismo a toda prueba. ¿Jaime? Un neurasténico que encuentra quien le supla el whisky y un apartamento cómodo el fin de semana. ¿Adolfo? Un frustrado que excita a su esposa con las aventuras que tiene con otras. ¿Daniel? Un niño bien que no quiere complicaciones y la soporta sólo un día a la semana. ¿Joaquín? Un animal en la cama y un pobre diablo sumiso que aburre.

¿Rodrigo? Un señor con dolor de cabeza permanente y una colección completa de alergias. ¿El embajador? Un escándalo con su esposa y la ausencia de sus jarrones chinos. ¿El técnico extranjero? Personaje de una noche con muchas copas, una larga carta desde la India y costosas llamadas telefónicas en busca de un hombre sin paradero. ¿El venezolano? Un recuerdo de dichos y costumbres extraños. Uno y otro seguidos, con distancia de una semana, de un año, y siempre un amargo recuerdo porque ella mide el amor y el amor no se mide, ni se busca, se encuentra y se vive en silencio, sin siquiera un alarde, sin siquiera un comentario de cómo y cuánto. Pero ella no lo sabe, por eso busca el amor a través de los trofeos, de las demostraciones, de los pretextos, de los cortejos, de la vanidad de sentirse en los ojos de otro, y entonces el amor tiene estilo y es al tono de la última película suave y repentino; tal como en la novela, rebelde y tormentoso; similar a la anécdota de Isabel, fiel y eterno; parecido al cuento sin terminar de algún libro, febril y tímido; y siempre el amor amanerado con su termómetro y su molde, demostrado y demostrándose en la espuma de su vacío.

Y ella se sumerge en su calendario de aventuras buscando la penumbra tempranera en el licor con bríos de alta mar o latigazos de inconsciencia en las bridas de un sueño pasajero, aun cuando despierte dentro de la rutina de los mismos rumores y encuentre sin cubrir los huecos cada vez más profundos de su desconocida desolación. Y como si volviera una página, surge Miguel con su rostro abotagado en el ajenjo de los orgasmos. Entonces recuerdo sus lágrimas y pido.

— No debés quitarle los hijos, es lo último que le queda.

— Debo salvarlos, legal y moralmente tengo autorización para ello, ha caído en lo más bajo.

— Todos tenemos un poco de culpa, ¿verdad?

- Traté de ser bueno con ella.
- ¿Realmente bueno?
- Hice lo que pude. Uno tiene derecho a cansarse.
- Ahora necesita a sus hijos.
- Para mí es un problema tenerlos, mi mujer está furiosa y mi madre no quiere más obligaciones. . .
- Y ella los necesita.
- No puedo dejar a los niños en sus manos. . .
- Es una buena madre.
- A su extraño modo.
- Todas las madres tienen un extraño modo de ser buenas.

“Ser bueno. ¿Qué es ser bueno? ¿Vivir con dignidad, tener fuerza suficiente, no necesitar ayuda o pedir la con el apoyo del prestigio? ¿Caer, flotar dentro de la debilidad, perder fuerzas, apoyarse en lo frágil, embriagarse en la facilidad del momento? ¿Qué es ser bueno? ¿Darse en un instante, darse por completo y luego negarse? Hay gente hecha de gestos buenos pero quebrados como un cristal inútil”.

Y regreso a un cuarto de alfombras con adornos de palomas, con dos niños de la mano, unos niños tibios y blancos, asustados de la lástima infinita que se tienen ellos mismos, unos niños sin rostro que no saben jugar a las rondas ni lanzar en arcos imaginarios pedradas de viento a la luna. Y ella habla con alguien por teléfono y le cuenta los incidentes de su enfermedad. Todo parece igual, era ayer, podría ser hoy, pero no mañana. Su voz se quiebra y los estrecha con el brazo libre, mientras los niños ponen cara de aburridos y bostezan. Tengo su rostro junto al mío y comprendo entonces que el tiempo se le escapa y ella lo aprovecha como si más allá de la hora que cree tan definitiva no estuviera naciendo otra y muchas otras, que pon-

drán cosas diferentes en el ruedo de sus ojos, y ella es sabia, su rostro tiene la sabiduría de transfigurar el tiempo en una carrera de anhelos instantáneos sobre la validez del ahora.

— ¿Por qué me decís siempre que yo he sido pura cuando conocés tan de cerca mis intimidades?

— Porque ser puro no es sinónimo de ser ignorante. Puro es el que cae y se levanta.

— Ya no puedo más, ésta es mi última caída. Moriré impura por esta maldita costumbre de ver el revés de todo.

“Hoy me parece que fue un día diferente a todos, suave, brillante, con luz propia, hoy cantamos bajo la lluvia y subimos a ver la luna caminando por el cielo, llena de encajes, como una mujer misteriosa y elegante, eternamente vieja y sabia. Hoy decidí ser poeta en mi silencio, exaltar la coincidencia de vivir junto al árbol, a la montaña, ser parte del viento, sembrar en el paisaje nuestras tristezas y alegrías para ver un poco de nosotros mismos dibujado sobre las cosas y sus reflejos. La ciudad desde allí parecía una música lejana de luces, o lo que era siempre, la exhibición de sus partes brillantes, las casuchas pobres y sucias no tienen luces y no participan en el espectáculo. Mi propia casa a esas horas estaría apagada, ignorante de que desde arriba se mide la belleza por el enjambre de linternas. Junto a mí hablabas del lugar que escogerías para vivir, la forma que tendría tu residencia, el extraño conjunto de tu cuarto. Pensé que éramos un cúmulo de planes que día con día se iban haciendo más reducidos. Sin embargo, coincidimos en algo, no queríamos vivir en el centro, sino lo más cerca del campo, pero las casas eran distintas, la tuya complicada, original, adornada; la mía sencilla, casi pobre, elemental. La luna siguió por el cielo, hasta que alguien dijo que ya era muy tarde”.

¿Y quién dijo que ya era muy tarde? ¿Quién dice cosas como ésas? ¿Quién se atreve a medir el tiempo? ¿Quién señala con un dedo de propiedad las horas? ¿Quién tiene dimensiones de segundos y programas de momentos? Uno que se olvida de la muerte, uno que está extendido en una hamaca como si le pertenecieran las estaciones y se pudieran olvidar los tictac que exprimen el corazón y lo secan como una pasa sin el sabor de su tabaco azúcar, uno que se ha perdonado a sí mismo y se cree un documento en un archivo sin índice, uno como yo que lo ha perdido todo.

Y unas horas ya lejanas, casi increíbles, vuelven con la falsedad de cortinas hechas de niebla y de frío para señalar que se montan al antojo los escenarios de nuestros regresos. Y ella está ahí con sus manos quietas sobre el pecho. No dice nada, no se mueve, pero sus ojos activos miran el vacío con la misma fe que gastaron los antiguos alquimistas frente al hervidero de sus ilusiones o que utilizaron los profetas para lanzar sus malos deseos sobre las bolas de cristal o sobre los chorros de sangre en los altares donde murieron los últimos balidos de inocentes ovejas. Y cansada de mirar sin freno un vacío que hace muecas de profecías con anuncios de círculos infinitos, angostados en un embudo de ahogos, ella rompe la secuencia de su propia inmovilidad y con un poco de niebla que se va congelando en sus manos modela otro rostro.

- ¿Quién es esa muchacha tan atractiva?
- Tu hermana, se llama Margarita.
- Mi única hermana está ya casada.
- ¿Por qué siempre te tenés que afirmar en la mentira?
- Quiero conocerla.

Y acaricia con suavidad aquel rostro frío, que empieza a crecer con aristas rebeldes y cobra de repente unos brazos duros que no quiere ver, entonces sus manos con febrilidad nerviosa deshacen los rasgos, pero un viento de cuchillos zalameros coloca por todas partes caras y caras de Margarita, algunas esfumadas en palabras, otras en gestos y todas con poses de altivos reclamos.

- ¿Por qué Margarita nunca me quiso?
- Podría haber muchas explicaciones, unas en contra tuya y otras en contra de ella.
- Lo sé y no las quiero oír.
- Explicar y explicarse no es muy agradable.
- Detesto las explicaciones, ninguna contiene la verdad sino el punto de vista del que las dice.
- Es muy fácil deformar la realidad.
- Mi realidad ya está demasiado deformada para que dentro de ella encuentren campo las explicaciones. Soy lo que tantas veces se me repitió, no sé si con temor o con deseo de que fuera así, el retrato vivo de mi madre. ¿Por qué yo? Yo que casi no la conozco y viví alejada de ella. Yo tuve que recibir su herencia.
- Eso que estás diciendo es una fácil explicación.
- Pero es mía y se refiere a mi propia vida.
- Y sabés que no es cierta, tu madre no ha influido en lo que sos.
- ¡No! Ha influido mi temor, mi vergüenza, mi espantoso miedo de ser como ella.
- ¿Temor, vergüenza, miedo? ¿Los has tenido alguna vez?
- ¿Hay algo que acerque más los hechos que el mie-

do espantoso de contagiarse? ¿Hay algo que nos deforme más que el miedo paralizante de parecernos a otro?

— ¿Dónde está tu infinita búsqueda?

— Detenida en el mismo punto, en el punto de siempre, como un tren varado en medio de un camino, un tren sin pasajeros, sin carga, sin que nadie se atreva a conducirlo.

Y Margarita se acerca y la llama en ese recuerdo que se encamina por uno de sus rostros, aquél que tiene los ojos tristes. Hablan unidas bajo la concupiscencia de una edad en que madura la sugestión de unas flores, cuyos anuncios leves corrían por la sangre, y ahora son como un bosque cerrado por donde bajan despiertas las gotas de agua diciéndo cuándo y cómo, mientras las flores impacientes destilan su miel en el sueño profundo de un nido.

— Estoy en un lío, Margarita quiere que la ayude en un asunto un poco escabroso. ¿Qué me aconsejás?

— Si digo sí, harás no; si digo no, harás sí.

— Tenés razón, los consejos me gustan para desoírlos.

Y Margarita la lleva por un callejón donde una voz vieja y melosa contrata el oficio clandestino de las descargas violentas en sangre oscura y misteriosa; ella tiembla en la espera que se tiende larga y agobiante en un cuarto con imágenes burlescas de santos desteñidos agasajados con flores frescas.

“Margarita es ahora tu amiga inseparable, porque todavía no te animás a decirle hermana y a reconocer que lo es. ¡Qué diferentes son y qué semejantes! Ella sabe usar la debilidad como punto de partida de su estrategia. Vos creés en la fuerza, en el dominio absoluto de tu figura, en el juego de las cartas sobre la mesa, en el gran póquer abierto, con los ases extendidos para que los demás miren con un gesto de derrota. Ella ganará y vos perderás. Los ases llegan cada muerte de obispo y hay que esconderlos sin embria-

garse con la esperanza de volver a tenerlos otra vez. No creo que te lleguen, es confiar demasiado en el azar de la vida, en la gran ruleta con muchos números y uno empeñado en que salga el tres o el cuatro o el cinco, mientras las fichas se acaban y cada número victorioso va restando fuerzas al elegido, dejándonos cansados, vacíos, atormentados. Ella se ha acomodado, no le importa lo que es su madre, no lo esconde, más bien lo explota a su favor, ha cogido un aire resignado y dulce, porque sin esperar se adelanta con paso tímido, con aires de no pedir nada, olvidada de su belleza y de su juventud, como si las cosas fueran lo que son por un impulso natural, sin esfuerzo alguno. Vos aspirás a la lucha, a la conquista, al marco de oro para el retrato permanente de tus caprichos”.

Y Margarita se aleja porque tiene la prisa natural de las cosechas en el ritmo de los tiempos, cuando la planta es un alarido de fertilidad sobre el verde fuego de lo maduro. Entonces ella la busca sin decirlo entre las cortinas de niebla.

— Las mujeres débiles se casan primero que las fuertes, el hombre se siente protector de ellas y se complace en ampararlas.

— Recuerdo el caso de la hija de la sirvienta. Flaca, deslucida, quejosa. No le faltaban novios que la oyeran quejarse y llorar. Se casó a los quince años con el dueño de una barbería. No sé en dónde conocía a tantos hombres, pero jamás he vuelto a saber de una mujer con un séquito igual de admiradores. Supongo que iba por las calles llorando y los hombres llegaban a consolarla.

— La educación desarrolla en el hombre el instinto de protección.

— La educación desarrolla en la mujer el instinto de buscar la protección. Pero, los tiempos han cambiado. No

podría andar por ahí llorando mis desventuras, como la canción de la huerfanita.

“Margarita sabe pedir, primero tus vestidos usados, luego dinero, tu pasaporte de mujer rica para ir a las fiestas, tu protección como respeto a los hombres que la buscan, tu ayuda de niña inconsciente para un aborto, el epílogo de una aventura casi segura que se desbarató con la muerte violenta del novio. Te gusta ayudarla porque significa rebeldía ante tus abuelos, pero lo hacés con un gesto de superioridad que no engendra agradecimiento sino un odio que esperará cuidadosamente el día de evidenciarse”.

Y ella se sienta y con un ademán indolente estira sus piernas como si viniera de muy lejos y cansada.

— ¡Ayer se casó Margarita! Me llamó por teléfono. La ceremonia fue muy sencilla, pero emocionante. Creo que serán muy felices aunque Carlos es muy pobre.

— No sé qué decirte, ella tiene algo extraño en la mirada.

— Su familia política la ha acogido muy bien. La pobreza para ella no es una sorpresa y nació para tener una abundante familia. Serán muy felices, ya verás.

“¡Qué extraño! Margarita no se ha sentido emocionada con su hija y su dulce vida de hogar parece aburrirla. Me apena trasver en ella una ambición enfermiza. No puedo dejar de sentir que se avergüenza de su casa humilde, de su esposo desteñido, de su hija criada en esas condiciones. Te mira con envidia mientras habla de las rutinas del hogar y de los planes que tiene para el futuro, con un tono convincente que se agota en sus afirmaciones seguidas de lo que tendrá próximamente y como aquella vida es algo transito-

rio. Yo creo que la felicidad se conforma y exalta lo que tiene”.

Y ella vuelve a figurar el rostro de Margarita mientras sus dedos tiemblan emocionados ante los ojos audaces que se despiertan y encienden barandas listas para un vuelo sin más camino que la melodía de espejos planos, donde se reflejan los acechos complacientes de manos untuosas que se mueven en un coleteo de reptiles amontonados.

— No sé qué creer, me han dicho que Margarita se enredó con don Javier y pareciera que es cierto.

— La gente nunca admite la felicidad ajena y crea las historias más caprichosas para destrozarla.

— Es cierto que Carlos no tiene mucha iniciativa y se conforma con lo que gana, pero es un buen hombre, eso no se puede negar.

— Hacen una buena pareja.

— A veces tengo mis dudas. Creo que Margarita sueña con otras cosas.

“La historia de la humanidad es siempre la misma. Alguien tiende la mano a otro, le enseña el camino, le brinda su apoyo, le entrega su amor; el otro recibe y ve lo que está más allá, en la primera oportunidad abre la puerta solo y sigue adelante. Eso es el progreso, avanzar dejando atrás lo que en determinado momento nos dio fuerzas para enfrentarnos con nuevos panoramas. Appetitos, necesidades, nuevos appetitos, más necesidades, refinados appetitos, caprichos. Margarita se ha casado con don Javier, un señor respetable, que multiplica fácilmente su capital a través de documentos con interés creciente que un día se convierten en propiedades y otro en una colección de objetos por los que sólo deambula un gato negro, el de la buena suerte. Un cumplido caballero que olvida

la pesadilla de sus deudores mientras come en el club, da contribuciones a los políticos, acepta puestos en la directiva de instituciones de caridad y adquiere mujeres bonitas para su juego de muñecas en que se convierte en un dragón benévolo y melifluo”.

Y ella ahora dibuja abanicos de humo y al agitarlos con sus manos temblorosas una neblina de pequeños puntos cierra los espacios en una oscuridad gris.

— Lo ha hecho porque tenía un complejo de Edipo, ha buscado siempre en realidad un padre.

— La psicología hace muy bonitas las historias, hasta las tiñe del mito griego. . . desde que el pretexto existe las acciones no tienen importancia, se pueden cometer irresponsablemente y luego buscar su justificación con cualquier vocabulario, ya sea científico o popular.

— La juzgás acremente y no lo merece, ha tenido una vida dura, ¿por qué no puede aspirar ahora a una vida más fácil?

— Porque tenía una hija que no ha vacilado en dejar en manos de Carlos, cedida por el derecho de un divorcio fácil y rápido.

— Pensó que así serían más fáciles las cosas, cada vez tengo más reservas para juzgar a las personas y a sus actitudes.

— No las debemos juzgar pero tampoco ayudar a que sus actos se vuelvan válidos y aceptables.

“No me animo a levantar el dedo y juzgar, pero tampoco a dejarlo tendido, inmóvil, sin criterio. No quiero intervenir con mi opinión, he odiado siempre la promiscuidad existente en la ciudad, esa forma de inmiscuirse en la vida de los otros, ese constante calificar los actos, comentarlos hasta el cansancio, hablar de ellos sin otro afán que el pleno de conversar de algo, que fácilmente se convierte en alguien. Pero se

vive aquí en un manoseo constante y en algún punto se toca la vida de otro y los otros tocan la vida de uno”.

Y cuando oigo mis palabras busco con las manos húmedas de niebla y de llovizna su rostro desgajado en el frío de su extraña soledad. Sólo encuentro una puerta que al palpar vibra como una campana moribunda. Con crujidos de tiempos y de espacios rotos, Margarita asoma su linda cara de mar y montaña, de gato y golondrina, de jade y terciopelo.

— Margarita, siento molestarte pero ella te necesita.

— Ha escogido usted un mal momento, ahora no tengo tiempo y no me siento bien. ¿No podría volver otro día?

— Discúlpeme por tener tan cerca los viejos tiempos y recordar los tratos juveniles. Pero eso ahora no tiene importancia. Lo que interesa es que usted le ayude.

— Hace mucho tiempo que carezco de parientes simulados. A los verdaderos les ayudo en lo que puedo.

— ¿Ni siquiera un poco de compañía?

— La compañía sólo se puede dar cuando existe cierta afinidad. Entre ella y yo hay algo más que una marcada distancia, recuerdos, recuerdos muy desagradables por cierto.

“Gira la ruleta, gira el azar, hoy están los números de uno y se olvidan los de otros, hoy salimos a la calle, hoy se nos colma de bienvenidas y saludos, hoy somos el día, el tiempo, la oportunidad, la promesa. Gira la ruleta, gira al azar y los números de mañana no son los de uno, entonces mañana no nos reconocen, se hacen los tontos, nos dicen adiós entre dientes, nos acogen con laconismo. Ahora es el tiempo de Margarita, su teléfono está siempre ocupado, se relaciona bien, aprovecha las circunstancias, no tiene

más familia que la familia nueva, con su memoria frágil su madre se ha convertido en un cheque de ¢ 2.000.00 al mes, porque más podría ser un incremento a su alcoholismo, apenas lo suficiente para que no muera de hambre”.

Y la puerta se cierra con el mismo sonido de tiempos y espacios rotos.

Y ahora sé que medía sus angustias, sus éxitos y fracasos por las llamadas telefónicas. A veces me alegraba que no lo hiciera por algún tiempo. Entonces sabía que andaba bien, las cosas le salían, ella estaba en su ruedo sin peligro, tal vez tranquilamente. ¿Tranquilamente? No, nunca tuvo tranquilidad. Empezaba suave y con cierta dulzura sus relaciones, era el tiempo de lo tierno que da sólo esperanzas, ilusiones, vistazos apenas de lo grato, de lo seguro, de lo cierto. Ante el primer signo de seguridad surgía su exigencia seguida de su inquietud por la cantidad y calidad de amor. Era el tiempo de las medidas que socava todo fundamento, lo vuelve al revés, lo extiende, le da vueltas, lo falsea, lo agranda, lo disminuye. Era el tiempo de las comparaciones, de los ejemplos, el cansancio de la comedia demostraba sus hilos y los hilos llevaban a un origen de ignorar por qué más, por qué tanto, por qué así,

y alguien se quedaba varado en las preguntas sin respuestas, y ese alguien era ella. Y ahora recuerdo que sobre sus silencios la gran máquina me atrapó sin siquiera darme cuenta. Empecé a vivir maquinalmente, sin importarme si me llamaba o no llamaba, si la ciudad crecía o se hacía más mezquina y pequeña, si la humanidad lograba avanzar o tan sólo retrocedía. Maquinalmente empezaba los días y los acababa, maquinalmente iba ocupando los horarios, con los gestos esperados para cada hora, los buenos días hasta las doce, las buenas tardes desde la una, las buenas noches desde las seis. Maquinalmente acogía las preguntas y extendía las respuestas, sin esfuerzo mental, sin sacudidas emocionales, sin reservarme o prodigarme; maquinalmente como las costumbres, con el ritmo del qué le vamos a hacer, pasa lo que tiene que pasar, nadie puede impedir el suceso sorpresivo; maquinalmente un contemplador silente, que se acomoda a su antesala sin esperanzas, a su cuarto de intimidades poco importantes. Y cuando se interrumpe la corriente, cuando surge la llamada, ("La señora está muy mal, ¿podría usted venir enseguida?") "Sí, ya lo sé, ya lo adivino, siempre lo mismo, ¿por qué no le dice que sea más original y haga algo distinto?" "No está para esos comentarios, ya esto es en serio") maquinalmente respondía, maquinalmente llegaba, maquinalmente hacía lo necesario pero siempre lo elemental, maquinalmente me cansaba, maquinalmente sabía de memoria lo que se presentaría. Y maquinalmente descubrí otros cuerpos juntos al suyo, conmovidos y asustados.

— No he tenido la culpa, no he tenido la culpa... ¿Qué iba a saber yo que por no verla el domingo, sucedería todo esto? Por algo tan sin importancia.

— Comprendo, no se preocupe. Pronto estará bien. Tome una taza de café y tranquilícese.

— Es la primera vez que me veo metido en estos enredos. Usted tiene más experiencia, ¿verdad?

— Realmente primera vez no suena a primavera.

— No lo entiendo.

— No me haga caso.

— La he querido mucho, para mí esto no es una aventura más. Mi propósito era casarme con ella.

— Dentro de poco podrán hacerlo, le digo que no se preocupe, el médico dice que le quedarán unas cicatrices en la muñeca y en unos pocos días estará recuperada.

— Es que ahora tengo miedo, tengo la sensación de que siempre la tendría sometida al peligro. Soy muy poco estable. Después de esto, huiré... aunque no lo quiera, aunque me sienta criminal, huiré... aunque usted me vea de antemano con esa cara de desprecio.

— Siempre huimos de algo y cuando volvemos la cara hacia atrás, ya hemos perdido demasiado el tiempo huyendo de los fantasmas para comprender que huimos del terror de nuestro propio miedo.

— Y cuando huimos, pareciera que con cada paso el panorama se abre y los pulmones encuentran un aire mejor.

— La ilusión disfraza los encierros.

Y sobre los cuerpos y sobre su cuerpo maquinalmente llegan comentarios, conversaciones, pensamientos que no puedo saber si ella los dijo o yo soñé que los decía o los pongo ahora en su boca para que me conteste en su silencio.

— ... La música es lo más completo que se ha hecho en el arte, abarca todas las formas de la imaginación

— ... la poesía se acerca a la música, pero las palabras además de sonidos tienen significados, siempre acaban por decir algo concreto, eso destruye la expresión en sí, el todo donde cabe todo

— ... cuando la música se describe para comprenderla ya no es música, es la anécdota de un fenómeno humano o histórico

— ... sobre todo me gusta la música luchando por buscar la melodía o la palabra partiendo del nombre para

ser otro nombre... eso no lo reconocen los críticos, pero cuando ellos intervienen el arte es una colección de museos, algo tan muerto y tan reverente que asusta

— ... ¿por qué no se ha hecho una sinfonía con los gritos humanos, desesperados, sin entonación, con la propia altura de su desnudez?

— ... cuando alguien grita, sin importarle nada, entonces se ha desnudado completamente, es una persona pura, animada por su propio fuego. Me gustan y me asustan los gritos.

Y maquinalmente repaso los títulos de su biblioteca y veo el desfile de los tomos en cueros lustrosos de las enciclopedias, los "best sellers" en el orden de su aparición bajo el signo veleidoso de la moda y del escándalo, novelas picarescas, biografías de hombres contradictorios y el sexo empastado con sus carátulas llamativas para guardar sabidurías que se esfuman debajo de las sábanas. Maquinalmente repaso la diversificación de su cultura conforme a la de su compañero, un poco de medicina cuando era médico, un poco de agricultura cuando era finquero, un poco de política cuando era político, un poco de ingeniería cuando era ingeniero, un poco de cine cuando era aficionado, un poco de otro país cuando era extranjero, un poco de cinismo cuando era amargo y un poco de la experiencia humana desperdigada en todos. Su voz cansina se levanta de los libros.

— Estoy leyendo mucho, sé que desordenadamente y sin orientación, siempre prefiero picotear de un lado a otro.

— Nada te costaría seguir la orientación de un libro de literatura.

— Desprecio las orientaciones que llevan a pensar como otro, a repetir como un loro sus conceptos. Cuando leo ni siquiera hago caso de los prólogos, porque es como pedir ojos prestados para ver la obra. Puedo pensar tonterías,

pero son mis propias tonterías, mi esfuerzo innato ante lo que tengo entre manos.

— No se puede ser tan exageradamente individualista, se necesita que alguien un poco más preparado nos guíe, nos dé una luz. La próxima vez...

— No digás nunca la próxima vez porque me suena a invierno, a cosa helada, a algo que quizás no se pueda realizar. Detesto que me digan la próxima vez.

Primera vez próxima vez, un juego de palabras, primavera invierno, ilusión desilusión, empresa derrota, viaje regreso, sueño realidad, sonrisa silencio, hola adiós, hoy mañana, sí tal vez, emoción terror, camino cuesta, esperanza recurso, blanco negro, porvenir oscuridad, fuerza cansancio, impulso grito, hambre soledad, fiebre hielo, ángel demonio, vida muerte, valor resignación, ahora nunca, por qué sí por qué no. Y como una pasta congelada, cerrando todos los poros, el amor primera vez y el amor próxima vez.

— ... El amor es una cosa escurridiza que se escapa cuando una cree tenerla entre las manos

— ... el amor es tan espontáneo que no permite jaulas ni retenciones de ninguna especie... y se rinde en la esclavitud más dulce

— ... el amor no tiene un tiempo determinado, surge repentino, por lo menos nos sorprende siempre

— ... la mujer está dividida en el tiempo, por eso cree que hay una edad para el amor

— ... estoy en la mejor edad para el amor, madura en los sentidos y con suficiente experiencia para soportar sus dolores

— ... porque el amor duele, hiere, hunde, y el dolor es goce y la herida es ventura y la caída es la ilusión de despertar con la ilusión de más amor.

Primera vez el amor como un sueño entreabierto sombreado por la timidez, próxima vez el amor con un deseo de

agarrarse y de encontrar un piso fuerte para extender el cuerpo y diluirse en corrientes subterráneas con perfumes de alas en la boca, pero próxima vez, próxima vez, próxima vez... con un laberinto de ventanas oscuras donde el asalto tiene un ritmo de costumbre y las cosas pierden sus perfiles lavadas por la igualdad de las otras veces...

— ... El amor es un círculo neurótico, crispado de ausencias y harto de acercamientos

— ... el amor es un subibaja vicioso con alternativas de angustia y de alegría esponjosa que absorbe las mismas angustias

— ... el amor es un gesto vacío ante la verdadera hambre de nacer en otro tiempo, en otro espacio, y el amor es un niño abandonado ante la inclemencia del mañana inconcluso

— ... la mujer juega al amor y el amor juega con ella, hasta que el tiempo rompe los sonidos

— ... en la edad de los años sin ábaco, el amor y la mujer no se persignan juntos, el amor se cierra como un fruto prohibido y la mujer se afila en el deseo amargo de lo que fue y más allá un coro ríe

— ... el amor es una enfermedad de fiebres alucinadas que seca y envejece cuando la mano palpa el vacío.

Primera vez el inicio de una historia y de una mentira, primera vez el ruido de una llamada cercana y larga como los silbidos del viento en las noches de estrellas fugaces, primera vez el comienzo risueño de los ágiles bordados que imprimen libros de fantasía en las corolas de las nubes, primera vez la obertura cantada con la luz de un alba repentina que se sostiene en el trino alegre y se enreda como una serpiente pegajosa en la placidez de una sonrisa, primera vez el arco templado frente a la lentitud de un mar que se desgaja en tesoros, primera vez el nerviosismo nebuloso para teñir de un verano radiante una tormenta de hojas secas que pasan sin mirarlas, primera vez la ternura con telarañas

que ondea la perspectiva de los senderos y sin aproximarse quema las mejillas de rubores ilusionados. Y primera vez el paso que acorta toda distancia.

— ... El dolor es una ficción de los sentidos, ellos también tienen pesadillas y al desdoblarse en las verrugas de sus propios nudos rompen desabridamente el cauce firme del tacto

— ... el dolor es un terreno de relieves con enfoques agudos en que se concentra la atención

— ... el dolor es un recurso del aburrimiento porque en las planicies crecen los obstáculos mortales

— ... el dolor es un truco de la soledad que busca una fuente sin agua para atormentar su sed

— ... el dolor es la consigna de los rebeldes, es el grito más sano de un cuerpo hecho banquete en la época de la cuaresma.

— ¡Yo soy un dolor drogado!

Por primera vez llegaron las drogas a sus manos temblorosas y las drogas eran pastillas en busca del sueño, un parar repentino y torpe al insomnio, un pretexto para aislarse, para no oír, para cerrar los ojos ante la próxima vez, para ver la realidad con un movimiento huidizo, para correr las cortinas sobre su propio cuerpo y decir basta, basta, basta.

“Y ahora ya no hay nada. ¡Qué extraño! La ciudad tiene una sensación de vacío y algo en mí ha muerto. Estoy conmigo mismo envuelto en mi propia soledad. Todo lo que alcanza mi mano es absolutamente mío, y no tiene importancia, me lastimo para sentirme y el sentimiento que tengo es el círculo de mi inconsciente egoísmo. Nací para otras cosas y me estoy acomodando como se acomodan los demás. Me estoy convirtiendo en un ser dócil y la docilidad es la peor actitud para responder a lo que un día se soñó. Me siento como un libro leído muchas veces que no quiero leer una vez más, que tengo una pereza horrible de abrirlo y consumir los ojos en sus frases repetidas, en sus ya lugares comunes. Soy parte de esta ciudad, soy su habitante, igual entre tantos iguales, ya no sueño en vencer su inercia, estoy cansado como sus ca-

les, asustado como sus edificios viejos, tiemblo como como sus parques escondidos, ni siquiera sueño como las comparsas que atraviesan las calles o los viejos que recuerdan otros tiempos en sus esquinas. Soy como una calle de casas residenciales, que de pronto se vio invadida por los comercios, con otra cara, con letras en las ventanas, con luces neón encima de las puertas diciendo tome ya, compre ahora, no lo deje para mañana, aquí está lo que necesita, a su servicio, a sus órdenes, y las casas viven agitadas durante el día y de noche se aburren, bostezan, se esconden, están cansadas, no quieren recordar lo que eran. Cada día soy más un título, un título estéril, un pobre hombre de papel que no se anima a incendiarse”.

Y ella entra apresurada como si la música reversible de un jazz corriera en su sangre con prólogos de melodías que se pierden en la prolongación de unas notas y luego reaparecen para recordar un principio que también se deshace.

— ¿Me jurás que nunca has de repetir lo que te cuento? Perdoná, me olvido de que sos una tumba.

— Tené cuidado, pienso dejar mis memorias.

— Si contás las cosas que te he contado, tu libro será un best seller en esta ciudad.

— Pues pienso escribir cada una de tus historias, con nombres y apellidos.

— ¡Me matará la mafia!

— Un crimen justificado por chismosa.

— Cada una debe tener un confidente, pasa cada cosa que ahoga si se tiene mucho tiempo adentro y no se cuenta.

— Algo así como María se fugó con Carlos y su marido anda con un revólver buscándolos por el puerto.

— Eso ya es una historia corriente y sin picante. Ana-

bel, la buena y tímida de Anabel, se ha enredado con Raúl, el esposo de su mejor amiga.

— Pues dentro de la mafia me parece el plato de todos los días.

— Lo extraordinario es que se quieren de verdad y están dispuestos a soportar unidos el escándalo, ni siquiera les importa si Clara da el divorcio.

Y ella baja la voz y me cuenta al oído que doña Arabela, nada menos que doña Arabela, tan orgullosa y empeñada en los movimientos cívicos y culturales, tan dueña de sí misma y tan aparentemente fría, tan llena de vanidades bajo la sombra de sus ilustres apellidos, pues sí doña Arabela, la que tiene una casa señorial en “Los Alamos”, cuatro empleadas y un chofer, pues ella, nada menos que ella, ha ingresado a la mafia porque su marido... el pobre ya no da para mucho... y doña Arabela no es tan fría como aparenta, claro ha caído en malas manos, nada menos que en las de Víctor y el aprendiz de secante la exprime sin escrúpulos y doña Arabela —perdón Arabela a secas— asegura que por primera vez en su vida sabe lo que es un gusto. Y bajo el pliegue de su voz surge Graciela, emperrada en sus relaciones con Claudio cuando ya él ha puesto algo más que los ojos encima de Angela. Pero su gran problema es ahora Mercedes, su íntima amiga, porque le ha dado por abusar de su apartamento y lo quiere casi todos los fines de semana y realmente eso es el colmo pues le cuesta acomodarse con los niños en otra parte y después al regreso aquel olor que la persigue a sexo mezclado con licor y tabaco húmedo, además ella tiene sus compromisos y no quiere disgustos con Andrés, es tan difícil y sensible el pobre y no comprende por qué no los sábados y los domingos. Por supuesto, hay que considerar el problema de Mercedes, soltera y de buena familia, con patente de virgen y unos padres guardianes de las apariencias, con el lema de todo está permitido mientras no se pierda el recato y el

buen nombre. La pobre Merce no tiene a dónde ir y la verdad es que ella la introdujo en la mafia con el sencillo billete "respondo de su silencio y de su lealtad, una tumba con su pasado, que no ofrece peligro de asustarse como una vieja histérica, sola y con apartamento disponible". Y Mercedes era al principio el contacto. "Hoy donde Isabel, póquer de cuinas completas". "Esta noche donde Esmeralda, para vos un blind date". "Graciela está con telele, se rompió el plan". Luego las conexiones se solidificaron y Mercedes se arriesgó a invitarla al cine y a cruzar la avenida con ella. Cosas que se deben agradecer pero la fuente se rebalsa, no hay derecho, Mercedes no quiere arriesgarse porque un primo de otro primo la vio salir por la carretera que va a la "Maison Platée" y en esta ciudad cualquiera se chotea en un dos por tres y entonces sólo le queda el recurso de telelearse porque es la única forma de encontrar un pobrecita entre esa cantidad de lenguas viperinas que no tienen otro entretenimiento que el canibalismo de reputaciones. Y la mafia de tumbas no quiere escándalos y Mercedes es de cuidado, no hay nada peor que Mercedes teleleada y es capaz de telelearse si se le dice no y también de hablar por ahí cosas inconvenientes, ella en su papel de Samaritana y las otras como arpías y viciosas. No hay derecho, la mafia es comedida en los abusos pero a Merceditas se le va la mano porque dejándose de cosas le gusta coger aire de princesa mientras repite que su primo es el presidente, su tío el magistrado y su hermano el dueño del único periódico que vale la pena. Y su voz no se agota porque recuerda la última llamada telefónica de Merce para decirle que le compró una colcha nueva, hay que dejarse de cosas, Merceditas es considerada y espléndida, se fija en los detalles y eso es lo bueno de ella, se fijó en la colcha quemada con un cigarro que interrumpió el sueño reforzado de pastillas. Y a Merce, la pobre, hay que disculparle tantas cosas, porque al fin y al cabo le cuesta mucho verse con Alfredo,

el ilustre Alfredo encadenado a sus ocho hijos y a su pobre esposa que ya parece que se va a reventar de nuevo. Por otra parte, si se recibe protección también se debe dar. "Si bien es cierto que en la mafia no hay amigas en quienes se pueda confiar ciento por ciento, porque cada una tiene sus teleles y todo ser humano falla en algo, por lo menos son buenas a su manera y mientras una respete su campo de acción no se meten en lo que no les importa, pero a veces esa amistad se vuelve fría, interesada, y la soledad, esa soledad de no tener en qué apoyarse, no encontrar a alguien en quién vaciar la vida como si fuera algo nuevo y cálido y tuviera algún interés, se vuelve como una espada helada en la boca del estómago. Eso pasa con ellas, todo es igual, todo es el mismo enredo, nada nuevo, nada conmueve, todo es árido y hay un momento en que una se da cuenta del declive y entonces empiezan los teleles. Esos teleles que son como los nervios rotos y una llora cuando las otras ríen, y una empieza hablar de cosas molestas cuando las demás hacen planes, y una se siente cada vez más sola, más torpe, más inútil, y una acaba por rehusar las invitaciones y se encierra y se deshace y le duele la conciencia sin saber por qué y entonces se aturde, se aturde... y después vuelve al grupo para que las otras le pregunten te pasó el telele y una conteste más o menos o se calle por miedo a que le vuelva mientras ellas sonríen y dicen que también les da y la última vez fue terrible, y todas se envuelven en el mismo miedo y se callan unos segundos, porque el telele anda suelto encima de las cabezas y se necesita tan sólo el más pequeño desaire o el mínimo contratiempo para que se asiente dentro de una y cuando el telele llega ya no hay alegría ni hambre ni sueño, es como un divorcio entre el cuerpo y el pensamiento, dan ganas de golpearse mientras el pensamiento deforma las más simples realidades en un juego de fantasmas, de vacíos, de caídas. El único alivio es el sueño, un sueño sin orilla, cerrado sin ventanas, largo

sin despertares porque el telele está ahí esperando a la par de la cama, un sueño sordo donde no entre ni una voz, un sueño ciego sin recuerdos, un sueño solo sin personajes, un sueño que caiga sobre una misma como una oscuridad refrescante. Y el telele se va como viene para que una descubra después el sol y sonría o quizás oiga el teléfono y se desahogue sin saber con quién habla o de qué se desahoga. En la mafia dicen que me dan más teleles que a las otras y no deja de ser cierto porque a Isabel cuando le llegan se vuelve mística, se confiesa, declara que se apartó del grupo y después regresa con cara de quinceañera precoz, y eso sólo le pasa cada año. A Marta le coge por la veta de la grosería y entonces se pone inaguantable, se pelea con medio mundo y no deja tranquilo a nadie, en cambio Matilde se resiente por la más mínima cosa y emprende los reclamos más increíbles, y es que la mafia tiene las reacciones de un grupo de chiquillas, de repente surge un pleito porque zutanita cumplió años y sólo invitó a Raquel, lo que se interpreta como traición, como desprecio y se inician las especulaciones más enrevesadas sobre la lealtad para acabar en un conteo de favores y echarse en cara cuanto está a mano. Lo mismo pasa cuando alguna se olvida de dar un pésame a fulanita o de felicitarla por algún suceso, entonces ella presenta sus reclamos al grupo, airada como una niña a la que se arrebató un juguete, y el pleito de pandillas o de grupos escolares se presenta con las mismas agallas de chiquillos egoístas que tienen el valor de despepitarse y hasta de llegar a las venganzas. Y los peores pleitos son por las palabras, al punto de que he llegado a comprender que las palabras son los instrumentos más peligrosos en un grupo, tienen demasiadas raíces y es imposible limpiarlas. Una palabra mal dicha o mal oída, es equivalente a un puñal. Una palabra que hace mella en un dolor escondido, es peor que una bomba. Una palabra que trae un recuerdo desagradable o que pone en relieve lo forzosamente evitado, es más

dañina que un veneno. Una palabra dulce pero cargada de relaciones con quién sabe cuáles angustias, es una bofetada que crea hondos rencores. No soy ajena a esos pleitos. Un día me peleé porque una me dijo que con un vestido blanco parecía una garza, comprendí que se refería a mis piernas flacas y esperé la oportunidad para decirle que ella de negro me recordaba a un cuervo. Desde entonces no nos hablamos más que lo indispensable, y cuando nombraron ministro a su adicional le mandé unas flores con una tarjetita de felicitaciones, que me devolvió cuando rompí con Alberto en forma de corona fúnebre. Pero la más grande odisea de la mafia fue con el caso de Flory, la tonta de Flory, creyendo en las brujerías y en los bebedizos en pleno siglo 20. Empezó con admitir el mal de ojo, por supuesto todas se burlaban, Marlene dijo "el único mal de ojo que tiene Flory es el de su miopía". Quizás así fue en realidad, pero para ella los calambres, los dolores de cabeza, el aburrimiento de Orlando, el accidente de su pierna y hasta el pelo que se le comenzó a caer, eran productos del mal de ojo. Se encontró con una doña que le recomendó unos lavados y la tonta se bañaba con una fe de monja. Por cierto un día me dio la receta y casi me muero del olor y del pegoste, aunque debo reconocer que me curó de una so-leasis a punto de enloquecerme. Después le dio por la güija y le contagió a la mafia la fiebre, invocación de espíritus traviosos y burlones que se complacían en decir unas cuantas verdades que dejaban boquiabierto al grupo como si fuera la primera vez que las oían. La fiebre pasó como una racha, pero la pobre Flory entre Juan y Pedro, un día queriendo a uno y un día queriendo al otro, atormentada dentro de la abundancia de su corazón que ya no le daba treguas de días sino de horas entre Juan y Pedro, se agotó entre recursos de barajas, de bolas de cristal, de lecturas de manos, de tests, de psicólogos y acabó teleleada en sus enredos cada vez más enmarañados desde que conoció a Arnol-

do, el hombre que las cartas le anunciaban como el joven rubio de la paz y fue el promotor de su desvirolamiento. La mafia se convirtió en un cuerpo de enfermería rotante. Un día le tocaba a Irene cuidarla y así a cada una. Le llevábamos ojos de buey para el buen agüero, patas de conejo, tréboles de cuatro hojas, burritos, caballitos de mar, los talismanes más variados hasta que su cuarto parecía el altar de un brujo. Y todo para nada porque Flory empezó a enamorarse de un espíritu en las sesiones de Yolanda y decidió encontrarse con él una noche en que seguro lo vio en la oscuridad del cielo. Pero el caso de Flory demostró que la mafia no es insensible, la mayoría la lloró con dolor y nunca se ha vuelto a repetir su nombre si no es con el mayor respeto, aunque siempre se le dice la tonta de Flory, el tonta lleva un acento de aprecio y de sincero cariño. Flory, la pobre tonta, sabía ganar afectos. La recuerdo con frecuencia y hasta encuentro gracia en sus ojos saltones. En las sesiones de Yolanda la invocan constantemente y cuenta las historias más pícaras, pues asegura que encontró a su espíritu y sus relaciones no son del todo espirituales, pues la fruición sin el cuerpo es más apasionada y satisfactoria. ¡Oh Flory con sus detalles de cópulas y orgasmos! Claro que con eso estaba muy a tono con la mafia donde se rebana en pedazos largos y cortos la cinta interminable del sexo. Que si sabías de esta forma, que si no sabías de esta otra, que si ayer se sintió o no se sintió, que si fulanito complace o no complace, que si menganito falla en lo mejor, que si zutano es un egoísta y se duerme, que si el otro es brutal, que si con aquél no hay titubeos y una siente la marea alta, que si uno y otro saben o no saben, tienen o no tienen experiencia, que si se debe aprender esto y lo otro, que si con un espejo como en las hosterías...". Pero todo es igual, infinitamente igual, y la soledad vuelve y el telele y el destelele y ya no hay novedad y los años y las fotografías cada vez más viejas y los nombres que ya no dicen nada. Y la voz se calla.

— Juguemos a que el día es eterno y en estas horas encontraremos todo lo que nos va a dar la vida.

— Mejor vamos a que nos lean la mano y nos digan: un rubio y un moreno, ambos interesados, ambos apasionados, ambos locos por usted y usted será feliz con un castaño que la espera.

— Y después agreguen: tendrá suerte, veo un viaje, como una nube negra una enfermedad sin importancia que usted vencerá, dinero, habrá mucho dinero y felicidad. Una estafa de buenos presagios.

— Juguemos. . .

Y ahora el juego es una enredadera de recuerdos en que coloco su voz y la oigo, en que la añoro y la veo, en que la sigo y encuentro su cara sonriente porque un juego de recuerdos al antojo de los ánimos, eso es la vida.

— Juguemos a las palabras. Una lista de 10.

— Piedra canto quien ahí más para invierno viaje luna silencio.

— Golpe libertad él cerca más mí tedio sol amor muerte.

— Sombra

— Tiempo

— Camino

— Corazón

— Hambre

— Muerte

— Ventana

— Muerte

— Lumbre

— Muerte

— No

— Muerte

— Sí

— Muerte

¡No! El juego de palabras se rompe y saltan figuras para dibujar sobre ellas las líneas de impulsos extraños que encuentran gustos, sueños, miedos y la agudeza escueta de la muerte que me hace cerrar los ojos y buscar a tientas el juego de preguntas y respuestas.

— ¿Qué te recuerda el cucú?

— Un viejecito muy feo que conocí hace mucho tiempo. Parecía un reloj de cucú. Las ocho y cinco, las ocho y seis, y así sin cansarse seguía contando el tiempo. Cuando llegaba a casa a pedir limosna con una constancia bíblica, aunque en raras ocasiones le daban algo, mientras iba diciendo las diez y nueve, las diez y diez, las diez y once, yo le contestaba como un eco cucú cucú. No se enojó nunca porque siguiendo su horario, sonaba como un canto.

— ¿Qué te sugiere un pavorreal?

— Una pava triste y sola, humilde y fea, detrás

de un ave vanidosa y altanera, el trillillo de las mujeres.

— ¿Qué ves atrás de esa puerta?

— La soledad y la muerte.

Y sus ojos se llenan de lágrimas que brillan tristemente como las lentejuelas de un abanico ajado por el polvo y el tiempo. Pienso en otro juego donde el viento corra con los jadeos de un niño travieso. Entonces, ella se para a mi lado bajo un sol que se mira en su pelo negro.

— He sobornado a mi ángel de la guarda, mi dulce compañía, hice una lista de buenos propósitos, la rompí y la olvidé. Ahora voy a vivir a lo grande, en la fabulosa esencia del deseo.

— ¿De qué estás hablando?

— Me voy a dedicar a la cleptomanía, cuando me descubran alegraré mi enfermedad, nadie va a dudar porque en esta ciudad saben que dinero no me falta.

— ¡Qué juego más idiota!

Y me convence a entrar en una zapatería y mientras le explicaba al dueño que es sordomuda veo sudando como se guarda un zapato en la cartera, un solo zapato, para dejar la pareja dispar y hacer un lío en las existencias de la tienda. Afuera la lluvia nos moja la cara con un manotazo suave.

— Ahora voy a robarme un carro, es muy fácil.

— Pero muy peligroso.

— Sólo tenés que empujarlo un rato mientras averiguo cómo se enciende.

Y el carro rueda una pequeña distancia hasta que choca con otro y escapamos con la velocidad de mariposas que han sentido de cerca la gasa blanca de un mosquitero.

— Mejor juguemos al tiempo, yo soy ahora un bebé y vos un viejecito. ¿De qué hablan un bebé y un viejecito?

— No hablan, se miran feroces como dos fenómenos, así...

— ¡Qué tonto! Mejor soy un bebé más crecido y vos un viejo menos viejo. ¿Cuántos años tenés?

— ¡Qué pregunta más impertinente!

— Era sólo para hablar de algo. Este viejecito me conmueve, tiene cara de energúmeno todo miel por dentro.

— ¡Qué mocosa más malcriada! A los señores mayores se les respeta y no se les habla en ese tono consentido.

— Siempre que jugás a ser viejo, se te amarga el carácter.

— ¡Mirá!...

Una lluvia de golondrinas encapota el cielo con sus alas negras puntiagudas.

— Quiero jugar a ser un pájaro porque los pájaros mueren jóvenes y mueren volando.

Y frente al mar que ha surgido como un eco de pasos gigantes, ella me trae una golondrina muerta, escarchada de sal y amortajada en yodo.

— Era como una flor que volaba, tan pequeña y graciosa, nadie pensó que podría morir en una espiral del viento y caer en la arena como una lágrima negra.

— Es todavía una flor de plumitas suaves.

— ¡No! No es más una flor con alas porque ya no vuela.

Mientras el mar lame incansable y rugiente nuestro silencio, ella guarda en su pecho la golondrina y sé que piensa en la dulzura de encontrar un gesto así cuando empiece ese frío encerrado en su propio cuerpo que ya no se puede compartir con nadie. Y como si ante el presagio de su imagen extendida, con el peso muerto de sus miembros sin movimientos, no pudiera soportar el silencio, chapotea con fuerza las espumas blancas de las olas desvanecidas.

— Quiero reírme, juguemos un juego alegre.

Dibuja en el viento barriletes de colores que lanza contra la brisa y acaban por enredarse en las puntas de las olas de donde emergen como residuos de un carnaval en la

calle solitaria del regreso, cuando el amanecer se anuncia con un gesto tímido. Entonces delinea en la arena un paisaje de árboles sin raíces que borra el mar con una intervención suave de aguas dispersas. Recoge conchas y caracoles para hacer un castillo y otra lengua de agua le roba la ilusión de acomodar febrilmente lo que tiene un sitio movible en la redondez enorme y solitaria del borde del mar.

— Quiero reír y no encuentro mi risa.

— Juguemos el juego de las muñecas.

— No. Quiero caminar sola.

Retengo su mano antes de entrar en el mar y le enseño un juego en que el meñique es un niño solitario, el índice una madre severa e imperativa y el pulgar un abuelo dulce y consentidor, para montar un retablo de títeres y hacer la comedia de la vida, pero ella no mira mis dedos agitados en piruetas y mímicas. La llamo con voces mudas de payaso, ante el desdén de su Colombina, pero ella no oye el ruego levantado en una ola de carpas y tambores. Me desdoble en una golondrina con alas nuevas que se posa en su hombro y le abanica la cara con suavidades de panas reales, pero ella sigue caminando firme y su determinación asusta al pajarillo hecho de viento y deseo. Una cortina de arenas nómadas, que buscan hacer dunas cerca de las palmeras, borran por largos minutos mis ojos y cuando la encuentro de nuevo su pelo negro interrumpe el azul del mar como un alga ambulante, y una ola entre burlona y triste estalla cerca de mis pies para repetirme con la firmeza de un ruego "quiero estar sola".

Y ella está a mi lado con la piel coloreada por una lámpara amarillenta que la destiñe cual una flor que empieza a marchitarse. Siento que se confiesa ante sí misma, pero quizás sólo se contemple sobre un espejo más y yo sea el espejo sin marco en que se detienen sus ojos rasgados con la avidez de encontrarse como parte de un sueño y de una realidad.

— Los psicólogos me han fallado o yo les he fallado, lo que es lo mismo. He mentido tanto que ya no sé lo que soy. Pienso que tal vez por el camino de Dios...

Y cuando menciona a Dios me empiezo a reír nerviosamente, como si ella estática y solemne hiciera muecas o estuviera a punto de negar la existencia de las cosas más rotundas o hubiera dicho uno de esos chistes que rompen lo cotidiano con siluetas inesperadas para agitar el cuerpo con una risa acongojante.

— Los caminos de Dios son tan variados.

Inmutable, indiferente a mi risa ahora sollozo, cuenta una historia de cuya veracidad dudo, y es que no sé si estoy en la penumbra de un cine o bajo el aperitivo de confusos sentimientos, enredos sutiles de los que se encierran con las ventanas también cerradas a devorar su insatisfacción íntima para envolver en la penumbra quemante de sus fogatas la mano más cercana, cualquier cuerpo que se acerca, el bien y el mal como titubeos del hacer por el hacer mismo, sin signo de entendimiento, sin ceremonia de compromiso, por la virtud del momento en el principio y el final del círculo. Dios es una figura, un hombre, una cara con palabras encendidas, un ademán levantado ante el cielo, un recuerdo infantil del paraíso perdido. Ella busca el amor por un camino cada vez más escolloso, cada vez más lejano, se siente como un alpinista ante el desafío de la montaña alta y severa, mitad tierra mitad cielo.

— El habla de Dios con un gesto heroico y dice que estamos en el fuego de su alba.

Y me enseña una cara gesticulante de frases mesiánicas que huelen a viejo y resultan sobredichas en el silencio de un claustro barroco, en que se adorna a Dios con signos decadentes, recovecos interminables de dorados laberintos retorcidos. Mi risa se agita jadeante porque su cara se torna de pronto apacible y bonachona, circunstancial y graciosa, para enseñar sin afeites al burócrata de las jerarquías eclesiásticas, al amigo de las clases destacadas porque en ellas el diablo se filtra hábil o porque la tentación tiene tantas formas y ya no se llama caída sino prestigio o porque es en la clase dirigente donde hay más necesidad de un dios cómodo que todo lo permita, pues la iglesia se ha hecho liberal y está en el plan político de hacer proselitismo, o porque ahí el poder sabe a cosa profunda y se trueca en una correspondencia de oídos atentos que avanza hasta los oídos sumisos. Y sigo riéndome porque del psicólogo a esta cara brillante con el fuego del pecado, hay un leve pa-

so y los dos oyen confesiones y los dos aplican sus terapias siempre bajo el mismo formulario, extendido en un mantel blanco sin manchas para el menú de gentes imaginarias, con las redes de la fantasía detenidas en la caza del otro que nació con uno y en un momento rebelde empezó a hacerse el enemigo y a enseñarnos nuestra propia cara cicatrizada consumiéndose en un constante llanto.

— Es una tranquilidad tener un consejero espiritual, sobre todo si una es su caso preferido.

Y mi risa es como una nota que no vibra en los cristales, sorda y convulsiva. Entonces oigo su voz zalamera, sé que eso es sólo el principio mientras tiende el anzuelo y que después caerá con la sensación de pecado, de suciedad, para extender como un cheque la larga penitencia. Sólo que ese momento no llegará porque ella oye sin oír y va por otro camino, ella está en el cortejo y se conforma con un poco de atención, pero cuando haya una tregua colará su lista de pecados, preparada especialmente en pequeñas gotas que estimulen y tienten, y más tarde atacará con su declaración abierta sobre la que sólo se podrá retroceder, espantarse, huir... Ella mueve sus abanicos como si jugara con mi risa, y adivino en sus gestos el estado erótico del que necesita rozarse con todo por el ejercicio mismo, sin conciencia de otra hora, del mañana, de ese hombre extraño que puede aparecer como desconocido, quizás caído o atormentado o simplemente diferente y vacío del largo escollo ya inútil. Y por sobre mi risa, bajo el manto de un incienso que se enralece lejano y débil, veo inconsciente y divertido el juego del gato y del ratón, mientras me confieso que es un juego, un simple juego y pretendo estar sentado en una gradería solitaria, quizás con la sensación que produce el espectáculo de los golpes, sintiendo la victoria convertida en catástrofe, la ilusión en desastre, su eterna derrota en el margen de un capricho que perdió su origen, se convirtió en alimento, en llamada desesperada, en silencio, en

vacío... y así hasta que ella con su desierto auestas, con su invalidez afectiva camina de nuevo por las farmacias en busca de sus pastillas.

“Dios esconde la cara, pero la gente se encarga de ponerle máscaras. Viene un accidente imprevisto y doloroso y se dice mientras Dios se esconde que fue la fatalidad, el día marcado de cada uno, y su sabiduría resulta el signo brillante del absurdo; se muere un joven, se trunca su vida de esperanzas y posibilidades, y se esconde nuevamente para que se diga que son los elegidos, que el amor acerca a la vida eterna; se hunde una población en el desastre, los pueblos se enmarañan en guerras sin tregua, y el silencio de Dios se convierte en castigo; los signos del odio se extienden en cartas indescifrables que se reparten al arbitrio de la muerte y la ausencia de Dios es la fe reversible de los afortunados y la droga torpe de los otros. No puedo confiar en su cara escondida, ni ponerle una máscara a mi antojo, pero vos te empeñas en afirmar que Dios es el campeón de lo sport riéndote con la alegría de un descubrimiento mientras a mí me duele Dios, me angustia, me persigue”.

Y los veo como si estuvieran sentados en una banca corrediza, donde los acercamientos se miden en distancias de aproximidades incómodas. Su voz es ahora una butaca de insinuaciones y él se niega pero cae en la tentación de preguntar cómo, dónde, qué harán. El “qué más”, untado de un acento lascivo, no le permite ver que se acerca al precipicio, inconsciente a la altura de su caída bajo el influjo de palabras esponjadas en la saliva que se adelanta presurosa al condimento de las escenas. Y me río de nuevo con la lujuria abierta del que caza por ahogar el placér de crear que reside asesino en un rincón profundo, y es que en el fondo

encuentro uno de los tantos disfraces de Dios, veo que se conmueve el mundo burgués con sus paredes falsas de respeto y sus clasificaciones de orden, y se rompe la normalidad estrecha de las pequeñas cosas. Y mi risa sin contención me asusta porque es tan fácil desbordarse cuando uno no sabe lo que quiere, cuando se empieza por el blanco, atraído por el negro, se termina con el gris, soñando con el rojo y el rojo se desvanece tras el verde que se hace azul, y de pronto es morado, amarillo, violeta, café, y el color desaparece, se hace transparente, se cristaliza, se vuelve como el agua, inasible.

— He aprendido a ser feliz con una migaja de cariño. Y así tan simple la veo como es, una mujer que sólo necesita unas manos fuertes y vigorosas, un hombre en realidad, un hombre sin disfraz, alguien que la abraza y sostenga un momento, un instante. Ella encuentra el espejo y se mira donde cabe su cuerpo entero. Mi risa se apaga porque no me puedo reír del dolor. Escucho el final de su historia con las manos frías. Entonces sé que las cosas se complicaron, llegó el tiempo de las sospechas y en el sálvese quien pueda el caritativo hombre de Dios contó a sus compañeros cómo poco a poco se vio envuelto en las redes de su caridad y su terapia se desvirtuó por algo diferente, rayando en la locura, por el ataque brusco de una loca histérica y confabulosa. ¡Es tan simple hacerse la víctima! Y víctima era, porque no todas las Magdalenas son dóciles y se vuelven sumisas en el punto clave de su arrepentimiento, los caminos son más difíciles y empinados de lo que se cree al comenzar a andarlos. Y no llegó sólo a eso, habló con sus amigas íntimas, cerró las puertas a la murmuración, voluntariamente confesó cómo lo perseguía y cómo la despreciaba, con el crucifijo entre las manos, con la voz del predicador, con la templanza del perseguido y tentado. Y ellas, sus amigas de confidencias, callaron las grabaciones de su voz decretada en el teléfono preguntando qué más y cómo y dónde.

de, mientras era más bajo y más débil el "no puede ser". Las máscaras, las máscaras siempre al alcance de la mano, las mismas que se ponen a Dios sirven para encubrir cualquier cosa, es fácil creer que se abusa de la caridad cuando se cree que es un pago con devoluciones a largo o a corto plazo, un medio para la eternidad del agradecimiento, una medida de dar la mano y tomarse el codo. Ellas se pusieron la máscara de aceptar las palabras planas, la versión única, la fidelidad de los significados hechos sonidos. El pensó en la vida cómoda del convento, en el Dios todopoderoso, en la clave del grande, en el servicio al espíritu eterno, en la salvación del alma, y se puso la máscara del devoto, del que habla en nombre de lo divino, del que se conduele con lo humano cuando la miseria respeta los límites. Se alzó en el sermón del elegido que fue tentado y rechazó la tentación, así tan fácil. La versión de la bondad engañada, de la filantropía mal entendida, de los límites humanos, de los pretextos esgrimidos en la intensa cobardía de reconocer que nos podemos desplomar también como los pájaros que mueren volando.

— No me ha dolido, no siento nada, y eso me asusta. Me importa un pepino su ancla de hostias, de masturbaciones y de dignidades morales. Era un simple actor en el gran teatro de su convento, pobres imitadores de santos.

Y ella castañetea sus dedos en el aire como si quisiera despertarse y repite no importa, no importa. Ahora importa Alejandro, es muy joven, divierte, entretiene, hace promesas y planes, no sabe tomar, el pobre se descompone, tampoco es muy diestro en el amor, pero ya aprenderá, a veces tiene muy mal genio, es demasiado impulsivo, pero es bueno y en su cara hay algo de Miguel cuando la cortejaba y ahora sabe que cada uno tendrá algo de los otros.

— ¡Quiero vivir!

Y ella habla de vivir como si se soltara el pelo y lo dejara moverse al antojo del viento; habla de vivir como si hu-

biera una puerta para entrar a un remolino que gire, embriague y nunca existiera un punto quieto; habla de vivir frente a una luz rotunda iluminando su rostro detenido en el más cautivante gesto; habla de vivir en un ritmo de juego gracioso para entretener su soledad y no verle la cara; habla de vivir en una calle larga para pasear sin cansancio entrecruzando saludos y recogiendo parabienes; habla de vivir en la dimensión de ese sueño bonito en que se adquieren muchas cosas y se acumulan tesoros sobre las envidias relamientes de espectadores asombrados. Pero me encuentro su cara sin sombras y sé que vivir era dormir, dormir, encontrar las pastillas escondidas detrás de los libros, extender entre las ropas revueltas de la cama el inventario de su vida, alejar la pesadilla, buscar el sueño bueno o sentir la niebla espesa dentro de los ojos, corriendo por las manos, saliendo de su propio cuerpo, la niebla, la niebla como un humo, como una pared suave sobre la que no se tropieza sino que se hunde con suavidad, con dulzura, sin palabras, con música, sin el grito asustado, con frío, con la sangre cada vez más lenta y una sensación de mareo que hace irse sin movimiento.

— Esto es el final, aunque desde el principio siempre fue el final.

Y su voz desgarra como un puñal abierto sin otro objetivo que clavarse en la oscuridad de la noche, por donde se fue el tiempo perdido en la velocidad de signos tortuosos y encaminadores hacia las playas sin mar, las praderas sin sol, las montañas sin salida.

Y cuando los recuerdos entibian el frío de mis manos y siento que llueve un sordo rumor de voces lentas y monótonas como un rezo impotente, se acerca un cuerpo envuelto en una letanía que ahora pide a gritos una puntilla.

— Señor, ya no puedo más, me voy, la dejo, no quiero ser responsable. . .

— Después de tantos años de fidelidad. . .

— Eso no vale para ella, ya no aprecia los gestos que he tenido. Le he rogado que deje esas cosas y ha sido en vano.

— Pero, usted la quiere. . .

— Es muy difícil servirla y ver que se va muriendo en esa forma, pide cosas en que es imposible complacerla. Mejor la dejo, no quiero ser su cómplice. . . Todo tiene un límite.

Un límite, ¡qué fácil expresión! Un límite tiene el amor y la amistad, el hasta aquí llego, el me lavó la voluntad, el ya no aguanto, el no puedo hundirme, el límite del regreso, del vacío, el encuentro con lo plano, el ademán resentido, la frontera dentro de uno como un pozo sin fondo en que no se encuentra la voz, el reflejo que no se devuelve y asusta. Un límite tiene la vida, uno grande con un nombre solemne, y miles pequeños por donde se filtra y se adelanta la muerte. Ahora el cuerpo tiene un temblor de sedas y perfumes.

— Está bien que le den sus teleles, pero ya esto es el colmo. Seis veces en los últimos dos meses ha estado en la clínica.

— No sé cómo ayudarla.

— Ya a mí no me interesa, si quiere matarse que lo haga pero de una vez. Esa clase de amenazas me resultan insoportables. Claro que me da lástima, pero la lástima también cansa.

— Está enferma, si encontrara algo en qué apoyarse...

— Las amigas hemos estado con ella en todo momento tratando de reanimarla, pero ya algunas se han retirado definitivamente aburridas. No hay nada peor que arar en el mar.

La lástima cansa como cualquier otra cosa y la mano extendida se encoge, ha contado sus gestos, ha analizado sus movimientos y ahora sólo le resta esperar para relatar los detalles y decir hasta el último momento estuve allí luchando, ayudando en lo que se pudo pero era un caso perdido. Y cuando alguien pregunte qué fue, la voz relatará segura el último desengaño y la historia romántica crecerá por las fronteras de la confianza matizada con el humo de un cigarrillo y con un té que se enfría en la pasión del cuento, por el que ella aparecerá tan triste como la semilla inflada de amor en un campo de piedras. Y otro cuerpo ya casi torpe se adelanta.

— Lo dije, ya había previsto todo este desastre, no podía ser diferente.

— ¿La ha visto?

— No, claro que no, me daría asco y rabia. Es la herencia de esa mala mujer: vicio y depravación.

— Creo que usted podría hacer algo.

— La mala sangre es la mala sangre, y no hay otra alternativa.

Y su paso lento y torpe simula con su roce “no hay otra alternativa”. No se me sube la sangre en una marea de ira. Todos somos contempladores, unos detrás de las ventanas comentando su envejecimiento, otros más cerca diciéndole adiós en las más diversas formas, algunos lustrando sus pronósticos de seres sabihondos, aquéllos esperando la noticia para a su vez darla de primeros, unos cuantos enmarañados dolorosamente en esa tristeza de encontrar semejanzas y arañar el mismo suelo árido y desolado. Y un cuerpo alto se me acerca.

— ¿Ves? No vale la pena ser bueno, acaba uno por quedarse también con su bondad inútil.

— ¿Inútil? ¿Bondad? Jamás hicimos otra cosa que oírla y contemplarla como un espectáculo.

— Bueno, yo la quise y ella dejó de quererme, ¿no es eso suficiente?

Suficiente, cualquier cosa es suficiente, un minuto de atención, unas flores, una llamada telefónica, interesarse por su amanecer y el día pasado, tal vez recordar su cumpleaños, mencionar algo oportuno y agradable, hacer un momento grato y luego olvidar cerrando los ojos al después y al mañana, decirse que todo es cosa de tiempo y las sabias soluciones del tiempo prepararán la receta perfecta para un nuevo escenario ajeno a las asperezas de hoy, entonces consolarse evadiendo el bulto y reduciendo a momentos ágiles y elegantes la suficiencia. Un cuerpo sin perfiles se asoma por la ventana.

— Esa niña está enferma, ¿no se dan cuenta? Tiene la cabeza bloqueada y no ve por dónde va.

— Ha tropezado siempre y ella no sabe tropezar, se golpea.

— Es cosa de un hombre que la sepa guiar. ¿En dónde están los hombres? ¿Es que se han muerto todos?

Todos se mueren cuando alguien muere y ella desde hace mucho murió porque se enamoró del silencio y de la soledad y de la muerte, y como si no lo supiera tropezaba para encontrar sus puertas y se debilitaba para volar con sus alas y se afilaba para no sentir sus dolores y agonizaba para la intromisión lenta en la profundidad de sus nieblas y revivía para aumentar sus desvelos de novia casta en la espera extenuante de la entrega y soñaba con la persistencia de una sombra para caer en sus manos abiertas que se cerrarían como una ostra enorme en un mar suave y azul. Ya es muy tarde para un hombre cuando por la antesala han pasado muchos hombres y se confunden sus caras y sus títulos sobre figuras desteñidas, que se ríen desde un fondo de masas confusas con la semejanza de un gesto repetido. Otro cuerpo dilatado en distancias y horas.

— Era tan linda y prometía tanto... ¡No sé cómo la perdí! ¿Sabe usted? Yo estaba en un parque...

— Ya eso ni importa.

— Ella me quería, sé que me quería. Se dormía en mis brazos tan confiada...

— Lo sé.

— Ella me perdonó. Yo era una pobre mujer desamparada y frágil...

— Lo entiendo.

Cualquier frase o bien una sonrisa caen en las conciencias secas que absorben hasta la aridez de sus poros cerrados y mudos. ¿Qué queda en el fondo? Un eco que no duerme y resuena en el silencio de un cuarto para convertirlo en una cárcel sin aire, que irrumpe como un grito siem-

pre virgen con un holocausto de sangre, que es plano como un altar invisible en que se exhibe la mano salvaje y exigente, cansada de escudriñar, pedir, reclamar mientras encoge la furia rotunda de su demanda en un laberinto de voces inconsolables. Y ahora es mi sombra la que tengo frente a mí.

— ¿Qué ha pasado?

— No sé, nunca creí en realidad... su angustia me parecía tan natural...

— ¿Y ahora qué?

— Ahora no se puede hacer nada... si hubiera podido... pero yo era y soy un pobre diablo... ella se enamoró de la muerte...

— ¿Dónde pusiste la vida?

— Ahí, en estos garabatos de la penumbra... y ella quería otras cosas... ¿qué sé yo?... tantas que se habría necesitado un banquete para cada uno de sus deseos... yo me acostumbré a no hacer nada.

Y mi sombra se dispersa como una niebla movедiza y deja en la ventana gotas de frío por donde se asoma su cara triste, su cara alegre, su cara dormida, su cara contrahecha, su cara pálida, su cara caprichosa... Entonces recuerdo que en las tardes, sí en las tardes cuando los celajes se refugiaban en un rincón brillante de las montañas, caminábamos hasta un sitio alto donde la ciudad era un mapa de calles y construcciones sin sonido.

— Me gusta ver la ciudad desde aquí, parece tan tranquila, sumergida en su silencio igual que un oasis después de un largo trecho.

— No hay silencio, no hay oasis, ni hay ciudad, una pequeña aldea con el alma perturbada.

— Nerviosa, murmurante, un poco necia, desconfiada.

— Una lista de quiénes somos y qué hacemos.

— Una telaraña que se nos mete en los ojos y nos confunde la vista.

— Con la niebla rodeándola, como si no supiera a dónde va.

— Tan lejos de ella misma.

— Se ve muy quieta, se está durmiendo.

— Es como la historia de la piedra.

— La piedra que alguien toma entre las manos y hace de ella una figura rota.

— Nos rompemos ahí, nos acabamos.

— Nos cansamos ahí, hechos pedazos.

— Nos dormimos también, todo arrulla, hasta la pesadilla del sueño olvidado.

— Vamos ahora a verla de cerca.

— Vamos a confundirnos con ella.

Y llegamos corriendo hasta las primeras esquinas de la ciudad, jadeantes y sudorosos como dos niños que han cumplido su faena de juegos y diversiones, pero ella suelta mi mano y rápida como un parpadeo se pierde en una calle desconocida por donde mi voz, mi grito y mi lamento no la alcanzan.

Ella entra. Estaba leyendo aquel párrafo “el tiempo da una colección de monstruos —belleza, fealdad, talento, santidad, virtud— y el mundo es un instante de sueños inconclusos”. Ella...

Este libro se terminó de imprimir en
los talleres de Litografía e Imprenta
LIL, S.A. en abril de 1985. Su
edición consta de 3.000 ejemplares.

10. JUL. 1985

Apenas terminé de leer **SOBREPUNTO** me devolví a la primera página y comencé una "sobrelectura", porque es una novela para leer, leer y releer e ir cada vez adentrándonos más en la materia de lo humano.

Leer **SOBREPUNTO** es apuntarnos a un viaje hacia un espacio mental, donde nos envuelve el juego constante del tiempo avanzando y retrocediendo, evocando personajes y situaciones con gran velocidad, agilidad, sin barreras, como lo hace la imaginación misma.

Nos encontramos ante una crítica a la sociedad, que abarca un mundo lleno de sabiduría porque se ha nutrido en la observación y en la reflexión sobre la conducta humana, y todo esto es transmitido a través de profundos conceptos filosóficos y con una prosa llena de lirismo.

Leer **SOBREPUNTO** es enfrentarnos a una narrativa de avanzada. Increíble comprender cómo su autora Carmen Naranjo, tuvo el manuscrito guardado en una gaveta de su escritorio durante veinte años...

Maritza Castro de Laurencich.



educa

